POESIA

A Dinorah de Echániz,
alto, libre, melodioso
espíritu, este recuerdo
de

Vinicius de Moraes

10 Agosto 1944

OBRAS DE EMILIO ORIBE

POESIA

El Nardo del Anfora (1915).
El Castillo Interior (1917).
El Halconero Astral y otros Cantos (1919).
El Nunca Usado Mar (1922).
La Colina del Pájaro Rojo (1925).
La Transfiguración de lo Corpóreo (1930).
El Canto del Cuadrante (1938).
La Lámpara que anda (1944).

PROSA

Poética y Plástica (1930).
Teoría del Nous (1934).
El Mito y el Logos (1944).

EMILIO ORIBE

POESIA

EL NARDO DEL ANFORA. — EL CASTILLO INTERIOR. — EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS. — EL NUNCA USADO MAR. — LA COLINA DEL PAJARO ROJO. — LA TRANSFIGURACION DE LO CORPOREO. — EL CANTO DEL CUADRANTE. — LA LAMPARA QUE ANDA.

DONACION
Dinorah de Echaniz
de Wonsewer

EDITORIAL MUNDO LIBRE
MONTEVIDEO

1.42
O

1- POESIA URUGUAYA

Todos los derechos reservados

Copyrigth by "Mundo Libre"

67873

Printed in Uruguay

"Impresora Uruguaya" S. A.

. . . . . .

«Diz que en Castilla fueron
aurífixes los Oribe
porque oro siempre pulieron
e garça e falcón unieron
con grandt amor. Quien escribbe,
vió como en vaso luzieron
falcón e garças de Oribe,
en vino que le ofrescieron»...

. . . . . .

Cancionero anónimo. Siglo XVI.

VALLE DE MENA

M1

INTRODUCCIÓN

Las últimas palabras de Sócrates, en el Hippias el Antiguo, son de agradecimiento hacia su interlocutor después del prolongado discutir, al mismo tiempo que dejan en el ambiente el pensamiento que guió toda la dialéctica del diálogo: "las cosas bellas son difíciles", o "la belleza es difícil". Que así traducen distintamente los autores. Frase llena de sentidos muy fluctuantes de carácter délfico, es decir poético, profético y ambiguo, a la vez.

La cuestión que seguidamente aparece en el proceso platónico, es aquella relacionada con la creación de la belleza y en particular con la *inspiración* poética. En el *"Banquete"*, en *"La República"*, en *"El Ion"*, la dilucidación de la parte activa del artista en la creación de lo bello, enlazando estos temas con los propios del fenómeno creador dentro de lo poético, se desarrolla en un contacto muy íntimo con las fundamentales cuestiones platónicas; la existencia y conocimiento de las ideas, la reminiscencia, el influjo del Eros y de la sofrosine; todo ello con un cortejo de alegorías convenidas y discursos tan extensos, como espléndidos. La discriminación de los temas concretos en tal selva es una de las dificultades o pruebas más penosas a que debe someterse el que entra en estos análisis.

Con todo, si nos consideramos capaces de separar un tema, éste será el de la naturaleza del acto poético. Pero Platón, filósofo, nos servirá hoy sólo de ángulo de visión para un desarrollo más moderno.

II

La *Manía,* para Platón, es el delirio que provocan los dioses en nosotros, con el fin de que podamos crear. La *manía* era el arte de predecir hechos y *manía* es un don profético de aspecto religioso y erótico y es la inspiración que se apodera de los artistas y sin la cual es vano intentar hacer algo valioso. Este es el pensamiento

central, lo demás son los desarrollos y coincidencias y enlaces con las grandes vías del platonismo. Pero el origen del entusiasmo, que se manifiesta en el fervor maníaco, está en lo en *sí*, en las Ideas. De estas gárgolas inmutables llueven reminiscencias en el alma de los hombres y en particular de los poetas, y éstos, dominados entonces por lo divino y el amor, entran en cierto estado de crear obras bellas.

Lo creado va a terminarse en una filosofía de amor, que se define como el establecimiento en el alma de una serenidad y una templanza ejemplares, una sofrosine, la cual en el fondo contiene en sí una resonancia apolínea. Lo que tiene de filosófica esta doctrina nos conducirá en lo que digamos en adelante, refiriéndonos a la poesía. En el origen de ésta hállase la intuición de la Idea, de lo en sí; y el amor dominante o *manía* aparece como un fenómeno consecutivo. Lo cual nos induce a considerar al platonismo como una doctrina que ve en el origen y esencia de lo poético un acontecimiento de la intuición inteligente, y coloca en segundo orden lo que corresponde a los emocionales, como un coronamiento valioso de lo precedente, pero nunca como un hecho primario y fundamental.

III

El conocimiento general y particularizado de algún sistema metafísico proporciona un deleite de orden estético, tan sólo equiparable al placer que nace frente a una obra de arte superior. No en vano las perspectivas históricas de aquellas sistematizaciones han sido comparadas a las arquitecturas. Una idéntica ley estética ensambla las ideas abstractas con los materiales físicos sometidos a la gravedad. La belleza circula en la hondura de los sistemas y en los planos de la inteligencia laten las mismas energías vitales que se modulan en las sinfonías. Por eso tal vez compréndese mejor a Spinosa cuando se le estudia, por ejemplo, al mismo tiempo que una radio trasmite conciertos de Bach.

Hoy por hoy, la compañía de los filósofos me atrae y transforma de tal manera que dejarlos se me hace casi imposible. A su lado, se realiza en la experiencia que puede alcanzar nuestro espíritu, el fenómeno mítico, tan conocido, narrado por Platón en el Libro VII de su "República". La evasión, llena de naufragios, del individuo que se pone de pie en el fondo de la caverna...

Así ocurre después del paseo a través del pórtico o la alameda

filosófica. No vuelven deseos de ocuparse de otra cosa; percíbese la infantilidad del pensamiento forastero, trasunto del vendedor ambulante que tantas promesas anunciaba.

Epoca singular la presente. Asombro inaudito será que alguien dijera en voz alta, frente a la agitación de tumultos y combates que reinan en el mundo, que con el tiempo se dirá de estos años: fué la época en que floreció de nuevo, con fervor inusitado y sólo comparable a los siglos clásicos, la *Metafísica*. Con lo cual llegaríamos al absurdo, frente a todo lo grandioso, despótico y cruel que reúne a nuestro lado, de que el Siglo XX va a ser un siglo metafísico. Ya algo lo denuncia este índice digno de atención; el auge de la investigación en la física, la prodigiosa estructura de las doctrinas metacientíficas que se establecen más allá de la naturaleza de la materia y de la vida, del espacio y del tiempo. Paralelamente, jamás ha indagado tanto la pobre y la rica mente humana sobre los fenómenos religiosos y sobre el misterio poético. Por separado, o en un mismo rumbo del pensar, los hombres entre los de más genio actualmente, rasgan con toda audacia la cáscara de sas inmensas frutas, y dirigen su afán de investigación al interior de la inmensa célula vital de lo místico o de lo poético. En particular, la poesía es objeto de una profundísima averiguación Citaré hoy solamente tres series de estudios que con más aventuras que logros he tratado de penetrar:

El ensayo de Heidegger: "Hölderlin y la esencia poética". El estudio de Marcel De Corte, titulado "Ontología de la Poesía", que apareció en la Revista Tomista (1938) y que el autor tuvo la gentileza de remitirme. Por último: el libro de Raissa y Jacques Maritain, "Situación de la Poesía".

IV

Quiero mencionar más despacio lo escrito por Heidegger, sobre cierta dimensión metafísica que le reconoce a la poesía. El hecho concretable desde el punto de vista ontológico es éste: Heidegger destaca la *serenidad terrible de la poesía*. No alude a la inteligencia, ni a las heladas ideas que tanto perturban a los confusos, sino que destaca la *serenidad*, dentro de lo inefable poético, más allá del arrabal de los emocionales, en la misma médula de lo divino. Aclara en seguida el filósofo: "Se toma a la poesía por un juego y no lo es". Se hace así porque se presenta en la forma discreta del juego, y no podría razonablemente derivarse de ella

otro efecto que el del juego, o sea la dispersión "que es casi lo contrario de lo que justamente aparece en su verdadera naturaleza". "Pues entonces se recoge el hombre en la poesía y ella le da serenidad, no lo vacía sino la viviente serenidad en la que todas las fuerzas están activas y sólo a causa de esa interna armonía nos son conocidas como tales". Y Heidegger, a través del tormento poético de Hölderlin, desnuda este rasgo abismal e insiste en él: *la serenidad terrible* de lo poético. Y esto, bueno es destacarlo para algún desprevenido, no tiene absolutamente nada que ver con la formalidad de lo marmóreo, plástico e impasible de anteriores escuelas, que tomaron y extremaron sólo una voluntad y no la más esencial de la poesía griega.

V

De Marcel De Corte, sólo puedo recoger aquí dos o tres ideas de su monumental ensayo *"Ontología de la Poesía"*. Creo que este trabajo supera, en amplitud, hondura y perspicacia, lo escrito por Heidegger. Tratando de lo sensible e intelectual en el acto poético, reconoce De Corte que *"el objeto poético posee, si decirse puede, una densidad específica, autónoma, inalienable, apreciable en el repliegue de sí por sí, donde se transparenta la participación interexistencial". "El objeto poético resplandece a través de lo sensible e inteligible, pero escapa* (si es poético), *a todo orden sensible e inteligible"*.

La imagen tiene un doble objetivo. Fecundada ontológicamente por la presencia del objeto, "ella lo hace conocer como objeto poético, también ella misma siendo *conocida como imagen y por lo sensible"*. Ya William Blake atribuía a la imaginación ese acto sensible, simple, indivisible, en estos inmortales versículos que Marcel De Corte reproduce: "En las grandes guerras de la *eternidad, en el furor de la inspiración poética,* para construir el universo estupefacto, por la creación de las formas mentales, *"la imaginación humana es la visión y el goce divino"*.

Pero en realidad, dice De Corte con gran acierto, la imaginación poética no es otra cosa que la *inteligencia unida al sentido"*. Ambas construyen el poema, y más adelante pasa a explicar cómo; pero hay que dejarlo, pues el secreto inicial está mencionado.

Confieso que para mí, es una felicidad intelectual encontrar así confirmada una idea sostenida en planos menesterosos en otras circunstancias y que tantas protestas ha levantado. Es que en esto,

hasta puede existir un mal entendido fundamental. Los argumentos que se esgrimen contra el tiránico poder de la inteligencia dentro del impulso generador y oscuro de la poesía, se parecen a aquellos desesperados argumentos del peor sentido común, contra el inmaterialismo de Berkeley... El *argumentum baculinum*, que tan conocido es, tiene su hermano en el argumento emocional o de la sensibilidad a todo trance. Siempre he creído que la posición es idéntica, y hasta en la forma grosera, contundente y conforme con la generalidad con que triunfa donde quiera, la argumentación a favor de la primaria naturaleza emotiva o de prosapia afectiva o temperamental, que es la bandera plebeya que oculta toda la mercadería de lo poético. Y hasta cuando se pone un disfraz que no merece: el de la intuición, sobreentendiendo por tal un confuso don de orden oculto, vecino de las ciénagas emocionales.

Así como existe un dogmatismo realista ingenuo, insoportable, intruso en la especulación filosófica, existe en lo poético un realismo emocional dogmatizado, tan ingenuo como inconsistente. Su fuerza aparencial descansa en su sencillez; pero estamos ya habituados a lo que se postula al vincular la sencillez y la verdad. "No es seguro que la naturaleza sea sencilla", dijo ya Poincaré.

VI

Jacques Maritain hace poco publicó un libro, una ampliación de su comunicado al Congreso de Estética de París (1937), acompañado de un comentario dedicado a la obra que citamos de Marcel De Corte. Se han reunido también en el volumen que nos llega, dos investigaciones de la esposa de Maritain, poetisa de religiosa personalidad, tituladas: 1.° "Sentido y no sentido en poesía". 2.° "Magia, Poesía y Mística". Ambos trabajos dan al libro un valor destacable y una unidad de pensamiento y estilo que tratarán de sostenerlo intacto en la ola del tiempo.

La argumentación de Maritain, no es fácilmente concretable. Es curioso que este filósofo, cuando trata el tema del arte y de la poesía, como cuando adopta una actitud humana frente a los sucesos del mundo, se coloca siempre en una posición independiente, de adelanto y riesgo, de extraordinaria valentía. En lo hondo, su vinculación co la ortodoxia y la fe, se mantiene pura y firme. En arte tiene tres obras que tratan los temas de todo lo fundamental aristotélico escolástico en perfecta armonía con las tendencias artísticas más avanzadas. Sus obras *"Arte y Escolástica"*

(en 1927) y *"Fronteras de la Poesía"* (de 1935), además de esta *Situación de la Poesía* revelan un Maritain que disputará la supervivencia en el tiempo con el Maritain filósofo, doctrinario y moralista. Como creador en especial tiene allí en ensayo "La llave de los cantos", que entre los de este siglo es sin duda lo más digno de figurar al lado del Elogio de la Poesía de Shelley. Tanto es así que de este conjunto de obras que llamamos de crítica artística y estética, puede separarse un Maritain que se define como original y comprensivo, frente al otro indudablemente de valor muy estimable dentro del gran curso de lo filosófico, pero que ha sido injusto con Descartes, Kant, Bergson y otros, para ser perdidamente fiel a Santo Tomás.

En *"El Conocimiento Poético"* de Maritain encontramos ese método suyo que llamaremos de "modulaciones" metafísicas. Ese pasar y repasar a través de lo sustancial e inefable, ese ir y volver, atar y desatar para atar más fuerte, ese aclarar y oscurecer, manejando con grandeza y profundidad todos los resortes del pensamiento puro, de la lógica, de la dialéctica ortodoxa, de la intuición personalísima: ese aglutinamiento y enlace en todos los planos y sentidos. El resultado de un razonar así no aparece nunca bien claro a la inteligencia: más bien despierta un atisbo, un relámpago, una revelación momentáneas, que después es arrastrada y presentada de nuevo, más pura o más confusa, en el oleaje del discurso. Lo cual nos ha hecho pensar, más de una vez, si en Maritain no existe un terrible drama; si su filosofar apoyado lucidamente en la torre aristotélico-tomista, no oculta la tortura de un alma movediza, musicalizada en el infinito ser y no ser de las procesiones y retornos, un alma que en la intimidad proviene de Plotino, Spinosa y Bergson. Ah! El pensamiento íntimo de Maritain coincide más bien con las filosofías del devenir, de la mutabilidad, de la duración y de la inmanencia... ¿Quién lo diría?

VII

Pero ha llegado el momento de citar de este libro algunos pensamientos, que continúan la misma directriz de lo anteriormente mencionado, de *Heidegger y De Corte*. Así tenemos en la pág. 117 *"Poesía es ontología, cierto, y mismo, según la gran palabra de Bocaccio, poesía es teología"*.

Reproducimos después, adhiriéndonos a él, un fragmento de su esposa: *"El canto, la poesía bajo todas sus formas, buscan la liberación de una experiencia substancial. El rcogimiento que procura tal experiencia actúa como un rejuvenecimiento del espíritu"*. "Es una concentración de todas las *"energías" del alma, pero concentración pacífica, dominada, que no supone ninguna tensión; el alma entra en su reposo, en ese lugar de frescura y de paz superiores a todo sentimiento"*. Más adelante hallamos esta otra idea en concordancia con lo mencionado: *"Digo solamente que el fuego de la intuición creadora debe ser bastante ardiente como para consumir los materiales y no ser extinguido por ellos"*.

Los *materiales* son las palabras, las imágenes, las emociones; el fuego es un elemento de la inteligencia que se abre camino a través de la maraña de los esquemas muertos.

¿Pero qué es ese fuego, entonces? Ahí está lo difícil. Aquello que tan divertidamente contestó García Lorca: ¿Qué voy a decir yo de la poesía? Comprenderás que un poeta no puede decir nada de la poesía. Ni tú ni yo, ni ningún poeta, sabemos lo que es la poesía".

Esto me impresiona al principio hondamente porque parece tener razón. Es como el acto del alma simple del religioso, que no sabe decir nada de Dios... y está llena de El.

Eso no obstante, siempre, en sus mejores momentos, San Agustín, Santa Teresa y Fray Luis, en brazos de una terrible inteligencia, que sobre todas las virtudes es lúcida, de Dios hablan y procuran y logran decirnos con gran fineza lo que es. Y al hablar de Dios, *implícitamente* se refieren, como tantos otros, a la Poesía. De *igual suerte* que se ha logrado iluminar por medio de las lámparas del Canto Espiritual, esa que se llamó la *noche oscura* del alma, puede el metafísico explorar con delicadeza y habilidad la morada laberíntica en donde se escucha la fluencia más secreta, la otra *noche oscura* de lo poético.

Algo de lo que es la poesía dirá entretanto Maritain: "Si la poesía moderna debe devenir más ontológica, tomar más estrecho contacto con el ser, con la realidad humana y terrestre (y puede ser con la realidad divina), no es por medio de cuidados extranjeros o ajenos de un celo bien intencionado que ella lo dirá, sino solamente por este elemento lírico que está casi tan oculto como la gracia, oculto en lo más profundo de las fuentes creadoras".

Yo he sostenido que ese signo oculto es un modo de ser de la inteligencia, y que procede como ella, tendiendo hacia fines de belleza; planes, obras, poemas. No puede ser primordialmente emotivo, pues este reino es secundario y su expresión es la oscuridad

67873

y el balbuceo. Maritain se expresa finalmente en tres conclusiones filosóficas de muy difícil desarrollo expositivo, y terminología especialísima y con clave.

Un momento no obstante, revelará que "el encantamiento poético apenas es designado a la conciencia por un choque "emocional e intelectual" a la vez, o *por un esbozo de canto que advierte su presencia, pero que no la expresa nunca"*. Se trataría en último término de un inconsciente de tipo especialísimo y, ante todo, espiritual. "Sería el *inconsciente del espíritu, considerado en la fuente"*. Esto quiere decir algo muy puro, nos parece, e inicial: el "boire a la source" lo dice. Sería, en castellano: la inefabilidad de las fuentes.

Sí, pero de las fuentes inteligentes e inteligibles, completaríase en *"Teoría del Nous"*.

Pero lo retenible de todos estos trabajos, es esa serenidad terrible en Heidegger, ese *ontologismo* en De Corte, esa inefabilidad de orden inteligente y semejante a la gracia, de que habla Maritain, que harán que la poesía moderna se aproxime más al vértice del Ser y de la expresión del Ser, hasta devenir así más ontológica y más universal, por lo tanto.

VIII

Lo cierto es que el pensamiento poético se abstrae y circula a través de sus órdenes, lejos de lo real y como eludiéndolo, mientras que la acción, sea voluntad o impulso inconsciente de vida, atraviesa con firmeza las vallas de todo lo natural y subordina toda fuerza y hasta pretende vencer al destino. Pero a todas esas batallas, es la muerte la que les traza el plan, y el trasunto en el alma humana de esos conflictos, sólo es dado a través de la poesía.

Y así se sabe y se oye, desde la enseñanza platónica, la afirmación de que la filosofía debe ser considerada como el aprendizaje de la muerte. El aprendizaje del plan y del fin de todo lo pensable y experimental que ofrece el *factum* mortal. Esto se encuentra vinculado con el supremo designio del filosofar y del canto, en todos los cielos y registros, y con más vivacidad aun en los años que transcurren.

Dije en otra parte que este siglo va a ser un siglo metafísico. Poderosas intuiciones lo levantan bruscamente, en forma de acantilado, sobre la anterior centuria. La continuidad se rompe: existe

un "quantum' del filosofar que irrumpe en el pensamiento universal. La existencialidad, la Nada, la duración pura, la angustia, los valores y el acto puro del ser: tales son los nuevos dioses que exigen sacrificios. A través de ese cortejo de formas, una continuidad vitalizante se organiza y la misma razón, como cuidando de no caer en cuadros inmóviles, se obstina en llamarse razón vital.

Pero al lado de estas afirmaciones, como una sombra que es agua estéril o serpiente que labra su cauce entre piedras, la idea de la muerte estremece los cimientos de toda lógica y del saber primordial y último. Las meditaciones filosóficas, si son un eterno interrogar a las existencias, de rechazo se exhiben como una capitulación ante la muerte. El hombre sólo sabe que existe porque se ve morir. Y no puede salir de ese foso cavado alrededor del castillo de su inteligencia y en donde ha caído desde que la razón anidó como brasa en su carne. No es justo abrumar esta meditación con ejemplos; basta internarse en la ya rica metafísica del siglo XX, para ver que toda su dialéctica se desarrolla como una línea de acero que es el Tiempo, a cuyos costados se fundamenta un abismo de no-ser o de muerte, que termina por hacerse presente en todos los instantes. Paralelamente, la prodigiosa persona humana de este siglo, se va haciendo más trágica, heroica y guerrera, en lo que notamos en ella a través del trato cotidiano.

Enucleado el hombre de sus ideas, de sus actos crueles, de sus derrotas, de sus trances continuos, hoy por hoy se me ocurre un paladín bellísimo de la muerte. Jamás ésta estuvo tan cerca de él, en todos los zumos de su carne, en los instantes y elementos de lo natural y artificioso. Jamás el hombre despreció tanto a la muerte como hoy. Le ha restado toda importancia, la ha reducido a una contingencia que la va tornando indiferente a pesar de imprevista y sin remedio, de la misma suerte que nos es indiferente nuestra sombra al seguirnos. En ese sentido, tanto el filósofo de nuestros días, como el joven héroe de los abismos del aire y del mar, como el efebo de los fusilamientos y de los aviones en picada, piensan y viven la muerte, o mejor, su muerte, pero la borran de sí mismos, la aniquilan, uniformándola con el gran cuerpo viviente de la Naturaleza. Y cuanto más se acerca el vino de la muerte a los labios del hombre, la poesía de éste se torna más ontológica.

Por eso creo que, en este sentido, el filósofo y el poeta de hoy, nos conducirán a un tipo de ser histórico que, de llegar a constituírse cabalmente, será todo lo opuesto de lo medieval, y

diferirá mismo del hombre griego y del renacentista, precisamente por el ademán espléndido con que irá extinguiendo las huellas de la muerte en el cuerpo de la conciencia empírica, ni más ni menos como hace el viento de la noche con el signo de las fieras en el desierto. La poesía, entre tanto, acercándose a lo ontológico, explorará y colonizará esta ínsula arenosa de vida y de muerte, que es donde el enigma esencial del ser se transforma en el elemento lírico que pasa a perpetuarse en las formas del canto.

IX

Dado a ciertos goces puros de la inteligencia, he afrontado con serenidad la resolución de las más difíciles doctrinas. Los hechos han querido también que tuviera entre mis cometidos de hombre, la obligación de estudiar y exponer en cátedras los sistemas metafísicos de los antiguos y de los modernos. Por tal circunstancia, que debe ser prenda de difícil disciplina y honrosa servidumbre, un gusto inmenso por la aventura de las experiencias indefinibles me atrae como un abismo en cuanto medito sobre el don poético. Siempre, en los preludios de la iniciación de un canto, por insignificante que fuera, me he sentido lúcidamente poseedor de una evidencia poética. Lo que ella es aparece después desarrollado en ritmos, o en parte de ellos, con otros tantos momentos de minúsculos milagros de revelación, disputados al aniquilamiento. La poesía después se ha ido quitando la sandalia algebraizante y despojándose de sus vestiduras ante mis ojos, sin mostrar nunca aquella desnudez inicial, a modo de la bailarina envuelta en ritmos de que ya hablé y que gira y va desvistiéndose porque otra persona la sostiene y tira de un extremo de los velos que la cubren y descubren.

X

Uno de los procesos que suelo descifrar en esa fluencia primitiva, consiste en lo siguiente: la vuelta de la inspiración sobre su origen, aparentando extinguirse allí, para resurgir más adelante con un mensaje poético más definido. Siempre me llamó la atención el hecho, y hasta me valí para figurarlo de la imagen del fakir que sumerge a las serpientes con el fin de dominarlas mejor y ser más dueño de ellas, en hipnosis progresivas. Así, las intuiciones y sus imágenes sensibles, serían como devueltas por el poeta a sus fuentes primordiales, para resurgir más tarde, más

claras y auténticas. Esta forma de inspiración la he de llamar *inspiración recurrente,* pues así es como se denuncia su belleza operante, por recurrencias pausadas, ahogándose en el origen que las engendra y volviendo después más completa y original, hasta cierto momento en que un lúcido saber del alma reconoce que el proceso de ida y retorno, el proceso recurrencial, está terminado. Ya no hay que hacer más nada, sino volver a otras cuestiones y planteos.

XI

Es indudable que la adquisición de una certeza absoluta en playas tan alejadas del yo, se torna imposible. Los hábitos del pensamiento encadenan la agilidad del análisis, el alma tiembla aguzada en la dificultad del vuelo densificado cada vez más por una emanación que persiste en hacerse no inteligible. Pero el primer impulso de la poesía, viene como un libre movimiento de lo inteligible en trance de hacerse inefable; al hacerse dueño de sí mismo, ese resorte primitivo, elemental, proclama su aseidad, la suficiencia de su autonomía, que se hacen más patentes cuando la resistencia de la expresión formal, de la palabra, del sentido, del ritmo y de las emociones, se le revela a su vez como un *no-poético* que se le contrapone. Entonces, de esa resistencia que más adelante se plantea como una coerción, nace la poesía expresable, aunque elemental, que va revelándose a la vez que denuncia las dos realidades que la constituyen: una tensión poética en estado puro, de procedencia espiritual, y una resistencia de las formas necesarias. El milagro poético es como un conocimiento entonces, doble y bien referido a sus fuentes. Podría ese momento designarse como el de "acto existente de lo poético". Después de ello tomará andamiento a través de las formas, con lo sensible y lo inteligible organizado, hasta conmover todos los temas de la poesía y revelar la mágica substancia del universo.

XII

Y es que la poesía cae fatalmente en la forma del lenguaje, aspira a una libertad infinita y va a ubicarse en el cuadro verbal, pero al revés de lo que ocurre con el humo en la atmósfera del campo, no termina disipándose, sino persistiendo en sí misma. Lo que quiere significar que en lo poético subsiste siempre la nece-

sidad de un dualismo elemental y formal, que se denuncia en el acto superior de la poiesis.

La coordenada verbal, el vocablo, que es obradora hormiga, opera en el mismo sentido que la intuición temporal, cuando recoge en sí la virgen sustancia poética, la que, desde ese instante, adecuada a esa forma, se identifica con el Tiempo. Al venir a subordinarse al cuadro que la hipostasía y le ofrece resistencia y descanso, como se ha visto en párrafos anteriores, la poesía reconoce adecuadamente su necesaria procedencia inteligente, ya que para existir consustanciada y unida a un lenguaje, requiere demostrar una identidad de naturaleza con este último. El lenguaje, molde formal, principio necesario y correlativo a la vez de la poesía en potencia, siempre ha sido considerado un hecho de la inteligencia tendiente a una acción. Ya sea en ese sentido o ya sea en el religioso pensamiento del Evangelista San Juan, siempre el Verbo, que era el principio de las cosas, es de la misma naturaleza que la inteligencia divina. Lo que sí, ahora, la poesía confundida con su expresión insertada en un imperio de modos expresionales, se hace tributaria del tiempo: lo poético circula cuando se ha acuñado en la duración de lo temporal.

XIII

Profundizaciones más agudas también llevan a la identificación de la poesía en sus orígenes con una matemática no bien significativa. El momento en que la tensión espiritual se manifiesta está confundido entre una felicidad infinita que se empeña en destruirse en formas simbólicas. Estas últimas acogen en sí la sustancia poética elemental que bien puede compararse con una rosa, cuya belleza se expande en el universo, pero que observada al trasluz, denuncia una sed prodigiosa de números.

Inversamente, los signos de las diversas matemáticas y sus desarrollos, constituyen el esquema abstracto, la descarnada estructura de las realidades estéticas.

Por eso, con referencia a la pintura, Leonardo de Vinci enunció lo de "cosa mentale", y es que se refería a la poesía, pues los cuadros de aquél, si bien en la apariencia pertenecen a la plástica, en realidad se encuentran mejor dentro de la poesía de las ideas. Toda la pintura de Leonardo es la más alta poesía de las ideas que existe, y es lo único en este mundo que puede llevarnos al reino atemporal del platonismo.

XIV

La poesía presenta pues, un tejido de verdades matemáticas que en su origen se hallaban fundidas en la mónada estética de lo poético, pero que después en el camino de las determinaciones formales, ha tenido que transfigurarse en la diada circulante en el verso y en el mundo, constituyéndose en sus contenidos un universo poético matemático que se enfrenta con la expresión significativa en un acto de conocimiento creador de un objeto que, visto desde el tiempo, es reconocido como un ente de belleza.

Las musas, en el bosque, gustan presentarse a la imaginación enseñando al correr el adorable pie desnudo; pero cuando entran en el ritmo de los poemas, sandalias calzan de números.

Entran deseos de confesar que lo privativo del ente poético consiste en lo que llamaríamos un *inteligible misterio*. En efecto, la intuición poética no tiene sentido nada más que cuando contrae nupcias con la forma, o mejor aún, cuando se transfigura en su forma absoluta. Pero aquí tiene que haber acuerdo de naturalezas, como se verá en este discurso, de tal modo que lo homogéneo poético encuentre su identidad formal, que pasa a circular en las unidades rítmicas del poema, el cual termina exteriormente por conducirse como una habilísima dialéctica del enigmático ser espiritual. Que de todo eso emane una emoción simpática es posible, pero lo fundamental es lo anteriormente realizado en ese proceso, y en esa dialéctica, y todo ello proviene de un modo de ser de la divina inteligencia.

XV

Siempre al borde abismal de la posible experiencia en este orden de realidades, al empezar a arder la brasa viva del canto sobre los témpanos de la individualidad, habría un primer instante de la poesía cuyo carácter no es emocional, ni tampoco puramente fantástico, tal como lo quiere Croce. Sería siempre inteligente, porque antes que la razón teórica que va hacia el conocimiento puro y la razón práctica que conduce a la voluntad hacia los fines religiosos o éticos, está la razón poética que se revela independiente de aquéllas, y con más delicado proceder pasa a distribuírse en las formas sensibles de las artes, y en especial, a través del lenguaje figurado logra la culminación de los arquetipos ideales de la belleza poética. Los argumentos de la razón estética deben ser las fábulas y las alegorías y los sentimientos en el más

alto estilo, así como los conceptos y categorías constituyen el repertorio de la razón teórica, y los actos libres y las creencias los modos de operar la razón práctica. La evidencia de la poesía, por constituír la primera manifestación natural de la razón estética, se halla desprovista de rotundidad posible. Su pudor es lo inefable.

XVI

Esta elucidación poética del Ser cuyo estremecimiento infinito tiende a venir manifiesto en la musicalidad de los términos, nunca será comparable a la realizada por la inteligencia teórica. Allí donde ésta logra entrar en comercio con los tesoros que circulan en los depósitos de las verdades metafísicas, la poesía en su iniciación revelará nada más que un atisbo o un relámpago, que bien puede ser un relámpago de tinieblas. Lo que se trasladará a las armonías verbales y a las alegorías, será nada más que un detalle que subsiste latente y estremeciéndose siempre en toda obra de poeta verdadero. Se llama a eso, el *sentido del misterio*, que es la forma comprensible apenas del Ser ontológico; pero aquel nombre revelará solamente su hondura y su pureza en ciertos momentos del poema, o despertará en el alma del lector en ciertos instantes nada más; tal vez en aquella hora en que todas las deidades imperfectas de lo aparente, se ocultan en la torre del enigma del existir. Lo dado. El sentido del misterio... He ahí lo que caracteriza a toda la poesía verdadera, pero he ahí también el don eterno, la rosa y el hierro y la llama del mismo Tiempo, que la poesía moderna ha logrado ofrecer con la mayor autenticidad y tragedia, para diferenciarse y libertarse de los eslabones de la antigüedad clásica.

XVII

Ocurre que en la indagación de la naturaleza del poema, nuestra curiosidad se enfrenta a menudo con algo que nos provoca una vivísima zozobra. Pongo al lector frente al canto "Conocimiento de sí mismo" de Fray Luis de León, ante "La Alondra" de Shelley o "El Cementerio Marino" de Valèry, por no citar más que tres momentos sublimes de la lírica. ¿Qué curiosidad sobrevive a la emoción inteligente, a la meditación consecutiva y al ensimismamiento en el silencio? La suprema simplificación de lo que ocurre en nosotros, es que nos fascina el enigma del conocimiento de algo

que sólo podemos denominar así: "lo dado". Lo dado en el poema. Lo esencial es ese inmediato sentimiento de presencia de algo que a modo de una ley universal ensambla todas las estructuras verbales y rítmicas: eso es *lo dado poético,* principio del misterio de la interpretación y representante de las esencias del lirismo. *Lo dado* en el poema encierra la clave del mismo, así como *lo dado* en el conocimiento hace que gire a su alrededor la investigación epistemológica. Pues lo dado, el dato primordial e indivisible de toda poesía, es lo que a manera de atracción constante encierra en su radio de actividad el milagro de la poesía. La principal característica de eso *dado* es que se dirige certeramente al espíritu, denunciando así su categoría inteligente. No está en el poeta, ni en el tiempo del poeta. No está en su cultura, ni en su medio. Tampoco está en las formas métricas, ni en las metáforas, ni en las ideas, ni en el plan de la obra. De toda suerte que nos impresiona la gran poesía, por cualquier medio que el espíritu trate de ponerse en correspondencia con los enigmas vivos del canto, la naturaleza de *lo dado* se manifiesta en sí, como algo anterior a todas las vestiduras mentadas, inmanente en el poema, y se revela apenas como un postulado que exige claridades. Sólo la inteligencia se denuncia así como la paloma, anticipo de la gracia, existiendo libre de los actos, y proclamando el origen divino en la caliente forma de su existir.

Puédese hallar en estos discursos un flanco muy expuesto a flechas, y es aquel que se traduce en un afán demasiado estricto de precisión y límite. O un primordial propósito de claridad, exigido por una regla que parece caída de la sensatez aristotélica y que podría ser la siguiente: "la develación de lo poético en tanto es poético". Porque, a pesar de todo, siempre los mejores versos, como los altos dignatarios en ciertas ceremonias, sólo gustan aparecer luciendo su pectoral: su pectoral de brumas...

XVIII

¿Y el porvenir de la poesía? Debe ser entendido como que se refiere a la posibilidad que revela una crítica de hoy en vaticinar qué contenidos y formas de poesía, por intermedio de individuos, escuelas y movimientos, se impondrán dentro de algunos años en los distintos pueblos. Fuera de esa significación, el problema del porvenir de la poesía, constituye planteado así, todo un pseudo problema, al estilo de aquellos analizados por Bergson en la "Evolución Creadora" ya que siendo la poesía algo eterno, que condiciona

el movimiento del cosmos reflejado en el alma humana, no puede por imposición de su propia naturaleza, tener porvenir ni otra categoría temporal... La poesía es eterna; lo cambiante, y por lo tanto previsible y conjeturable, son sus formas, modos y accidentes. En cuanto a esto último puede decirse que, obedeciendo a una ley vital y espiritual de un presente que llamamos hoy, la poesía de los próximos años aprovechará todos los movimientos últimamente actuantes en lo que se refiere al mundo occidental, se nutrirá de sus resultados y proyectará en el futuro creaciones nuevas, pero que potencialmente se hallan en las direcciones del momento.

Así, y me detengo en lo europeo y sus relaciones con la poesía de América, opino que se revalorizará históricamente el Simbolismo, el cual se presentará como un movimiento que continúa, perfecciona y supera el contenido del Romanticismo, pero que describe su mismo proceso de extensión por varios países a la vez, tendiendo a universalizarse y diferenciarse en sus distintas formas. Emancipándose del movimiento simbolista, en un porvenir cercano será considerada como reacción y posibilidad a la vez de continuidad poética, la obra de los poetas de la vida total y cósmica, tal como la expresó Walt Whitman, y de las energías humanas y potencias vitales, como la poesía de Verhaeren y Kipling.

Paralelamente, otras formas se desarrollarán con la misión de continuar la exploración en el orden de lo subjetivo, circunscribiéndose en imperios muy secretos del individuo y alimentándose, en fin, con la ardua complejidad del alma moderna, mucho más millonaria en experiencias psicológicas que la antigua. De ese modo, la poesía de mañana no podrá prescindir del estremecimiento de Poe y Baudelaire, ni de la claridad délfica de Mallarmé, Stephan George y Valéry. Tampoco ha de eludir la fantasía de Hoffmannsthal y Apollinaire, ni el hondo y potente desborde religioso de Claudel. Es muy probable que se realice, por medio de una operación a través de una especie de alquimia del tiempo, una transformación de todo eso, tan complejísimo como artificial e individual, en un resultado que se defina como una actitud última de naturalidad.

Tales son las dos posibilidades que se vislumbran para el futuro de las expresiones poéticas; una que se envanece como una vitalidad expansiva que recogerá el múltiple acento de la vida humana, voces de multitudes, de fábricas y de ciudades, articulándose con un cosmopolitismo de carácter humanitario y que se ha de expresar en formas libres, ondulantes y variadas. Otra caracterizada por la

profundidad suprema, que será la transcripción lírica reveladora del impulso íntimo de ciertos individuos geniales.

En cuanto a América, el problema varía algo. Ahí está el continente con sus misterios naturales: montaña, selva e indios. Al lado de ellos, las ciudades que crecen repitiendo aceleradamente el módulo de las europeas.

Difícil vaticinar el futuro de una poesía en un mundo así; nadie podrá decir, al meditar sobre ello, lo de Hölderlin: "Puras imágenes salen, como tranquilas estrellas, de aquellas largas dudas". Con todo, las dos posibilidades que he descripto, se han de revelar aquí también. Pero creo que nuestra originalidad poética será más auténtica en la medida de que logre triunfar sobre nuestra cultura impuesta.

Deberá imponérsele, incorporándola a su profundidad sin dejar que se denuncie. Podemos ver que eso se ha cumplido hasta ahora en los mejores poetas cultos de América. Una individualidad que triunfa sobre el hecho inevitable de una cultura impuesta y extraña, contra la cual no tiene otro camino que luchar y vencer. El símil más probable de lo que deberá ser un gran poeta futuro de América, a esta altura de las culturas y del tiempo, me parece que es, y elijo épocas lejanas para percibir más distintamente, el que se desprende de Virgilio y de Lucrecio, los cuales tuvieron que resolver dificultades de expresión y problemas de fondo, muy semejantes al nuestro. Y eso que ellos poseían más: poseían un idioma propio, cosa que nos falta. Vale decir, dominar la fatalidad de su tiempo y la cultura helénica impuesta a los latinos. Glorificaron así a su idioma y a su pueblo con original acento, pero recogiendo en sí la inevitable experiencia poética y la sabiduría verbal de los hombres griegos, que habían desarrollado ya un genio superior al del mundo romano.

XIX

Me referiré a esta altura a unas afirmaciones repetidas en un libro que publiqué. Con pretensión de aclarar lo dicho, recurriré nada más que a estos aforismos: *"La idea trabaja para que la poesía pueda entrar en la universalidad. Los sentimientos son limitantes y estrechos, y el poema que se colma de ellos, quédase ahito en las redes de su propio idioma; el que se ilumina con las ideas, vuela a todas las lenguas como Simbad, pero levantado por sabias y diáfanas aves".*

Otra afirmación más coincidente aún:

"El Nous es el libre movimiento que va de la naturaleza a la gracia, de la contemplación a la inspiración y del conocer al crear".

Y otra más, aún:

"La idea es la entelequia de la poesía, la inmortalidad de esta última es una cuestión de inteligencia".

Con estos aforismos de "Teoría de Nous" (1934) es muy oportuno vincular ciertas confesiones posteriores de Stravinski (1936), pero referidas a la música.

"Yo considero a la música, en su esencia, impotente para expresar sea lo que sea; un sentimiento, una actitud, un estado psicológico, un fenómeno de la naturaleza, etc.".

"La expresión no ha sido nunca la propiedad inmanente de la música. Si la música parece expresar algo, esto no es más que una ilusión y no una realidad. Es simplemente un elemento adicional que, en virtud de una convención tácita e inveterada, nosotros lo hemos prestado".

La poesía es igualmente un valor esencial, cuyo primer signo de presencia es una afinación del pensamiento en sí, independiente de la expresión o de la revelación que le atribuímos. Lo emocional de ella es un gratuito *epifenómeno* que se revela más allá de su génesis o en su interpretación verbal, pero que no mantiene ninguna vinculación connatural con la poesía; no es del dominio de su *quiddidad* sino de su *accidentalidad*. Lo más propio que se le nota a lo poético es su participación dentro del feudo de la inteligencia. Habría que pensar de nuevo en una alquimia de la inteligencia, de un orden inefable, con valor en sí, desprendiéndose de sus formalidades infinitas. Tampoco es toda alquimia mental, puesto que existen otras alquimias más o menos bastardas que el ojo imprudente confunde con la poesía absoluta. Porque la inteligencia está aquí, en esta última, con su lanza para afirmar en el momento terminal de la creación de la obra bella, la seguridad de que nada habrá de prevalecer, en la anécdota o en el tiempo del verso, sino es la evidencia inteligente de la poesía. La vida inmanente de lo poético creador lo mismo que las decisiones inteligentes de los dioses y las armonías de la naturaleza, se fundamentan en una inmensa matemática que se ignora. Más aún, en la poesía este fingimiento de ignorancia y esta fuga simulada, constituyen un encanto más. Siempre, detrás de la máscara de la gran poesía, nos encontramos con la mirada espléndida del número.

POEMAS RECIENTES

ADAN

(Misterio)

CREÍ anoche al soñar,
que no era yo quien dormía.
Que Adán en mi ser vivía
y el mundo iba a explicar.
Pronto Adán se puso a hablar:
"Cuando Dios me hizo el dueño
de mi espíritu, fuí entrando
a un soñar que iba creando.
De ahí el Mundo: es mi sueño.
No existe. Lo estoy soñando".

2

"Dios tomó esta arena oscura,
fijó la mano en mi frente,
y ví un rosal transparente
subir de mi noche impura.
¡Soñar! ¡Crear! ¡Oh hermosura!
Fines y planes. Presencias
de luz, en formas: las ciencias
del existir se aclararon.
Ah! — Los objetos brillaron
su ley, que es ley de apariencias".

3

Canto, historia o fabular,
Adán prosiguió su cuento.
"El mundo es un pensamiento
que Dios me hace soñar.

En mí el enigma ha de estar
del hombre de hoy y el que ha sido.
En mi fábula han crecido
los astros, con vida y muerte.
¿Qué habrá cuando Adán despierte?
Un gran sueño concluído".

4

"No existes. — Te estoy soñando.
El universo es un mito
adánico, un sueño escrito
que nubes te irán narrando.
Mi ensoñar fué renovando
las ascuas de tu creencia.
Yo bien sé que la experiencia
de Dios, me ha hecho soñar
un mundo que he de crear
lo que dure mi existencia".

5

"No existes. — Sólo son sumas
de sueños leales formas.
Y son máscaras las normas
y el orbe, esfera de brumas.
Tan sólo oprimes espumas
de un sueño uránico urdido.
Y cuando el mundo, abolido,
cae en tinieblas deshecho,
yo, Adán, te salvo de olvido,
desde el soñar de tu pecho".

6

"Soñé las cosas. Montañas
con orlas, torres y ríos.
Mis ojos dieron estíos
que hoy son grandezas extrañas.
Las cohortes de alimañas
soñé, y sus lámparas vivas,

las águilas pensativas,
los mares con verdes coros,
y albas de rosados toros
llevando estrellas cautivas".

7

"Soñé la Belleza. ¡Oh claves
que se ocultan en la arcilla.
y en la estrella si acaudilla
sus huestes de oros y aves!
Soñé cisnes, y altas naves
de la luna, y la luz nueva
que del rosal de Dios nieva
y enciende en rubor la albura.
Al soñar toda hermosura
soñaba el rostro de Eva".

8

"Y soñé Muerte. La hoguera
que va a oprobios de ceniza,
y el hielo que inmoviliza
vinos de alondra y pantera.
Sangre de Abel reverbera
sobre mi rostro caída.
Y el ave al morir herida,
y el silbo de la serpiente,
hunden enigma en mi frente,
más que el soñar de mi Vida".

9

Ah, lo creado, ¡qué mito!
—pensé yo.— Preludio enorme
que Adán va urdiendo, conforme
su sueño es sacro o maldito!
¿Por qué en discurso infinito
postular las realidades?
¿Días, noches, son verdades?
¿Qué creer de ellos y ellas?

¿Dónde halló Adán claridades
para soñar las estrellas?

10

¡Noche es verdad! ¡Libro abierto!
¡Exacto el mundo y distinto!
Hoy sueño en un laberinto
que es mi naufragio y mi puerto.
Antigua voz: ¿qué concierto
preludias desde el pasado
sobre el plan de un Dios soñado?
¡Fugaz la noche o divina:
desde hoy es soñar dorado
de Adán, que nunca termina!

11

Ya al alba, llegué a creer
que yo a mi vez despertara.
Si Adán en mí no soñara
el mundo irá a perecer.
—No caes en el no-ser
gritó Adán. Porque el Amor
dió a mi espíritu el rigor
de soñar sueños sin muerte.
¡La ley del soñar creador
es que Adán nunca despierte!

NOTICIA

El mundo, con toda la humanidad, sería un sueño de Adán. Dios, al crear al primer hombre, deslizó la mano sobre la frente de este barro y Adán empezó a soñar.

Todo lo que sucedió después: la infinita serie de sufrimientos, naciones, hechos, cosas.

El mundo es el sueño del primer hombre, somos partículas o actores en el desarrollo de ese sueño y nada más. Cuando Adán despierte, todo se desvanecerá y no seremos más, puesto que nunca hemos sido.

"Teoría del Nous". — págs 277 - 278.

DONCELLA EN EL ALBA

A Elvira Vázquez.

SIGUEME, Poeta,
— dijo la Noche.
E inclinó mi cabeza
cubriéndola con casco guerrero
de tinieblas.

A través del silencio, a través de la música,
hacia los fortuitos juegos de una fiesta
tuve que ir. En las sombras,
hasta donde danzaban jóvenes y doncellas.
Y allí cumplí la noche. Al pie del alba,
mis ojos siguieron bebiendo las frágiles ciencias
que en gestos fugaces resaltan
sabiduría eterna.

De las movedizas
doncellas,
una miré toda la noche.
La llama total en la copa. Los órficos problemas.

El ritmo circular de cuerpos y astros,
y el fuego del cielo en la flor de la tierra.
Su ley estaba allí,
ingrávida, en el centro de las carnales ruedas.

Siempre por los prados de la noche,
la música prosiguió, despierta,
hasta que el alba obligó a bajar los rosados rebaños
de su barcaza de tinieblas.
Entonces,
con vaguedad perfecta,
las armaduras diáfanas de un pájaro
ví elevarse en el cuerpo de la doncella,
entre columnas
de infinitas fuerzas.

Por fin, fatigada, más blanca que nunca,
inmóvil quedó ante las últimas estrellas.
Las miró fijamente desde el umbral en llamas.
Las miró hasta unir para siempre muerte y belleza.

¡Oh mirar de aquel rostro!
¡Oh soñar de pupila inmensa!
Beatitud de actitudes.
Oración obstinada y obediencia
entre las sombras. ¡Búsqueda
de las más firmes ciudadelas!

Ah! Como si para no morir
ni desvanecerse,
un sueño se propusiera
soñarse a sí mismo
escrito en las duras estrellas!

LOS CONDORES CIEGOS

A Freda Kirschwey.

LOS hombres son enigmas;
son enigmas inmensos.
Iba yo por los Andes
y en metálicos vuelos
crucé la cordillera.
Junto a unos riscos negros
ví un grupo de indios
con tres cóndores ciegos.
Nada más que despojos
de mayores imperios.

Yo volé en las montañas
sobre las cumbres de ellos,
todo el día en la máquina,
sólo asido al silencio.

Y en purpúreo holocausto
pude ver el misterio.
Enceguecían cóndores
los atletas perfectos.
Supe que los cazaban
dando grandes rodeos
y después les hundían
en los ojos los hierros.
Y ya en tierra los ídolos
quedaban en silencio
las sombras, espantadas
de aquel drama tremendo.

Pájaros como enigmas:
en círculos inmensos.
Pude oír con zozobra
su gigante aleteo.
De los Andes bajábanlos
y los lanzaban ciegos
al azul, al gran éter...
Los recogían muertos.

Percibí bien los cóndores
uno a uno ascendiendo;
al sol un aletazo,
al infinito un beso.
Y a mis pies los relámpagos
de plumones deshechos.
Testas de lunas rotas
con alas de tres metros
y púrpura en las plumas
y en el ojo desprecios.

¿La humillante grandeza
para qué, de esos juegos?
El hombre es cruel enigma;
y no fuerte ni bello.
Llevaré a las estrellas
el dolor de ese encuentro.

Mocetones verdugos
los cóndores trayendo;
les quemaban los ojos
con encendidos hierros.
Daban muerte a sus pájaros,
de dioses mensajeros.
Y todo bajo el humo
de indecisos incendios
y un fondo de montaña,
vago altar ceniciento.

Enigmas son los hombres,
más crueles que bellos.

¿Por qué en cumbres que aguardan
pensamientos eternos,
se apoderan de cóndores
y tras de enceguecerlos,
los arrojan al ámbito
de huracanados vientos,
y se quedan mirándolos
precipitarse al suelo
como si fueran Idolos,
Esperanzas e Imperios?

Si así ha de ser siempre,
Dios se ha olvidado de ellos.

Los indios, con las aves
sobre el hombro se fueron.
Más fuerte que en los cóndores
la tiniebla era en ellos.

Pasé noches enteras
pensando este misterio.

NOTICIA

En el trayecto que va sobre los Andes y permite ver los macizos más imponentes de esas montañas, pude gozar una tarde del invierno sur de 1942, la alegría de percibir algunos cóndores que se entrecruzaban con nuestra máquina, en lentos y largos vuelos. Nunca había podido admirarlos tan de cerca, en la plenitud de su existir a través de la diafanidad de sus habituales esferas y ámbitos. Pero esta emoción fué después superada por otra, más grave, profunda y sombría. Por circunstancias incomprensibles, en una peligrosa incidencia del avión tuvimos que detenernos en un campo no previsto y allí experimenté la oportunidad de contemplar la ceremonia que trato en el poema. Los nativos, algo desconcertados por nuestra presencia, nos ofrecieron las escenas de que tanto había yo oído hablar y que asombran a los viajeros: enceguecer cóndores, hacerlos volar y después asistir al drama en que el ave asciende verticalmente, golpea contra el metal del aire enrarecido y luego se desploma destrozándose entre los peñascos.

ODA AL CIELO DE LA NUEVA ATLANTIDA

Al poeta Archibald Mac Leish.

HOY le canto, en la gloria del cielo, a la Atlántida un canto.
A través del salvaje cordaje nocturno,
Hacia la húmeda antorcha del trópico lo levanto,
O hacia el monte, donde el cóndor remonta en crepuscular
[revolar taciturno.

Un cántico, desprendiéndose de los páramos grises,
Donde el polo norte hipnotiza a la estrella polar,
Y como el arco iris, sobre el cristal de veinte países
Cruce, y se hunda en los témpanos del sur otra vez en el mar.

Mas sé que la gloria del canto es como la flor del torrente
Que sólo en corriente que huye halla cimiento firme.
O el lujoso mirar momentáneo de tigre o serpiente
Cual un cardo de pampas al viento, con mi canto he de irme.

La Atlántida se yergue con su doble mundo,
de Norte y Sur, como un reloj de arena gigante y errabundo.
En el Istmo se inclina y estrecha en larga línea sinuosa,
Como un reloj de arenas vivas la Atlántida está hecha.

Un continente en cada base reposa,
y un gran frontal cerúleo sin cesar la circunda.
Clepsidra que de Tiempo y sangre se inunda,
Los hombres son su arena silenciosa.

Jamás los hombres vieran más ilustres racimos de estados,
Jamás pueblos más libres lucieron venablos más potentes.
La Belleza asume su miel de exágonos dorados
Y la eternidad está ascendiendo del rudo cuarzo a las frentes.

Sobre estas colinas con vientres de infinitas promesas
Donde aún agrúpase un enigma de tribus al pie de volcanes,
La noche sabe bien por qué aviva litúrgicas pavesas
Y por qué los vientos lloran, mordidos por lamentos de titanes.

Lejos, ponen sierpe en escudo las razas con odio funesto.
Y se degradan en purpúreo holocausto las frentes más nobles.
Levantad, oh labios, la plegaria del amor manifiesto.
Vestíos, oh santuarios, con florecidos robles.

Noche a noche, enciéndense más aulas para que el Espíritu batalle
y cuaja el trigo su joya entre la gleba y la bruma.
La tierra se coloca su máscara de montaña y de valle,
Y el océano danza a sus pies la danza del abismo y la espuma.

Canta la noche un himno que imanta a los estuarios,
Trabaja en el zodíaco la colgante sinfonía,
Contemplad miles de obreros con diamantinos sudarios;
Decoran día a día la torre de la invencible Utopía.

Invencible, por real.
Emerge desnuda del caos, que al engendrarla huye.
La Atlántida actual, la que no se destruye,
Brilla entre dos océanos como custodia entre dos manos.

La Babel en la cual
Los hermanos piensan y no se odian: aquí se construye.
Ya hacen signos a nuestras torres, las torres de los mundos lejanos.

Aquí mismo,
Junto a la bruma del mar,
Yo oí hablar al abismo
En estrofas de espuma o pluma de paloma.
Dijo: la Atlántida es la copa de bordes desmesuradamente abiertos,
Donde vida eterna asoma
Y donde comulgan juntos los vivos y los muertos.

Si alguien nos ha de mandar, que un Dios nos mande.
Y ante El, cadena de nudos de arena sea el Ande.

Tres Américas desgarran imperios de nieblas.
Tres Américas se arrojan más allá de los mares dudosos.
Ven pueblos mártires en lucha con el bélico ángel de las tinieblas.
Y espadón les ofrecen, o la lámpara de los lares dichosos.

El hombre, en tanto,
Avanza en la nave cuyos remos son siglos cambiantes;
Si del abismo triunfa es porque busca el fulgor de los fijos luceros.
Atlántida lo alienta en su mástil de milagros constantes,
Y allí irrumpe su hacha de llamas en diáfanos regueros.
Cuando pisen los hombres la roca de los astros distantes,
Jure estar uno de nosotros entre los primeros
Y últimos marineros
Tripulantes.

Vigilad, si sois libres, con las claves en los brazos robustos,
De pie, en inminencia de trágicos dramas,
O apoyados en pórticos nevados de los Andes augustos,
Porque donde Bolívar y Wáshington pusieron su pie de vívidas
[llamas,
Jamás permitamos que se humille a la más leve avecilla.
Afirme nuestra sangre en actos las duras proclamas
Y el mando prometeico nos impida doblar la rodilla.

En la mirada serena
De un dios, para siempre se fijó la figura de la Atlántida,

Madre tierra americana:
¡Qué mártir para el mañana!

Así que él oteaba en vano,
defendiendo el corazón,
revólver se vió en su mano
como halcón.

Viendo a la ciudad rendida,
llevó el puño sobre el pecho,
mostró al Tiempo frente erguida
y cayó Brum, en seguida,
con el corazón deshecho.

¡Lo estrujó la muerte! Aquella
que en el párpado echa llave,
e igual clausura la estrella
que el bronce ahoga en el ave!

¡Oh Muerte, sana y sagrada!
Todo o Nada.

II

¡Lo buscó la muerte! ¡Esa
que al pensar el hombre nombra,
lo hizo presa
de la sombra!

Sobre tierra americana
dió la vida!

Y así han de cantar mañana:
La sangre de Brum, vertida,
es la de Abel revivida.
¡Vivo diamante está en ella!
Sobre déspota o cobarde,
sin mancha ha de arder. Tal arde
si abre su pecho, la estrella.

Dió con belleza la vida!
Miró al sol, tuvo un chispazo
genial, como en despedida,
sobre el tórax cruzó el brazo
y, en seguida
vió que en lumbre
se le abría el pecho puro,
le mostró la muerte cumbre
y él tocó de ébano el muro!

III

¿Por qué el leal y el soldado
al llamado
no han de ir?

¿Dónde las manos armadas
de las greyes?
¿Por qué morir
lo han dejado?

¿Qué se hicieron
las espadas,
tutelares de las leyes,
que no fueron
a su lado?
¿Por qué a su estrella negadas?

Y en él, la Luz, ya abolida...
Y el Derecho...
La Ley, junto a él, caída.
Buscó el alma bajo el pecho,
y así se vió a Brum, sin vida,
con el corazón deshecho!

La sangre, oh vino del Ser,
Brum paladeaba al caer.
Y hacia el fin del simulacro
vital, dobló la rodilla,

pues sintió en la lengua arder
aquel vino oscuro y sacro
de la arcilla!

Oh, cuerpo sano y sagrado,
como Lincoln.
Fuego helado!

IV

Como habla de cancionero
esto, en edad muy lejana,
bien se ha de oír.
Yo quiero
que en mi América Latina
así lo canten mañana,
mientras exista el pampero
y esté en pie la torre andina!

La raza el canto ha de oír
del que supo bien morir.

Ved cómo a Brum enterramos:
pueblo, estudiantes y obreros,
con los otoñales ramos
e igual que antiguos guerreros,
en los hombros lo llevamos.

Con la Esfinge, y entre flores,
lo dejamos.
Junto a los Libertadores!

Le habló América al oído:
—Oh, Abel!
Besan ya tu pecho herido
que en llama cruel
ardió entero,
Bolívar, Martí y Madero.
Como tú en tu raza han sido.

Todo Héroe en mí caído,
trae tu sangre en el
laurel!
Oh, muerte sana y sagrada!
Todo es Nada.

V

Brum luchará noche y día,
contra muerte o tiranía,
con una estrella en las manos,
la libertad defendiendo
en donde surjan tiranos
y el pecho en sangre, muriendo,
sobre montañas y llanos.

Y en los tiempos más lejanos
así han de seguir diciendo
a los mozos los ancianos:
¡Metal de su pecho fuerte!
¡Qué resonante en la muerte!

¡Supo morir con belleza!
¡Tal nobleza
nadie olvida!
Vió traicionado el Derecho
de su patria, y en seguida
buscó el alma bajo el pecho,
y se vió al Héroe, sin vida,
con el corazón deshecho!

¡Oh, cuerpo sano y sagrado,
como Lincoln!
¡Fuego helado!

Pero en los puertos y mares,
y en los andinos pinares
y en las inmensas llanuras
y en las densas
frentes puras,

y en los cantos populares,
mucho tiempo ha de vivir
el que supo bien morir!

Madre tierra americana:
esto a Brum cantarle quiero.
Mi voz llana
dice un cántico de acero
que en el tiempo más lejano
loe a este hombre que ardió entero.

Con sangre borró el sendero
de lo humano!

"LA LAMPARA QUE ANDA"

1944

TEORIA DE UNA FORMA

I

La presentación del soneto de esta manera, tiende a proyectar una claridad decisiva sobre la percepción métrica y estética de la forma tradicional. Al despojarla deliberadamente de la figuración plástica que pesaba sobre su estructura y al otorgarle la virtualidad de una musicación siempre variable, se amplían las posibilidades recitativas y armoniosas del soneto. El soneto, como unidad de forma y de espíritu, persiste en un estado de presencia inmanente que proviene de su ley musical y de su desarrollo inteligible; ley derivada del ritmo y de la rima, y sometida a la antigua arquitectura que permanece inalterable para encanto del oído. Considero de suma importancia conservar estas exigencias mencionadas. Se necesita que esté el soneto, que *persista,* con toda su severísima apoyatura estructural que lo define como un resplandor persistente del humanismo.

Pero, una vez que esta dignidad primaria se ha cumplido, por medio de pausas y separaciones rítmicas, emocionales y conceptuales, se le otorgará ahora una variabilidad creciente e imprevisible, al mismo tiempo que un encanto de orden rítmico y musical. Se mantendrá intacta la disposición del soneto según la ley del sentido claro y profundo de lo que él expresa. Pero se alargarán o no los períodos verbales, según las ideas, las imágenes y el sentido emocional en el texto expresado, merced a una intención solamente válida para cada soneto, o para cada uno de los catorce versos considerados en su estricta particularidad.

Se establecerán así períodos, cambios de líneas, variaciones en grupos rítmicos, o en nexos silábicos, pausas y cortes en los versos que serán liberaciones.

Y todo ello según una línea interna de sensibilidad o de pensamiento, con la que se conseguirá desterrar la monotonía que habita en la persistencia de los cuartetos y tercetos, por medio de una segmentación musicalizada en donde todo se apoyará en un tiempo y llegará así a despertar múltiples sugestiones y en donde se conjuguen los modos poéticos parciales y las unidades rítmicas.

Pero este trabajo de limitada sabiduría constructiva debe realizarse una vez que el soneto haya sido dado en plenitud, como un milagro terminado, según la más exigente norma. De no ser así, el edificio caerá por descuido. Lo que sí, esa forma ilustre, en lugar de aparecer desnuda, en su paralelismo inmóvil de cuartetos y tercetos, de tal suerte que llega a estabilizarse hasta la monotonía en la percepción visual de los lectores y anularse de toda liberación, lo que concluye por atar al que gusta la poesía a un segmento demasiado fijo y monótono de expresiones puramente retóricas, se continuará hasta la perfección musical de los más variados contenidos estructurales.

La forma de la estabilidad clásica deberá permanecer, es cierto, pero como un fantasma del oído y no como una percepción obligada de la vista y el juicio en la lectura o en la recitación. Tales son los propósitos y esquemas que me han guiado a publicar sonetos, tal como aparecieron en mis cuadernos "La Lámpara que anda" y "La Luz Defendida", aunque en 1930 ya había iniciado ese procedimiento en el libro de poemas que por entonces hice conocer.

Llégase de esa suerte a la circunstancia de que el soneto no termina una vez que el poeta ha llegado al vértice de perfección que es su ley creadora, sino que debe completarse con una voluntad de expresión siempre variable, que distribuya los secretos de la estructura espiritual de la forma en una indeterminada y distinta figuralidad métrica que traduzca exteriormente los vivos movimientos del enigma poético.

Debajo de la sacra mortaja que defiende y estabiliza tradicionalmente al soneto, existe un activo cuerpo plástico y sonoro, cuya liberación se hará en cada caso a través de las novedosas formas.

Porque lo importante es que la esencia de cada soneto se haga evidente en su forma propia. *El defecto de la disposición clásica consistía en que la percepción visual de los cuartetos y de los tercetos, así como el peso auditivo de la rima obligatoria, tendían por fin a tiranizar el gusto artístico, forzando la impresión espiritual de la lectura.*

Por eso siempre habrá sido difícil leer series de sonetos en un acto determinado. Por eso no se pueden recitar sonetos sin provocar monotonía. La sombra de una forma casi muerta se imponía al fin sobre la vitalidad renaciente de los poetas, en su empeño de subsistir a través de la armadura verbal y rítmica. En cambio con la disposición que da lugar a esta teoría, el soneto recupera su libertad y su unidad aún en medio de las formas inmutables.

II

Y hasta alguna vez acudió a mí la preocupación de si el soneto no sería una forma tradicional de una gran poesía de la deducción. Su estructura se me presentó como la de un silogismo poético, en el cual los cuartetos actuarían a manera de premisas y los tercetos, y en especial el que cierra la forma, como conclusión.

Y algo de ello hay. O mucho, pues si pensamos en la estructura interna, no puede menos de señalarse un plan de orden puramente ideal y formal, que se va desarrollando a través de un pensamiento lírico que insiste en vestirse con ropajes emocionales, conceptuales e imaginativos, para llegar a un fin que se desprende maravillosamente de aquellas premisas.

III

La presentación propuesta, variable para cada soneto y sólo profundamente intuída por el autor, deja intacto el caudal original de la forma clásica, con su expresión que participa tanto de la música como de la formalidad arquitectónica, con su sensibilidad ennoblecida por el número y su proceso de diáfana inteligencia que se transparenta en la emoción delicada o en la idea trascendente, por medio de ese final obligatorio de síntesis en donde se reconstituye la unidad dispersa en las catorce instancias. Deja intactos todos esos prodigios, pero los vela, los transfigura en una atmósfera inédita, íntima y personal, y al ocultar su armadura sustantiva, lo hace como ocurre con las cosas vivas y eternas: la rosa, por ejemplo, que siempre esconde su esquema y su ley en el ámbito que irradia a su alrededor, merced precisamente a su variedad infinita, de colores y formas frágiles.

67873

olvidar no es posible
sus estíos.
Sus gestos de evasión,
sus albedríos,
su embriaguez, al rehuir rosas y gente!

Pues se inmoló la bella
en la vertiente
de un otoño.
Y cortó los largos ríos
del Tiempo, con la lógica,
rocíos
volcando en copas de extraviada fuente.

¿Genial, acaso?
Amó una torre en ruina,
y en tierra hundió el frontal: la blanca mina
Su pensar fué morir.
Tras la lectura

de Platón y Plotino
se dió muerte.
Sé que en los astros
cada vez se advierte
más el pavor de su mirada pura!

IV

Por la luz
va el jinete,
y en la albura
de un potro, entre montañas sin caminos.
Va sin rumbo ese esclavo
de destinos,
paladín de la carne
y la armadura.

Así voy
firme,
hacia una torre oscura.

Dejé el canto
y el orbe hechos de linos.
La lengua penitente
de unos pinos,
militancias de náufrago me augura!

En cuanto el monte
se hunde
en noche espesa
alza el jinete el puño
al cielo y besa
un crucifijo, con puñal adentro.

Dardos lo hieren,
Lo atraviesan balas.
Pero no cae;
su frente es toda de alas,
como paloma dueña de su centro!

V

Ignoro esta doncella
que me encanta.
Su imagen
veo apenas en espejos.
Un rostro oval y puro,
entre reflejos
va al enigma,
y mil músicas
levanta.

¿Almendro en flor
que en nieves
se abrillanta?
¿Laberinto que anuncia
desde lejos,
un agua de oro,
entre árboles añejos?

¿Mil lunas en su frente
el tiempo
canta?

Mas ya la empiezo a oír:
—No soy de bruma!
Soy de diamante,
y tú me crees de espuma!
En mí has de ver,
como hombre,
lo imposible.

La gran clave del mundo,
y su armonía
tal vez!
Y en todo tiempo la poesía,
pues soy la eterna y juego a la inasible!

VI

La llama que circula
por la fuente
del Ser!
Y la gran ascua de la cumbre!
Razón terrible, eléata costumbre;
cuajar el fuego
en hielos de la frente!

¡Ser el ídolo en llamas!
que no miente.
Vertical de la ígnea muchedumbre;
ser el fin y la escolta
de la lumbre
y desnudarme de ceniza ardiente!

¡Quiero ser:
el estilo
de la llama,
donde explica el espíritu
su drama!
¡Quiero el vivir de un fuego en danza obscura!

Ser lo que estrellas usan
para erguirse
sobre el Tiempo,
y allí nunca extinguirse.
¡Ah, no ser hombre, número, o figura!

VII

El tiempo
irá agotando
sus caudales,
pero no la tiniebla y la estructura
de esa torre que miro
y que fulgura,
y ya es sombra,
ya es luz, nieve en metales.

El tiempo
irá en sus pozos sin brocales
alondra hundiendo y llama en noche impura.
Mas tú no has de morir,
oh, torre oscura!
Torre de las tinieblas
y cristales!

Noche!
Mas no la astral, y sí la inmensa
torre de luz que en su mirada piensa!
¿Mas si su dueña,
tras de haberme herido,

nunca ha de abrirme
aquellos altos bronces,
por qué este afán
de ver y amar entonces,
tinieblas,
cuyos cantos son de olvido?

VIII

El primer hombre
entre la luz primera,
que se anunció en las lunas
y los mares,
no vió mundos,
ni abismos
ni hontanares,
dignos de los que yo en tus ojos viera!

¡Y aquél miró la luz,
en su carrera
infinita triunfar!
Sólo pesares
merecí de esos ojos:
colmenares,
cuya miel
es la sombra
duradera!

Y Ella,
con una voz de bronce y nieblas
me dijo así:
—No torres de tinieblas
allí has de ver.
Sí ángeles, con claves,

con lámparas,
con lunas sobre lomas...
Dios dispersó en mis ojos
nieves de aves.
¡Noches son,
mas nevadas
de palomas!

IX

Junto al túmulo
avivo
la alta espira

del fuego, hasta que aparto esa amazona
del talle de agua,
y látigo,
y corona,
que asciende
al pie del ascua y de la lira.

El prólogo de un salmo de odio o ira
un poeta de bronce
y bruma, entona,
contra el Tiempo!
En su pecho hay una leona,
que ya es serpiente, o llama de la pira.

Estatuas
que arrojé en ceniza y sombra,
estas formas que ví,
y que el labio nombra,
con pavor,
me atormentan sien y pecho!
¡Ideas que hice arder
sobre los muros
de mi carne!
Esperanzas que he deshecho!
¡De allí saldrán mis ángeles futuros!

X

La lámpara que anda,
y que no advierte
su andar,
y que en mis cánticos camina;
yo la ví,
iluminándome la mina
del cuerpo,
en cuya entrada
está el Dios fuerte!

Yo sé que con la lámpara
iré a verte!

Y que ella alumbrará
con lengua fina!
Ya el pozo de mi sangre
se ilumina
con el fuego
que clama: ¡Aquí no hay muerte!

¿Y por qué
no he de amar el simulacro
de esa lámpara;
el brillo hirviente y sacro
de esa lámpara que arde sobre el pozo
de mi sangre,

si enciende allá en la hondura
un círculo que es hostia,
estrella pura;
nunca mortalidad; sí, eterno gozo?

NOTICIA

1

Cántico del conocimiento; o sea el conocimiento considerado como una lámpara que anda, e ilumina primero y enciende y destruye después lo que conoce.

2

En X episodios, los distintos modos de conocimiento que yo concibo, están expresados por medio de experiencias y en anécdotas que sólo presumen ser alegóricas interpretaciones.

3

El resultado es el mismo; sea evasión, memoria, racionalización o acto intuitivo, el premio final del conocimiento siempre es la ceniza de una realidad dada. Con todo, ¿qué otra cosa puede el hombre hacer al saber eso, sino aceptarlo y regocijarse por ello, *divinizando al fin lo obtenido?*

I

EN dónde hablo o sueño?
¿En qué almenas,
en qué espacios?
¿Qué edad tiene esta hora?
¿Por qué vestir con números la aurora?
¿Por qué empañar las lámparas
serenas?

Con eslabones
de cristal,
cadenas
cautivaron tu lámpara
creadora.
Bien sé que mientras hablo,
en la sonora cumbre,
mi voz
abísmase en tus venas.

Mi voz mudable
escuchas,
abstraída...
Fines del cosmos,
grados de la vida.

Cuando llego al celeste y sacro asombro
del alma,
ante el enigma de las cosas,
sé que
en silencio,
a pie,
sobre tu hombro
cruza un ángel del Tiempo
y paga en rosas.

II

Vi una estrella arrojar su ancla ardiente
sobre el caos
de las olas.
Si en el río
su lumbre hería
oleaje más sombrío,
la estrella
alzaba hoguera
más valiente.

Y vi brillar también tu rostro,
en frente,
como otra estrella,
sobre el desvarío
de ese tumulto que es el pecho mío,

donde eres ancla
que cristal se siente!

La belleza
del astro,
inaccesible,
triunfó, integrada en ti,
del caos terrible.
Juntas las dos, vertéis mil claridades.

Tu belleza,
astro y ancla,
está en mi bruma.
¿Por qué
tu juventud me vuelve espuma
de alta tiniebla
que huye
en las edades?

III

Mostré a aquel hombre abejas
en tropeles.

A través de mi sien
delgadas lumbres rozaron
su alta frente.
Y en sus cumbres terribles
de saber,
fuí halcón
de mieles.

Hice arder sus relámpagos
más fieles.
Abrí el cauce
a celestes muchedumbres.
Grabé en su antigua voz nuevas costumbres.
Oro y vino escondí entre los lebreles

mortales del ser puro
que en él piensa.
Este, oprime el enigma,
con inmensa
zozobra,
y ve el abismo en lo que ama.

Soy para él, la Noche,
el útil viento,
o el acto en él del Angel que urde el drama
y el canto,
en que ya es carne
el pensamiento!

IV

En ti
el cristal
que en llamas se moldea,
en ti una hoz de púrpura,
en ti manos, haz de flechas,
en ti dioses lejanos que me escuchan,
en ti el soñar que crea.

En ti la frente,
oh torre en luz,
clarea,
en ti un andar de ritmos sobrehumanos,
en ti una voz
que escuda
sus arcanos,
en ti un candor más firme que una idea.

En mí una torre oscura
sobre abismos,
en mí un sufrir
contra nosotros
mismos.
En mí, arduo grabar en limpias frentes.

En mí, saber ceniza de las cosas.
En mí el que piensa,
y pasa, y no ve rosas
de los tiempos,
ni danzas de las fuentes!

V

Oh hermosa joven,
que hablas con la estrella
de la tarde!
Tu frente
luz derrama como un río.
En tu cuerpo está la llama
que el astro aquel te infunde.

Arde más bella
y firme que en el cielo. O ya es centella
que sumerge en el dédalo
al que ama,
y lo conduce al cristalino drama
de que es teatro
el panal
de la doncella.

Yo los dos astros vi y no sé cuál brilla
más,
si el que en lo fijo es maravilla
o el que en ti veo en frágil busto darse.

Si en mí,
con alma y sangre,
he de tenerte,
sé fiel al astro aquel que va a volcarse
con su luz,
todo en ti,
contra tu muerte!

VI

Luz defendida
eres.
Luz que condensa
mi sed de no morir.
La vida miro
latir en ti con obstinado giro.
Todo este canto canta
en tu defensa.

Luz defendida!
Aquél que canta y piensa
suspira,
y da el enigma en el suspiro.
Defiéndete de mí,
llama que admiro.
No te defiendas, no,
en la noche inmensa!

Defiéndeme de ti,
luz defendida.
Defiende esa absoluta ola de vida
que alza en tu boca
umbral para el misterio.

Todo ha de separarnos!
¿La esperanza
te escuda, acaso?
¿Enciendes nube o imperio,
y allí has de ser
lo que jamás
se alcanza?

LA FRENTE DORADA

A Hugo Fernández Artucio

LA flor filosofal en tí presente
dió unidad de liturgia a este poema.
¿Fué en tí la espiga? ¿El mito? No; tu frente
trayéndome teológico problema.

Dió unidad de liturgia a este poema
donde tu cuerpo en círculos de llama,
trayéndome teológico problema.
dió a mi lengua: ritual, destierro y drama.

Donde tu cuerpo en círculos de llama
pidió a los dioses vértigo absoluto,
dió a mi lengua, ritual, destierro y drama.
Vi en tí la antorcha del eterno fruto.

Pidió a los dioses vértigo absoluto,
la flor filosofal en tí presente.
Vi en tí la antorcha del eterno fruto.
¿Fué en tí la espiga? ¿El mito? No; tu frente!

(Pantum)

FUGACIDAD ES GRANDEZA...

A PABLO NERUDA

Todo lo que inspira es sagrado.

LA antorcha de mi sangre se nutre en tus hogueras.
Ya nunca, entre los números, mi lámpara gravita.
Ya el canto de mi frente renuncia a las esferas
y va a espumas del tiempo, en la noche infinita.

Ya nunca, entre los números, mi lámpara gravita,
ni ha de lograr la clave que el hombre eterno alcanza,
y va a espumas del tiempo, en la noche infinita.
entre este amor de hombre, que es la eterna mudanza.

Ni ha de lograr la clave que el hombre eterno alcanza,
cuando mi labio besa muertos dioses desnudos,
entre este amor de hombre que es la eterna mudanza.
Ya se espesó el enigma sobre mis labios mudos.

Cuando mi labio besa muertos dioses desnudos,
la antorcha de mi sangre se nutre en tus hogueras.
Ya se espesó el enigma sobre mis labios mudos.
Ya el canto de mi frente renuncia a las esferas.

(Pantum).

MISTERIO DE UNA ESTRELLA

QUE bien sé que soy mudanza
y el Tiempo hilará en mi mismo
con amor que no se alcanza
la existencia como abismo.

Muy alta estrella. Oscilante
lámpara que vuelve a arder,
hila el copo de diamante
que une tu ser a mi ser.

Belleza en luz conformada,
tengo en mí con sólo verte.
Lo eterno está en tu mirada;
respeta esa luz la muerte.

¿Espuma o clave, mi paso
se oirá en tu umbral cristalino?
¿Mi ley pulirá tu vaso?
¿Mi sangre hará arder tu vino?

En tí, poesía inmanente.
En tí la idea derrama
luz que preludia en tu frente
música en cuerpo de llama.

Luz, la que en tus hombros crece,
luz que al caer muere y brilla,
mi corazón te la ofrece
en candelabro de arcilla.

Me insistes que soy mudanza,
que el hombre lleva en sí mismo
con amor que no se alcanza
la existencia como abismo.

Mira a este hombre que te nombra
y te canta en su morir;
con tu nombre, entre su sombra,
Emilio Oribe ha de ir.

Tu misterioso elemento
guardé en mi frente de hombre
y escondo en el pensamiento
junto a tu esencia, tu nombre.

Sin mi, en las olas nocturnas,
canto has de ser nunca oído.
O imperio en doradas urnas,
tu solo heraldo el olvido.

Cuántos abismos separan
nuestras vidas! Pero ellas
se buscan, se unen, se aclaran
como es ley de las estrellas.

¿Por qué no hila tu instante,
con tinieblas de mi ser,
plata erguida, luz constante,
lámpara de siempre arder?

Mientras mi canto te nombra
oscuro asombro te entrego,
para que en piedra de sombra
grabes tu nombre con fuego.

Mas...! sé que todo te aleja,
sé que mía no serás.
Sé que este canto es mi queja,
sé que así te quiero más.

Pues sólo he de ser mudanza.
La Muerte hilará en mí mismo,
con amor que no se alcanza
la existencia como abismo.

¿Qué abismo es el que gravita
sobre el candor de la estrella
y ahoga en agua infinita
mi pensamiento y el de ella?

LA LLAMA SEPULTA

A Rafael Alberti

I

CUANDO la estrella de la tarde
baja a extinguirse en nuestras frentes,
en la gran llama que en tí arde
muere un racimo de serpientes.

Con cautas,
valientes,
divinas normas,
con doncellez de llamas de equilibrado arder,
con venablos de números y formas
batallas libras contra el perecer.

Antorcha de ligereza
mortal,
cuyas resinas son serpientes con números,
en las tinieblas de mi ser,
tu eterno afán de la belleza
espiritual,
batallas libra contra el perecer.

Y frente a mí la luz de tu semblante,
del júbilo durable aureola,
y norma intemporal y sola!
Torre de alba insegura que va a arder,
brilla como el más diáfano instante
sobre la ola
oscura
de mi ser!

Y es clave oculta,
ámbito y renacer,
y el extinguirse de una lámpara sepulta
que intento poseer.

II

Mis grandes ojos,
que dan ley a las cosas,
y contemplan los orbes caer,
cuando miran tu imagen ascender
a tí vuelan:
Monstruosas mariposas,
buscan morir en torno de la lámpara
sepulta allá en tu ser.

Y el yo mío,
el yo impuro y pensante,
el yo que te ama y muere en mí,
y busca en lo infinito su llama
y su centro,
como escudado déspota de cenizas ardientes,
va hacia tí
llevando adentro
un alma hecha toda de macizas serpientes!

Tú, entre tanto,
con venablos de números y formas,
desde el metal del llanto,
esgrimiendo las cautas,
valientes,
divinas normas,
como quien libra batallas contra el perecer,
te alejas de mi alma de macizas serpientes
y clausuras la clave obstinada
de tu ser,
negándome la entrada
a tu imperio
de lámparas,
que nunca he de poseer!

III

A pesar de todo,
mucho del alma mía,
se hunde allí como horda tributaria y sombría.

Porque cuando la estrella de la tarde
se resigna a morir en nuestras frentes,
la lámpara sepulta que en tí arde
va extinguiendo una a una mis serpientes.

¿QUIEN?

I

OLVIDE el corazón milagro o lucha
por la voz que en esferas se levanta.
La Vida es como un canto que se escucha
de noche y no se sabe quien lo canta.

Nace el cántico en limos más profundos
del Tiempo, y se hace enigma en los umbrales
de la muerte y lo llevan por los mundos
ejércitos con letras de cristales.

Su clave está sepulta en lo presente.
Para oírla, nacemos y sufrimos.
Sin descifrarla, con la boca ardiente,
bebemos las tinieblas y morimos.

II

Habrás de oír el canto que te nombra
frente al Bien o ante el Mal de rostro ciego,
antes que arroje en tí fruto de sombra
la serpiente que apaga todo fuego.

Habrás de oír la nota dolorida
o alegre que el misterio alza en nosotros.
Siempre hay que oír el canto de la vida.
Hoy, lo hacemos tú y yo; después, los otros.

Los otros que vendrán y oirán la clave
en ellos, al morir las horas bellas.
Mas sin saber si es música o si es ave,
si es semilla del llanto o es de estrellas.

La clave está sepulta en la serpiente
que es pozo de Pasado sin medida.
¿Quién dió esa clave al agua de la fuente?
¿Quién la hurta en el labio y ya no es vida?

III

La vida es sólo un canto que uno escucha
en sueños y no sabe quien lo canta.
Ni si el canto ha de ser la eterna lucha
del cosmos, o es la paz cumplida y santa.

Si los labios que cantan serán nieve
o ceniza, lo ignoro; son divinos.
Repitiendo el cantar que nos conmueve
cuántos dioses vendrán por los caminos...!

Nace el cántico en limos más profundos
del alma, y se hace enigma en los rosales
del cuerpo, y se lo explican a los mundos
arcángeles con libros de cristales.

IV

El canto que te escuda cuando vienes
a situarte en mi alma antigua y sola.
¿Quién lo escribe en el lino de mis sienes?
¿Quién lo azula en el ala o en la ola?

No sé. Pero en la noche en que existimos
rumor eterno y vago se levanta.
¿La vida? Es sólo un cántico que oímos
como en sueños. ¿Tú sabes Quién lo canta?

A UN POETA JOVEN

(A José Lucas)

SUEÑO que dioses buscas,
y presientes un gran misterio
en las celestes piras.
Sé que en las pampas

hacia Dios suspiras,
cuando la noche
cae
sobre las frentes.

Como tú
fuí habitante de corrientes
que hoy sigues
bajo cañas
que son liras.
Sueño que estás allí
y las aguas miras,
sueño que te hundes
en mis viejas fuentes.

Joven: el río es Tiempo.
En él van aves,
espejos, años, astros, mitos, claves.
¿Tu canto
quieres dar antes que asuma
la muerte los primores del estío?

Su ciencia de cristales
te dé el río.
La poesía
números
de espuma.

EN LA MUERTE DE ROSA LANZA DE VARELA ACEVEDO

A Luis Varela Acevedo

ROSA ardiente
en el brillo
de otra hoguera.
Lanza al hombro de un viento
de la altura.
Rosa que en lanza de cristal
fulgura.

Lanza que arde en la luz
rosa guerrera.

Rosa que emigra
a la más firme
esfera.
Lanza erguida
blandiendo rosa obscura.
Rosa de cenicienta arquitectura.
Lanza tras de la cual
la muerte
espera.

Lanza con muertas rosas
de alabastros.
Rosa que ví morirse
en lanza
de astros.
Lanza que miro rota sobre un puente.

Rosa que ha de volver
siempre en la rosa.
Lanza que halló belleza
en signo y cosa.
Rosa hoy muerta
y, no obstante,
lanza ardiente...

LA DAMA EXTRAÑA

A Madame Levillier

LA esbelta dama,
entre silencios mueve sus briales,
tributos y clausuras.
Niegan sus ojos
ráfagas oscuras,
pues va volcando antorchas sobre nieve.

Arbol de oro
en sus cabellos llueve.
Viene ella; utopías de estructuras
van dibujando en tiempo
las figuras
de un Gainsbourough o un Hólbein en relieve.

Una Inglaterra de cristal,
huidiza,
y lagos, con castillos de ceniza
borran de su mirar
fuertes tinieblas.

Esa gran dama
que en el canto asoma,
trae como dispersión de una paloma,
siempre
en la mano
un copo
de altas nieblas.

POESIA ETERNA

A María Julia Barcia

ALGO existe.
Sí. Necesario es
que algo exista.
En las formas bellas,
en las cosas que perecen o están ahí,
si muestran su absoluta desnudez,
algo existe.
En ellas. En las estrellas. En mí.

En ese algo
de las cosas y seres que están ahí.

y mueren, y nos hacen creer
que existen,
en ese algo,
algo nos será posible conocer.

Poesía eterna
puede ser.
De ese algo
en que debo creer,
cuya desnudez infinita está ahí
y se afirma en que existe
al perecer,
y que intento aclarar
fuera de mí,
mientras muero,
algo me será posible indagar
y hasta espero
que de tanto enigma algo se podrá expresar.

Enigmas en las frentes.
Enigmas, los instantes y las cosas.
Los motivos, las fuentes, los diamantes...
Los muertos o los vivos.
Enigmas las Ideas de las rosas.

De todo ese algo que insiste en que existe
al perecer,
y que en algo nos será posible conocer
y que en algo podremos aclarar y expresar,
puede ser que antes de morir
algo podamos hacer sentir
a los demás, en algún canto,
alguna vez,
aunque no sepamos decir
si es llanto
o lo que es.

¿En el árbol de la conciencia
o en la hoja que cae en el camino,
presencia
de lo Divino?

Eso que nunca hemos de comprender
con absoluta claridad,
y que le da al canto inmortalidad
poesía eterna
puede ser.

Sobre el fluir de una ola
que apenas vemos,
antes de morir,
existe algo.
Está en las cosas, en mí, en lo que creemos.
Poesía eterna, aureola
de claridad o mito: enigma o desnudez.
Poesía, sí, la inmortal belleza es.
Existe, sola,
en la secreta ola formal que perece en tanto
que existe.
Y en algún canto
de poeta,
alguna vez.

NOTICIA

En el otoño de este 1942, después de un día de viaje descendiendo por el río Uruguay hacia Buenos Aires, ya muy entrada la noche, bajo una plenitud lunar manifiesta y brillante, al mismo tiempo que contemplaba las aguas turbias, concebí los siguientes ritmos:

Sobre el fluir de una ola
que apenas vemos,
antes de morir,
existe algo...

Después, frente a los juncos, las islas, los incendios y los mundos, fué completándose el sentido del poema en honor de las realidades que han tomado el existir como una tarea eterna.

¿Es que la ley del universo sigue siendo para mí una ley estética, y si algo quiero expresar en lo escrito, he de decir que me parece que aspira a ser el canto de eso que necesariamente acompaña como realidad auténtica a nuestras creencias arraigadas de que las cosas existen?... Pero, ?el algo de ellas se me dará al fin como una necesidad estética puramente objetiva? ¿Poesía eterna, puede expresar eso?

SOLO ENIGMAS SON LEALES...

¿Tu rostro, en Tiempo y en Muerte
va perdido?
¿Tu encanto es verdad que huye?
¿Ya nunca más podré verte
como has sido?
¿Tu cuerpo es antorcha errante?
¿Belleza que te construye,
te destruye,
y al momento te abandona?
¿Tan sólo el Tiempo es el dueño
que aprisiona en el instante
lo que en tu ser más se admira,
sea mármol, llama o sueño,
nieve o lira?

Los topacios y las gracias
y los volubles palacios
de tus sienes, son misterios
y falacias.
Son olvido!
Gran olvido! Los imperios
de tu cuerpo son umbrales
de un vago tiempo abolido.
¡Sólo enigmas son leales!

¿Sólo enigmas son leales?
Cuando a morir se resigne
tu fiel mirada serena,

¿dirán tu fábula insigne
en medidas de cristales,
tan sólo estrofas de arena?

POEMA DE MANHATTAN

A Juan Ramón Jiménez

I

OH momento!
Oh en Manháttan, canto y pensamiento!
Sobre una eternidad movible
el lucimiento,
el análisis de una inteligencia incorregible
con sus torres desiertas...
Y más que antes!

El pétreo jardín de granadas gigantes
y abiertas,
sin cesar destruyéndose, construíase invisible,
tras un velo
lejano.

Víme en la noche
con una rosa en la mano
sobre un gran rascacielo.

De medusas pobláronse mis sienes;
Viejo licor humano
en mi razón buscaban. Oh cosecha impura,
en esta otra selva oscura del hierro.
Oh Manháttan!

El pétreo jardín
de tus monumentos
sin fin!
Velámenes de piedras bien labradas.

Volúmenes que fueran frustrados pensamientos
de dioses.
Ahora geometrías doradas.

Esa noche ví la belleza última
que da la forma carnal
al diluirse su matemático aroma.
Y el cuerpo fué para mí la lámpara formal
que al abolirse crea la noche total
que mata a la paloma.

Entre antorchas líquidas de bronce,
las antítesis del rito cristiano,
me formaron escrúpulo y velo.
Yo estaba con una rosa en la mano
sobre un gran rascacielo.

¿Por qué, entonces
enarbolé la rosa a las estrellas?
¿Para saciar aquellas hidras petrificadas
de ceniza o basalto
o granito
e hipnotizadas
por la música de lo alto
infinito?

II

Vieron los ojos míos,
el resplandor lejano.
La hoguera mineral de cuarzo entre dos negros ríos.
Oh isla! Oh inmensidad!
Ciudad. Ciudad. Ciudad.
Oh Manháttan!

Bajo los diez puentes colgantes y los monumentos
y las legiones de imprevistos aviones,
los brillantes yacimientos
de una razón vendimiadora
que se hunde en la tierra y se ignora.

Y la carne mía construída sólo por la Idea,
y el pensamiento como urna de sangre viva
y el ave en mí, encadenada a la pétrea marea,
y la ola en que voy, con grandes torres, mas cautiva.

Y el hombre como hipótesis de la sombra pensante,
y aquellos hierros, que se descubren tejidos de espuma,
y esta eternidad deshilándose sin tregua en el instante
y los reflectores, cruzando lanzas en la bruma.

Oh, en Manháttan, un canto, hacia el viento!
La rosa siempre junto a mí.
Oh noche! Oh momento!
¿Cómo en la piedra nace una flor así?

III

El lucimiento de una inteligencia
sin límites, audaz, rara,
como un desviado río se va en aventuras,
fuera de sí, y aún cree que aclara
el universo a las criaturas.

Y el corazón, siempre
con sombra de sí mismo tejiendo en el abismo
que por miedo no se nombra,
el brial ornamental de la más alta ciencia.

Esa noche
aquel pensar que siempre fué mi sombra,
pero nunca creencia,
fué en Manháttan dramática experiencia.

De aquella flor exprimió invencible vino
de poesía.
Lo bebí de un solo impulso,
loando al hombre, porque vence al Tiempo!

Licor, convulso y fuerte,
de la flor!
me trajo antiguo enigma que transformó mis planes.

Al beberlo,
corregí:
—Los hombres nunca vencen a la Muerte.
Ni tampoco en Manháttan los titanes!

IV

En seguida,
mi mano
oprimió y gozó en la flor,
el candor
de la vida.
Dióme su carne un destino
de Muerte, en el humano
Amor!

Cuando eso hacía
díjome la flor:
—Por este camino,
se llega al Divino
Amor!

Oh, en Manháttan, un canto hacia el viento!
La rosa siempre junto a mí.
Oh noche! Oh ciudad! Oh momento!
¿Cómo en la piedra nace una flor que habla así?

New York — 1942.

LA NOCHE DEL TIEMPO

A Jorge Guillén.

CUÁNTAS veces me he puesto a escuchar
de noche,
algo así como el rumor del volar
de un Tiempo,
que desde el esplendor del cielo parece venir
a extinguir
mi existencia, arrojándome el pensar
y el sufrir.

En este jardín
los mitos vuelven
a la mente.
El tiempo es la serpiente
sin principio, ni fin.

¡Una garza de plata en un cuadrante!
Yo la dibujaría
luchando con una serpiente
al fin de esta poesía.

Puente sobre el tiempo, el cuadrante
se afirma en duración e idea pura.
La ley del universo
busqué en su arquitectura.

Otros mitos anuncian
su presencia.
La garza, toda enigma y transparencia,
esclava del instante,
es mi existencia.

A través de la piedra
huyen las horas con talón desnudo.
Vuelvo a ser el paladín de los símbolos,
sin lanza, ni escudo.

El misterio del ave en reposo
está en el espacio y en el puente.
Y el tiempo veo huir en la dinámica
de la serpiente.

Se objetiva en el dédalo del número,
lo sublime de la eterna rueda.
Lo fugaz, como lo inmutable,
aprisionado en un círculo queda.

Pienso en la serpiente cuyo anillo
no se extingue, ni se usa;

luego miro trepar vegetales culebras
que hacen del cuadrante cabeza de Medusa.

¿Qué es, entonces, el tiempo?
Arde el cuadrante como bíblica zarza.
La serpiente trae en la boca el fuego
que fundirá el mineral de la garza.

Es en vano que su clarín en los siglos,
sin cesar el heraldo repita.
No se alterarán los trágicos diamantes
de la lógica infinita.

Puente sobre el tiempo, el cuadrante
perece, y deja fluir un agua oscura.
La ley del universo
lloro en su arquitectura.

Allí la eternidad es geometría.
Allí la duración que en el mármol penetra,
se convierte en historia. Allí el espíritu
sufre injurias del número y la letra.

Detrás del paso del valiente ejército,
es en vano buscar las horas.
Cuando nos disponemos a verlas
ya han fugado hacia otras auroras.

La dialéctica de los derrotados
sólo se oye, entre los heridos.
El ejército huyó con lo más nuestro:
sólo veréis heraldos perdidos.

La hoguera del vivir, decoro del mundo,
arde ante mí: y es ave y luz y ola.
La serpiente en un círculo la extingue,
al morderse la cola.

Los cuerpos retornan al limo.
Sólo se perciben llanos desiertos.

La tierra recoge las formas humanas
y nutre sus minas con ojos de los muertos.

No es más que una carne de siglos
en su entraña, la arcilla.
Más animal que vegetal,
y por ello, más próxima a la maravilla.

Las ideas de filósofos y santos
allí diré, al morir. Junto con mis ideas,
las ideas de todos los muertos,
en mí ascenderán como mareas.

¡Una garza de plata en un cuadrante!
Yo la dibujaría
triunfando de una serpiente.
Victoria sobre el Tiempo es la poesía!

¡Que sea el Arte el vencedor del Tiempo!,
el espíritu gritará al definirse,
entre agua y tierra y raíces y entrañas
de los seres en trance de extinguirse.

Pero en playa de tiempo o de olvido,
también he de caer, abandonado.
En playa de mar o de cumbres,
igual será. Todo estará justificado.

Pues soy mudanza, fuga, instante,
pero me afirmo en cosas, dioses, reflejos.
A través mío el tiempo echa su ancla en el espacio.
Y éste es sólo un manantial de espejos.

Este hombre que lee historia en la piedra,
este hombre que razona y explica,
este hombre pensativo en un jardín,
y que se extingue y que se multiplica,

ve en la liturgia del ave en reposo,
lo bello hipostasiarse en ser muriente,

y ve el tiempo ondular en pulsaciones,
igual que agua o serpiente.

Ve moldearse en rosadas arcillas
la música de las etéreas cavernas,
y levanta himnos, plegarias y llantos,
hasta ahogarse en las olas eternas.

Ve en el enigma del ave en reposo
darse, en lo natural, guarismo en puente.
Y en lo profundo, la fluidez durable
que huye o entra y vive en lo consciente.

La hoguera del vivir, decoro del mundo,
alza ante mí su flamígera ola.
Mas la serpiente en un círculo la oprime
al morderse la cola.

Cuando en la llama del canto
tu zozobra incinerarla quiere,
la serpiente se trueca en salamandra
que salta y que no muere.

En salamandra, espíritu
del fuego elemental,
que devora en la sangre y en los orbes,
ascuas de lo mortal.

¿Tragará esa fiera las sacras llamas
que la envuelven? ¿Jamás será vencida?
¿La salamandra del tiempo
devorará el fuego de la vida?

Ah, no! Un mito de arte, o bien, un ser puro,
podrá, grité, con el anillado torbellino!
En forma de cuerpo, conciencia, o enigma,
tendrá que darle batalla en el camino.

—¡Sólo un ente real de Belleza,
de Heroísmo o Amor,
triunfará del que triunfa y no perdona,
y sobre el monstruo ha de alzar su resplandor!

—¡Que sea el Ser el vencedor
del Tiempo!, grité.
—Como alegoría
una garza de plata transparente
yo aquí dibujaría.
¡Que el ave ahogue con la pata
el furor de la serpiente,
al final
de esta elegía
que Emilio Oribe escribe al tiempo que lo mata!

Y contestóme el eco:
—Emilio Oribe,
la serpiente es inmortal!
Inmortal!
.....Y siempre ha de morderse la cola,
porque en ese círculo inscribe
y extingue el animal,
poco a poco, la ola
del fuego universal!
Sea serpiente o salamandra, el tiempo
devorará el fuego de tu vida!
Y el cuadrante...
Y el orbe, con las llamas
del bien y el mal!
¡Esa fiera jamás será vencida!
¡El tiempo
es la serpiente
inmortal!

Estío. Mediodía.
Infinitamente,
ciegos de fulgores,
la garza y yo, soñamos.

¿Y el Tiempo?
Nos sostiene el diamante
del trágico hipogeo que pisamos,
y oímos los rumores
de corderos en llamas o de avispas sonoras.

Túmulo, altar y hoguera es el cuadrante.
Colmenar y hecatombe de las horas.

¿Por qué en este jardín
los mitos vuelven
a la mente?

¿Por qué el tiempo es la serpiente
sin principios, ni fin?

¿Por qué la garza, espuma y transparencia,
esclava del instante,
es mi existencia?

¿Por qué el ser
y sus formas
veo en cielos lucir, y amar, y arder,
si la ley de lo creado
es el perecer?

¿Qué es, entonces, el tiempo del cuadrante?
¿Por qué en éste miro correr ceniza oscura?
¿Por qué una ley de muerte, al leer las horas
leo en su arquitectura?

LOS ALTOS MITOS

I

HE aquí que en la noche
el Yo, diamante lúcido,
desdoblóse en dos sombras.
—A través de mi carne dialogaron.

—Miro el cielo nocturno
colmado de altos mitos
que fingen astros, llamas, movimientos.

Aquí, lejos de ellos,
nosotros existimos,
mas no allá las estrellas aunque brillen.

Esas que el ojo afirma que son ellas,
en realidad, son en el ser fantasmas.

—La ley del universo
a más de ser moral y física, es estética!
La perfección del mundo
en sí proclama trinidad eterna
y el triángulo unitario es la Belleza.
El acto y la materia perduran si son bellos;
de lo contrario, mueren!
El cielo, ardiendo en mundos,
es bello!
¡Es bello!
¡Lo más bello que alcanzan nuestros límites!
¡Por tanto, existe!

—¡Ay, Poeta!
¡Ese cielo es apariencia!
¡Cada astro es la palabra de una idea!
Tú lo has dicho:
la ley del Universo
es una ley estética.
¡Su orden matemático es del alma!
Del alma
las imágenes,
huyen al cielo, y viven
como formas y mitos en los astros!
Las naves estelares
no son cuerpos!
Las esferas
no cantan!
Giran
en nuestra íntima conciencia
y tan sólo allí viven.
Y en las noches son llamas
que el espíritu lúcido objetiva
en la uránica sombra!

—El griego creyó en ellas
tanto como en sus dioses!

—Mas ¿dónde están sus dioses?
El astro,
ente de luz, frente de espuma,
mito de la belleza,
segregado es del alma!

II

—¿No constato aquel ser en todo instante?
¿Su gloria de dorados arquetipos?
¿Su eficacia invariable?
¿Sus bien medidas órbitas?
¿No veo arder sus formas?
¿no escucho en mí sus himnos?

—Las naves estelares no son cuerpos!
¡Las esferas no cantan!

¿Y su eterna, periódica armonía?
¿Las diarias procesiones?
¿Y el bestiario obediente del zodíaco,
que se obstina en beber su agua nocturna,
y nunca falta?

—Todo eso es resultante
de armonías y leyes de la carne.
Y herencias son,
de tiempos!
A través del telar de los sentidos
todo lo ordena nuestro sabio espíritu.
Y existe el hombre
Y el universo en él!
Sí. Y existes, tú!,
frente a ciclos nocturnos en potencia.
Y al trasluz de tu idea existe el cosmos!

— Entonces,
cuando en la inmensa noche,
el cielo velos diáfanos
despliega, copia el ala de la psique!
— Verdad. Y el pensamiento
y su hijo azul el astro,
cumplen sin vacilar su ley profunda,
inaccesibles al dolor y al odio!

— De un polo al otro
sólo vense universos
fugados de los ojos.
La mente
impone normas en el caos,
"crea donde no hay nada,
y al ser feliz grabando estrellas puras
transvasa lo pasado en lo presente!

—Vive el cielo sus mitos!
Su existencia es memoria!
Cuánto asombro!

III

— Por eso
estrellas en la noche vemos,
desde que los efímeros soñaron,
pensaron y creyeron,
al hundirse en hondísimas tinieblas nocturnas,
ardientes las pupilas aun por luz sin límites!

Y es que, caída el alma
de la ordenada luz de las ideas,
en donde feudos de diamante tuvo,
levanta de sí lágrimas
de oro, y por las grietas de los ojos,
reminiscencias vive al crear los astros!
Desde el limo en que yace,
cuando mira lamenta la ínsula platónica,

como caída rosa inteligente
la luz del tallo altísimo.

Bajo una oculta ley,
tejiendo en su interior luz en capullos,
el ojo,
antorcha y máquina,
hace estrellas
en un juego infinito...
Miles
fueron grabando
en la conciencia las generaciones,
hasta ser,
con los tiempos
la mirada
un surtidor de espléndidas figuras,
que en sombras fingen luz,
substancias,
vuelos...

— La luz con que se visten
les va de nuestra mente;
mirarlas, significa
imponerles un orden.
Y, si fuga la estrella,
afirma el blanco pie en nuestra mirada!

Ah, mis ojos!
Son puertos
que ven partir de sí supuestas naves
de fuego vertical!
Y ellas, entre las sombras
y el gran mar del no ser,
siendo imágenes puras
mienten eternas lámparas!
— Mientras huyen los siglos
mueren los hombres;
mueren, pero antes dejan
lámparas de sí mismos en los cielos.

La ley del universo
no es moral, ni física; es una ley estética!
Su orden matemático es del alma.
Del alma, las imágenes
van al cielo, moldeándose
como cuerpos de dioses en los astros!

IV

No existen las estrellas!
Son altos mitos!
— No es ése un semilleo
que brota de las manos del demiurgo,
sino un fuego muy trágico,
que de nosotros huye
a helarse en los abismos!
Sin la frente del hombre,
vacía está la frente de la noche!
Tú sí,
en cambio, existes!
Y yo!
Nuestra es la gran desdicha de existir
y atribuir existencias!

Y el poeta,
el astrólogo,
y el místico,
niños son transportados por imágenes,
que ellos después proyectan hacia el cielo
creando
coordenadas utopías
del universo estético.

— ¿Las estrellas,
imágenes? ¡El griego creyó en ellas
tanto como en sus dioses!

—Mas, ¿dónde están sus dioses?

El cielo, que habla en mitos,
se enriquece de formas con los tiempos,
y habrá más astros,
cuanto más hombres y experiencias haya!

Para su horror, la mente
creará islas innúmeras
al arrojar de sí, sobre las olas
del río de la vida, arenas de orbes!

Aquí, y en toda playa,
suben constelaciones
del abismo del ser, no del océano!

— Ay, Fray Luis de León!
Ya levanté los ojos!
Miré el cielo cantado
por ti! Y en sus silencios
mundos vi que eran mitos,
llamas,
tránsitos...

Las ideas del hombre en esos cálices
tornáronse visibles.
Y el enigma
de Dios, cuajado en luz, tomó sus formas
vivas, representables!

V

— Será imposible siempre
querer destruir el vínculo que existe,
entre universo e idea,
y entre el cielo y el hombre.
Ambos consagran la unidad del todo
e idea y forma emanan
de ti, creando símbolos,
y el astro es flor de fuego
con raíz de tinieblas en tu carne!

Los astrolabios,
cuando alturas registran
y ruedas ígneas miden,
no hacen más que copiar los pensamientos
del que observa.
Está, toda, en las almas,
la realidad anónima
del cosmos:
"el desierto silencioso de Dios"
que dijo Eckart.

De allí ascienden los carros
de las estrellas!
Las fingidas fábricas
en la noche no son.
Derivan de las almas!
Están naciendo siempre
en ti o en mí, cuando soñamos juntos.

De ahí su gran misterio,
y su infinito encanto!
— De sus entrañas ígneas mana luz de mi espíritu.
— Ha siglos que las miras sin cansarte!
Y hoy sabes que mirándolas te miras!
¡Que el fuego
que te habita,
forma mundos!
Las verdades se valen de figuras divinas
para poder vivir.

Si aprisionas un astro y lo desnudas
de la forma librándolo,
entre tus dedos alzará su hoguera
nutriz, el arquetipo de lo Bello.
Y eso es todo!

— Mas yo observo hace siglos realidades
tangibles, y no símbolos!
Mi ojo afirma gárgolas de piedra
por donde la luz llueve!
¡Mi mano apresó auténticas rosas y no neblinas!

VI

— Si contemplas, de pronto,
hacia el zenith la imagen de la luna,
purísima en sus límites,
jamás narciso real y sí su ánima,
la luna semiahogándose entre halos,
náufraga en un gran lago de apariencia,
no afirmes nunca:
La luna, sí.
La luna fiel.

Ella sí es la verdad.
La blanca luna existe!
Porque, tampoco
ella es!
La pobre es un infiel fantasma opaco!
— La luna...!
— Sí, la luna.
La luna no es la luna.
Es el reflejo
de la tierra en el éter.

El elástico éter la refleja.
Más nítido es que el agua,
y en él la tierra mírase.

De esa contemplación nace la luna!
Y ella otorga a sus neófitos
como un don, el hostiario de su cuerpo
mil veces adorable,
mas sin materia alguna!

La luna es un reflejo y nada más.
— No podremos asirla!
— La luna no es la luna.
Es una imagen
de la tierra! Y el éter es su azogue!
— ¡Tan real, y es apenas una fábula!

— Aquí, y en todo monte
frente al mar, ella asciende
del abismo del ser, no de las aguas!

La ley del universo,
no es moral, ni física;
es una ley estética!
Su orden matemático es del alma.
Del alma, las imágenes
buscan el cielo, y viven
fabricándoles cuerpos a los astros!

— Si así es,
he de creer que mis júbilos y actos,
los gozos de mi mente,
se transforman en pájaros
que vuelan miles de años,
sosteniendo en sus alas,
nébulas de luz mía, mientras cantan!

VII

— La luz,
la psique,
el cosmos,
hilan eternamente de concierto.
Tejen en los sentidos
esas bellezas trágicas que admiras
e ignoras.
Nos imponen en círculos huidizos
de esferas y cristales,
enigmas tan terribles como bellos!
Refugios que no son,
imperios coloniales de los ojos,
falsas islas de sal que finge cuarzos,
y astronómicas máscaras,
menguantes de altas proas de ceniza
e iconos de inmanentes llamas sólidas.

En cambio aquí,
tú sí, existes!
Y yo!
Es nuestra la aventura de existir
y acaso el don inútil,
de atribuir a los otros la existencia!
Mas la frente nocturna está vacía,
sin la frente del hombre!
Y bien vacía!
Fuera de la inmortal reminiscencia
y el fuego
que te habita,
y forma mundos,
no existen astros!

Los números no cantan.
Ni las lunas.

VIII

— ¿Y entonces, esas manos
que sin cansancio crean,
y hacen con una sal lluviosa mundos,
y sistemas, y ángeles,
son manos del azar,
manos de niebla?

¿La ardiente arquitectura
del universo, el órgano infinito,
la cúpula abismal,
no ostenta otro equilibrio
que el de en olas de luz, naves de espuma?
¿Y esos despóticos diamantes,
enormes,
vivos, que mis ojos miran
arder con hachas de oro igual que ídolos,
sólo han de ser carbones de mis sienes?
¿Y en el cielo,
en el alma,

no serán más que briznas de memoria,
viejísimas metáforas,
que un espíritu lúcido objetiva
y sin saberlo,
siembra en la sombra uránica altos mitos?

¿Altos mitos,
esquemas
de ideas, para urdir categorías,
formas sensibles,
y estirpes que dimanan de la mente?

Si así mienten,
si su mentir constante es su verdad,
podría el hombre,
de la gran frente azul borrar estrellas!

IX

— Cantas. Crees en los astros!

— En vano arrojas anclas en los cauces
del tiempo, que resbala sobre tiempo,
como agua al correr sobre sí misma!

La ley del pensamiento
no es moral, ni física; es estética.

¡Y su rosal
agónico es el alma!
Del alma,
las imágenes, las rosas,
huyen del tallo al cielo,
y en la belleza moran
eternas, como cuerpos de los astros!

X

— Mejor que con palabras que son tierra,
loará a Dios el espíritu,
a través de la nada de esos mitos!

Con más dones que nunca,
renace en mi contemplación ingenua!

Como ha miles de años,
el bestiario obediente del zodíaco,
hoy desciende a beber su agua nocturna.
Confiado, a mi se acerca.
Sombras bebe en mis manos.

Con todo,
resplandecientes orbes
nos acompañan siempre!
Como esclavos del tiempo,
cargados de cadenas,
por turno traen incomprensibles lámparas!

No es poder del hombre
quedarse sin sus míticas escoltas,
de la gran frente azul borrando estrellas,
Reales o fingidos,
vivir nadie podría sin los astros.
El mortal,
desde niño,
sueña palpar su luminosa carne.
Borrarlos? Será inútil.
Borrarlos será inútil.
Los hombres creen en ellos
más que antes en los dioses!

XI

— Ay! ¿Dónde están los dioses?

Donde hoy mueren los dioses,
han de estar, con el tiempo, las verdades
más firmes!
Pues desterrado el hombre
de su antiguo imperar en las Ideas,
en donde feudos de diamante tuvo,
ha de ser, cuando intenta asir estrellas,

ángel con cabellera de serpientes
que caen sobre sus ojos
y la verdad le ocultan.
¡Por eso se hunde en dédalos de humo!

Si así no se ven dioses,
ni más allá del caos,
o si ellos han muerto,
también igual destino,
frente a nosotros,
han de tener los que llamamos orbes!

Caerá
en la interminable
hecatombe deicida,
igual que leño ilustre,
la prole iluminada de la mente.

XII

El cielo que habla en mundos,
el gran mito estelar, es obra nuestra.

La infatigable luz de olas innúmeras
que lo desborda,
llora a cada instante
su procedencia humana.
Como un can, guarda el astro a las ideas
fidelidad, y síguelas
igual que sombra al cuerpo!

— Ay, Fray Luis de León!
Yo levanté los ojos...
Miré un cielo inventado
por mí, y en sacros órdenes,
astros vi
que eran mitos, nubes, tránsitos...!
— Lo único
que el hombre
conoce de todo eso,
es saber de sí mismo.

Y es que a ese cielo,
con sus islas de luz que ondula en números,
lo encadena una ley común y eterna!

Ley
que en la mente nace
y no es moral, ni física!
Es una ley estética!

Abarca lo creado,
la oculta ley de Muerte y de Belleza,
que ascendiendo del Hombre,
en un juego inconsciente e infinito,
despliega las imágenes de todo cuanto existe!

XIII

..... Y he aquí el nuevo día!
El alba!
Sobre el mundo
vino a afirmar su imperio.
La tiniebla, habló en púrpura y en luz, verdad sublime.
Y el Yo,
diamante más que nunca lúcido,
reunió en sí las dos sombras antagónicas.
A través de mi carne se esfumaron.

LA ROSA DEL SABIO

Que bien sé yo la fuente...

San Juan de la Cruz.

QUÉ bien sé yo la rosa
que aroma y piensa,
aunque es la noche inmensa!

¡Qué bien sé yo una pensante frente oscura,
carne del mito, número impasible!
Ella es la poesía pura.
Una rosa inteligible
entre la Música
y la Arquitectura.

Versos
míos. Hoy, la difícil ciencia.
Transparencia
hacia los universos.

— Amo que los alejen
de las cosas.
O los sigan,
o los dejen.
No amo que los digan
ni las doncellas, ni las diosas.

Al impuro momento
le ordeno crear y crea.
Se arraiga en la música el pensamiento.
El elemento
afírmase en la Idea.

Extiendo hacia el misterio la mano,
en actitud de asir brumas sobre problemas.
Es que más allá de las filosofías,
sistemas
y geometrías,
en que ahogo lo mejor de mis días,
he visto una perfecta rosa valiente
que infinito aroma derrama;
flotando viene a mí, como una llama
sobre un torrente.

Poesía
mía,
silenciosa
y densa.

Así una rosa
que piensa.

Y que al pensar, clausura
intemporal arquitectura.

¡Qué bien sé yo la rosa
que alumbra y piensa!
La rosa inmensa.

No amo que la usen.
Ni la toquen.
Amo que la bendigan
o la sigan.
Amo que la evoquen.
No amo que la digan.
O bien, sólo acepto las voces gloriosas,
y las que me han querido.
Cuando he oído
que me recitan, por ejemplo, las diosas
y no las doncellas...
¿Las diosas?
—Sí, me he escuchado en ellas!...
Y en María del Socorro, en Bertha, en Estrella me he oído.

Parecióme
en esos momentos,
muy aérea y distante la maravilla
que en mí se dió.
Después que ellas han callado
y se han ido,
en esta orilla
mi poesía y yo
solos nos hemos quedado.
—¿El olvido?
Ah, no! El olvido no es posible.
No es posible cuando el alma en sí vea
una rosa que en ella se va formando,
sobre la caótica marea
de elementos!

¡No es posible
allí, donde la idea,
una intuición sensible
sea;
y sólo eso: una rosa!
Y la infinita belleza, la estructura
de un cósmico rosal inteligible.

La poesía pura,
en la última rama del tiempo,
rosa intacta, perdura.

¡Qué bien sé yo la rosa
que aguarda y piensa,
en la noche durable!
La rosa inmensa!

Si bien su torre en incertidumbre se agita,
el equilibrio muestra de una cumbre al poniente
La abeja del orden habita
la poderosa frente.

¡Versos
míos! Hoy, evasión.
Evasión de los hombres.
En transparencia de números y nombres,
dejan ver el gran misterio universal!

De pronto, el creador,
ya en el umbral
del jardín del Bien y el Mal,
escoge un resplandor
con suma ciencia.

Es la rosa!
En la alegoría inicial
de la sublime inteligencia,
alumbrándose con sangre de sí misma,
por un momento, clave del misterio, abisma.
Ella, una inmaterial linterna
enciende,

y desciende,
vertical,
con ese fugacísimo diamante
de la luz eterna,
tal baja por el cielo el instrumental
de una estrella
errante,
que ordena y guía
toda la sustancia musical
y bella
de la poesía.

Poesía
mía,
silenciosa
y densa.
Así una rosa
que piensa.

Su tallo en la incertidumbre se agita,
mas ella posee la ley de la cumbre que endiosa.
La abeja del orden visita
la poderosa rosa.

¡Qué bien sé yo una pensante
frente
oscura!
Tras ella, la poesía pura.
Una rosa solamente.
Nada más que un tiempo inteligente
entre la Música
y la Arquitectura.

¡Qué bien sé yo la rosa
que canta y piensa!
La rosa del sabio.
¡Su pétalo es una frente inmensa!

AVION DE SUEÑOS

"...posible es que en el fondo de nuestra alma no sepamos del Ser más que lo que sabemos del No Ser..."

PLATON. *El Sofista.*

Fué mío un aeroplano
que no iba más allá
del alcance de la mano.

Al principio,
un gran mito soñé de intención mágica,
joya de los destierros
por la mente creada.
Máquina del espíritu y los hierros
para raids intuitivos hacia el Ser...
O hacia la Nada.
Herramienta de sueños equipada
para irse, y nunca más volver!

Volando hacia otras frentes,
en sueños lo entreví:
Era un guarismo espléndido de alas transparentes.
Con resortes de aceros y de brumas,
del alma vino a mí:
luz,
estremecimiento,
brío.

Un avión pitagórico de espumas,
un número volando en torno mío.

En el fondo,
un anhelo
infinito, mas frustrado, de cielo.

Cruz de ceniza,
flecha plomiza,
su vuelo empezó a ser continuo,

hasta embriagarme el vino victorioso
del motor, haz de llamas sin reposo.

Entonces él, al son de un suave viento,
mientras volaba siempre en torno mío,
músicas dió al azul de tanto en tanto,
Después, su movimiento,
cuando yo lo adiestraba noche y día.
llegó a ser melodía,
órfica cifra, y canto!

Desde que oí sus músicas,
me dominó propósito gigante:
agregarle unas alas al mito,
vastas y estremecidas, de diamante.

Extremada intención,
la mía! Y trascendente
ingeniería!
Construir, y no de sueños solamente,
ese nuevo arquetipo y atribuirlo a Platón;
el modelo diáfano,
la forma y la estructura
de un avión,
y darle por alcándara la esfera
de la idea pura.

O adiestrar la máquina ligera,
más que a un halcón en el fulmíneo vuelo
de otras cetrerías más insignes,
y que a estremecer fuera
el cristal metafísico del cielo.

Mas él, como un juguete sin audacia
quedó. Se hizo un campo de aviación
sobre mi corazón.
Y en ese ámbito
fué el divino jugar de una acrobacia
feliz, sin arriesgar...
Oh fugas!

Irse en círculos.
Volver
con línea, fineza y gracia!
O con gesto de cisne, en manantiales
del espacio dormir su ilustre nieve.

En lugar de ascender de frente en frente
a torres en el éter de cristales,
nunca dejó su atmósfera de lagos.
Cisne del corazón, no de la mente.

Ya lo dije:
se hizo un campo de aviación
sobre mi corazón.

No sé por qué rasgóse el mecanismo
de mi avión.
Yo lo vi descender!
Con canto vacilante
fué al abismo.
Grité: ¡va a arder
como estrella errante
o angélica espada
doblegada:
en llamarada!

Trocóse en ascuas
y cenizas,
la perfección difícil de aquel ser
mágico de metal.
A lo largo del muslo de los dioses,
ví rodar y caer
la máquina poética y formal.

Cayó sobre su campo de aviación:
es decir, sobre mi corazón.
El mito que nació para subir
sobre el mar del espacio y el tiempo,
sobre el éter pensando y las almas,
hoy no es más que un latir

acompasado,
y un sufrir!

Su acción es en la carne torbellino profundo:
allí está el paraíso y el enigma del mundo,
y en su vaga ansiedad
duerme la eternidad.

¿Y todo aquel otro
infinito anhelo
de cielo?
—Hoy es historia...
Nada más que historia!
No tuvo más grandeza ni más suerte
que un trágico fin.
Lloré como un viejo rey ante la muerte,
sin gloria,
de su mejor paladín.

La angustia
ha de ahogar
en mi labio el cantar,
siempre que yo recuerde aquel avión
caído, todo en llamas! sobre el campo
del corazón.

Que si un glorioso mito soñé de intención mágica,
joya de los destierros
por la mente creada,
máquina del espíritu y los hierros
para raids fulminantes hacia el Ser
o hacia la Nada,
herramienta de sueños equipada
para irse, y nunca más volver,
—Ah, nunca más volver del Tiempo y del Ser puro...—
tan sólo el dueño fuí de un aeroplano,
frágil,
pequeño,
oscuro,
que no iba más allá
del alcance de mi mano!

Este poema podría ser el de la imagen del conocimiento humano. Se narra en él cómo el hombre sueña con poseer una valiente herramienta de conocimientos intuitivos, poéticos y místicos, que lo conducirán hasta las eternas fuentes del Ser. Pero hay que contenerse con lo que la razón logra aprehender, en sus límites y esfuerzos; lo que está alrededor del hombre. Coméntase el encierro de éste en la órbita que no extiende más allá de la mano, máscara en el poema, de la mente y el concepto. El esfuerzo que se realiza, cuando más, logra crear un encantamiento fácil de sensaciones, imágines e ideas, más lejanas estas últimas, pero aun así insuficientes cisnes del éter. Por fin, lo soñado por la mente, la inabarcable avidez de absolutos, va a caer sobre el corazón, es decir, se torna sentimiento, dolor y carne, y se concreta a vivir y sufrir nada más. Allí está sepulto el enigma del cosmos.

El poema es también un lamento por esa caída.

EL ROSAL Y LA ESFERA

I

PERFECCIONES del astro que, en el viento
del éter fragua enciende, aunque inasible.
Pulso de luz, sólo al brillar visible,
con fuentes más allá del pensamiento.

Sublime de ignorar, cabal contento
de sí mismo, ufanía en lo posible;
firme por no rozar tierra tangible
y en cristales lucir, pulcro y violento.

Caminante con ley y sin memoria,
por duplicar la humana trayectoria,
heme aquí, en el umbral de este palacio

de números y númenes eternos.
El astro soy de resplandores tiernos.
Ignorante poeta del espacio!

II

Bárbaros daban niebla a tus espejos.
Con ellos supe ir, pero, al tramonto
de las formas vi, lúcida, de pronto,
tu isla de coral, mundo en reflejos.

Hoy, devoto y augur, con mis cortejos
de nubes, por ti adversa hazaña afronto,
tal vez... Y a nado en luz, por tu Helesponto
cruzo, y a muerte voy, solo, allá lejos.

Allá, lejos de hoy. La arquitectura
del cisne, busco. Y límites, y escamas
de luna en ti, lago de cumbre y seda.

Utópico bridón de línea pura:
Soneto, vuelve a mí, con crin de llamas,
para que nadie asirse de ti pueda!

III

Un canto escucho, pero no es el canto
de tu voz. Y es un canto que entristece
como el tuyo... Mi rostro palidece,
y vuelvo a oír... Mas no: sólo oigo un llanto

de jardines, en donde amara tanto
buscar tu sombra que hoy se me aparece...
¿El eco de tu cántico estremece
los bosques? En las nieblas de otro manto

inmaterial, tu sombra avanza. El cielo
hacia un astro condúcela, y el duelo
nocturno extiende de una nube en ella.

Adiós! Tu sombra me da un beso, y pasa.
Yo también la amortajo con la gasa
de otra nube, ceniza de otra estrella!

IV

Naufragio de mujer en oquedades
con témpanos y sustos de palomas;
sobre escollos de luz, en bajas lomas
marinas, te arrojaron tempestades.

Por moradas de horror, antros de Hades,
donde Orfeo gustó las firmes pomas
de los hombros de Eurídice, entre aromas
de muerte, y odio cruel de las deidades!

Surcando, como Aquél, aguas desiertas,
ríos de fuego, abismos, lunas muertas,
donde aúllan las furias llanto en coro,

iré por ti! En la muerte, navegante
sin derrota, o piloto en avión de oro!
Y hacia el horror venablos de diamante!

V

Errantes van los astros como ideas,
realidades hilvanan y abstracciones,
las nubes se deforman en visiones,
de humo, en el azul de las aldeas.

Tal héroes que huyen con sus teas
bajo lluvia, así fugan mis pasiones;
mi albedrío les da sólo prisiones
de estuarios, con espejos de mareas.

Yo me extingo en mi ser. Me transparento
en mi cáliz, me apago con mi aliento,
me aniquilo en mi luz. Por avenidas

sin fin, de mi conciencia huyen los datos.
Los que más ciertos son: los inmediatos.
No los percibo en mí; sí, en otras vidas!

VI

El tiempo fluye y pasa por la mente,
el agua cae y escribe en las colinas,
el fuego astral se apaga en hondas minas,
la tierra se trasmuta en el torrente.

La idea gasta el arco de la frente,
la sangre alza, al latir, torres divinas,
el viento ruge y vuelca las encinas,
socava el río vértebras del puente.

La luz busca otra forma en donde herirse,
la sed se afana en dicha de extinguirse.
Ah, todo es cambio: en nieves o en abismos!

La muerte sólo es forma duradera.
Ella mira aquel fluir desde otra esfera:
viéndolo todo está en nosotros mismos!

VII

Lámpara subterránea que me guías,
flecha y luz de mi carne que me amparas,
con tus profundas refulgencias raras,
al alumbrar mis noches y mis días.

Lámpara de diamante que extasías
mi coloquio interior, y que separas
mi vida de otras sombras, con las claras
lanzas de tus agudas pedrerías.

Lámpara inagotable que conduces
mis pasos, y es por círculo de luces.
Lámpara del abismo que acompañas

mi ambición hacia el vértigo ascendente.
Sí. Quédate escondida eternamente,
lámpara de Aladino, en mis entrañas!

VIII

Músicas, describiendo remolinos,
como flotantes diosas del misterio
libertadas, hoy huyen de mi imperio
y alzan, en otro sur, vuelos divinos.

Mi pensar envejece de caminos,
diamantes finge el diáfano criterio.
Las parcas hilan en su cautiverio,
para humillar la sien, nevados linos.

Duermen en mi pensar todas las sumas.
Se desvanecen mitos como espumas.
Mas va a encender mi lengua la alabanza

de este olvido en que caen seres y cosas.
Levantaré sobre él eternas rosas
que la muerte magnífica me alcanza!

IX

parecía de los ángeles muy subidos...
Santa Teresa de Jesús.

Los más subidos ángeles, ignoran
que mi alma los busca en otros cielos.
Ella asciende a rasgar todos los velos,
sus aves los mil círculos exploran.

Duendes cinéreos en mis noches oran
y en las dudas espéjanse mis vuelos;
las cimas de los últimos desvelos,
más allá de los tiempos, me avizoran.

En tanto, al huir de un cuerpo de tinieblas,
cuando asoma a la luz, ve sólo nieblas
el alma, y por los mundos se extravía.

Los más subidos ángeles encienden
luces al alma, y por guiarla extienden
brazos; ¡mas no está en mí el alma mía!

X

Oye mi plegaria en la voz y el llanto!
Llama en el altar, y humo, y sufrimiento,
mísera de luz, mi antorcha es lamento.
Lágrima y ceniza en un haz levanto!

Mi vida es ritual sobre el cosmos santo!
Y el rezo es mies del mundial elemento.
Yo vi en la noche al arcángel sediento,
y con fervor le hice casa en mi canto!

Tiemble el infiel, y el deicida que huya,
glorias degollé en la piedra tuya;
sus testas colgué en mis árboles rojos!

En tu inmensidad hice mi experiencia,
y he de intentar, sin la fe ni la ciencia,
dibujar a Dios, yo que voy sin ojos!

XI

El poeta oye en sí cómo desliza
la sangre sus rumores de colmena.
Cómo, en el mar del ser, isla de arena
el pulso de los astros paraliza.

Y cómo el viento en él un trigo riza
y caen los granos en morada ajena;
y ve que en la nocturna hora serena,
sus ascuas sayal visten de ceniza.

Mas alza un cántico el poeta. Y mide
muy bien la estrofa, y a Dionisios pide
más que el delirio, últimas visiones.

Se irá hacia abstractas cumbres vagabundo.
Sus feudos, nubes son. Ah, sus legiones!
Más firmes cuanto más lejos del mundo!

XII

Canto a la simetría, que alza un puente
sobre turbios abismos. Mis pensares
usan motor de pluma, o igual que mares
publican en cristal vivir potente.

Canto a la simetría, que en la frente
ordena el caos. Sus números alfares,
insectos de talleres colmenares,
me dan acorde y miel para la mente.

Oh simetría! Impone tus escalas
y normas. Tus guarismos tienen alas
de hierro, mas ajústanme a tu esfera.

Ya enseñas a mi ser tu ley no escrita,
y al reinar en el alma que medita
nunca esculpes en nieve; sí, en hoguera!

XIII

Cuando en nocturna paz mi desvarío
va a admirar la alta esfera que se enciende,
contemplo en mí un rosal que se desprende
por mis ojos, con rosas y rocío.

Y aquel otro rosal de un solo estío
que nace en los jardines, y se extiende
en tan pequeños ámbitos, pretende
ser en rosas rival del rosal mío.

Que el rosal de la tierra alumbra en vano
y el de mis ojos siempre está lozano.
Si aquél se mustia, el mío en cielos viste

con su luz, astros fijos y viajantes,
y al Tiempo va a entregar tallos fragantes.
Sin perder rosas nunca, eterno existe!

XIV

Busca siempre unidad, oh peregrino!
Como las olas cantan en un puerto,
muchos rosales se unen en concierto,
miles de rosas tejen un camino.

Lo múltiple en lo uno es lo divino,
según la ley del cosmos. Con lo incierto,
caótico, o durable, en lo desierto,
nacen rosas del ser, dice el destino!

La perfección del todo es simetría.
Un pensar en silencio, una armonía
que asciende hacia su fin, de tal manera

que se hace inmóvil... ¡Mire el pensamiento
cómo el orbe realiza el movimiento
de un rosal que se inscribe en una esfera!

INTELIGENCIA DE LA TINIEBLA

MIRA: aquello es el hombre. Deja vagar su sombra
sobre las apariencias que clasifica y nombra.

Está escrito que el hombre se realice en el Todo,
y encuentre en las entrañas del ser, sustancia y modo.

Está escrito que el fuego construya sus palacios
en un reino de esencias, fuera de los espacios.

Está escrito que el viento construya un ancho río
en el umbral del tiempo, más allá del vacío.

Está escrito que el agua ascienda hasta sus fuentes
y devuelva a los mundos verticales torrentes.

Está escrito: la tierra petrificó en su entraña,
noche a noche, argumentos de abismo y de montaña.

Pero, entre tanto, el hombre deja caer su sombra
sobre esas permanencias que clasifica y nombra.

Al darles nombre y número les da existencia exacta,
y no es la fresca rosa, sino la rosa abstracta,

la que es más que fuego, y viento, y agua y tierra,
cuando el hombre en altísimos pensamientos la encierra.

Para existir, la rosa se emancipa del Todo,
y halla en la inteligencia humana esencia y modo.

Gran enigma es el hombre. ¡Huye como una sombra,
y alza esta rosa eterna que él sólo crea y nombra!

PODER DE LOS TIEMPOS

LOS hombres
son galeotes
de las causas.

... Y parece
que la eternidad no es sólo futura,
como cree urdirlo nuestro pensamiento
en la infancia.

Que no hay un mundo venidero
y nada más,
aquel que ha de seguir a nuestra muerte.

Estas cosas,
estas frentes,
provienen de otras causas
e ideas.

¿Lo sabías?
Siempre hubo sombras,
moldes,
prólogos,
arquetipos...

Y las Ideas,
orígenes del todo,
no son más que las tinieblas,
antes de la creación.

Arcos potentes,
se sirven de ti como de un arma,
y desde el ayer te arrojan.
Los hombres
son venablos.

La divinidad
ha empezado a desplegarse
desde los innumerables días,
y se reviste de cuerpos humanos,
como un pez de escamas
y un árbol de hojas.

Los hombres
son venablos
de los tiempos.

LLAMADO INCESANTE

DESDE la tierra,
heraldos llaman.

¿Por qué eludir los manantiales del Ser?
¿Por qué beberse ahora las apariencias?

Mientras tú dialogas
y envejeces,

las granadas vuelven a madurar
todos los años.

Se endurecen
y secan luego,
y amarillean como la rodilla del penitente.

En su cáscara escribe el tiempo.
En sus granos de sangre,
la humanidad se reconoce
prisionera en una esfera que la oprime.

Más allá
del círculo y la muralla,
andan flecheros.

Desde la tierra,
los infatigables
heraldos llaman.
Es que es el Otoño.
Las granadas
y las hojas
y las cigarras,
emprenden el retorno hacia los surcos.

Hay allí heraldos
que convocan siempre,
desde las almenas y estanques
de un castillo,
cuyas murallas concéntricas,
se repliegan y hunden.

Oh Tierra infinita!
Oh Tierra prometida!

¿Hacia allí me deslizaré,
como los frutos del granado,
por una grieta
abierta
en la sien?

No sé nada.
Desde la tierra
heraldos llaman.

Cae la fruta en el surco.
Cae en la carne el alma.
Cae la carne en la tierra y en el tiempo.

EL REY DE LA OTRA CUMBRE

ENTRE mi yo
y mi cuerpo,
un abismo.

Un abismo, con un lago en el fondo.
Llegar hasta sus bordes,
mirarlo,
ya es sufrir
un sentimiento
de corrupción original.

Y me veo ir
hacia fuera de mí.
Un imán invencible
me atrae, y al hender el abismo,
noto en su fondo una niebla flotante
que el verme en el lago
me impide.

Un contacto con algo que resiste,
un sonido,
un gusto a sal genésica,
un aroma,
siempre una sensación que no se agota,
al caer mi yo
en la pendiente de arena,
que hay del otro lado.

Porque apenas existente
el abismo,
vuelve a llenarse de imágenes,
y la transparencia del agua permite,
a veces,
vislumbrar en el fondo
el Universo.
El Universo,
que se estructura, poderosísimo!

Los cinco sentidos, desde allí,
levantan esos mundos exteriores,
y los disponen junto a la vertiente de la montaña
corpórea,
desde la cual,
suelo percibir a lo lejos,
más allá del abismo y el lago,
no la nieve eterna, ni la barba de los dioses,
sino el yo,
el auténtico yo,
farsante y perfecto!

EL ARA INSATISFECHA

LOS genios de la luz,
que las mortajas hilan de mis pensamientos,
no cesan de anunciarme años
de plenitud
sin cesar.

Yo he puesto mi espada
en las rodillas del destino,
y aguardo que se desvanezca el humo
de las inútiles hecatombes.

Ardió el cordero,
ardieron las agrias resinas,

ardieron el vino y el toro,
y el trigal de color lebrel leonado.

La estrella descendió a la tiniebla,
pero nada, ni nadie,
se detuvo
a contemplar
tan divinos acontecimientos.

Sólo un mortal,
paso a paso,
se fué acercando a las hecatombes,
y en su corazón hallaron resonancia
el grito de los mártires,
el clamor de las cumbres,
el llorar de las górgolas.

Y si no hubiera sido por ese corazón,
que recogió en sí todo el hálito
del universo, en sus grandes grutas,
no hubiera quedado huella
de ningún suceso.

Ni de aquellos que en el paraíso se iniciaron,
ni del hecho
de que en lo alto de una cruz
un Dios fué ultimado
por redimir a los irredimibles.

El anonimato del Ser
para todos los días
rozando mi mente y mi corazón,
y es como aquel mendigo
que no se ve sino cuando golpea en las casas,
y dice: —Aquí estoy!
—Agradeced a Dios el haberme visto!

Los genios de la luz
que las mortajas hilan de mis pensamientos,
no cesan de anunciarme años
de plenitud sin cesar...

Pero la existencia
sólo atañe
a los que la incuban o la depositan
en la conciencia;
así en el ara de los dioses
perfumada víctima!

MITOLOGIA DEL MAR

EL mar vuelve de la guerra.
El mar brilla cargado de algas y antorchas,
de luz mojada y verde,
y regresa de noche con un clarín gigante
conduciendo su retahila de prisioneros.

El mar vuelve del destierro.
Sus piernas de hierro se afirman en la espuma,
su frente de bronce se apoya en las nubes,
su coraza de nieblas está erizada de púas,
y él vuelve conduciendo
dioses encadenados.

El mar vuelve de la noche.
Dos cisnes dormidos son los polos:
uno en cada hombro del mar.
Y él se pasea con ellos como un saltimbanqui.

El mar vuelve de los hielos.
Abandona los patines
y marcha hecho un demiurgo en un avión de olas.
Toca en todos los puertos al mismo instante.

El mar vuelve de las bodas.
Su boca tritura racimos de uvas moradas.
y su risa de borracho
tiene una música para atraer
la admiración
de los cometas.

El mar vuelve de su casa.
Su cinturón se abre y caen olas y arenas,
erizándole los vellos del vientre,
por donde saltan peces.

O en el agua que hay
en el ombligo del mar,
nadan siempre las nubes como cisnes.

El mar vuelve del olvido.
Sus barbas azules se extienden y se rizan,
y se las meza con las uñas
en donde brillan los infinitos anillos
de las novias
que en él se suicidaron.

El mar vuelve de la vida.
Su rodilla
en la noche entra como una proa,
y en los siglos futuros se hunden sus risas,
y sus huesos blanquearán en islas
de plata,
con vegetales
y ciudades.

El mar no vuelve de la muerte.
Recién cuando el mar muera,
se conocerá quién era.

Recién se le caerá la máscara
de zafiro y acero.
Pero no seremos nosotros
quienes gozarán de eso.
Desde las estrellas, sí.
¡Verán sus carnes transparentes,
su corazón y sus venas de aguas saladas,
y su boca abierta,
chorreando la baba de los ríos,
y sus bigotazos canosos,
con témpanos y continentes!

LA LEY DEL POETA

YO sé de alguien
que es el obstáculo
de su obra.

El joven
que encendió fuego en las tinieblas,
vió elevarse las llamas,
y eran estrellas y a la vez serpientes.

—Venid, gozad, oh amigos!,
gritó, acurrucándose
contra el pequeño círculo.

Rudos hombres gritáronle:
—Aléjate del fuego;
ya es justo que gocemos
de él!

—Tu presencia es odiosa.
Nos oculta el calor y la belleza
de la llama, dijéronle doncellas.

—Vete de aquí.
No disfrutes
de lo que no mereces,
protestaron los fuertes.

—Nos robas el calor
que precisan los cuerpos!
los ancianos gritáronle.

Yo sé de alguien
que es el obstáculo
de su obra.

Y es que muerte o ausencia,
son la ley del poeta.

ENIGMA DE LO CREADO

A Jorge Luis Borges.

EL tejido de los hechos
no revela
su secreto, jamás.

Nadie es capaz de descorrer los velos.
Un enigma sucede a otro enigma,
una ola a otra ola en el tiempo,
un espejo a otro espejo.

Cuando uno cree aclaradas las cosas,
lenta sombra vuelve a posarse
en lo visto.

Y así, la mano
mueve y mueve una nube que no cesa.

Conocemos el gusto del vino,
la gloria del canto,
el relámpago del goce inmediato
y el cortejo de las imágenes,
las cuales por nuestra memoria
suben,
y son doncellas esclavas
que van a colgar lámparas piadosamente
en las paredes
de un templo de sombras.

Pero el tejido de los hechos
no revela su secreto jamás,
y aunque el niño y el viejo
se enorgullezcan de conocer y poseer
por su nombre y perfume
la flor y el fruto y la tumba que tocan,
para el sabio
y el poeta,
esos dones familiares
jamás dejarán de ser fatigantes enigmas!

VANIDAD DE LO VARIABLE

El sol
pronto perecerá ahogado por las sombras,
en una fuente de resplandores.

Es el toro
que ahora ultimarán las esclavas,
hundiéndolo
en las aguas.

Naturalmente
se desvanece su concreta piel de oro,
mientras la sangre no cesa de correr
por los últimos ríos
de la tierra.
Yo me abismo en una sombra
que se acrecienta,
mientras un invisible puño
estrecha cosa con cosa,
alma con piedra,
nieve con fuego,
toro con muerte.

Feroz la testa entre olas de arabescos,
el toro sustantivo rumia brasas
antes de morir.

Pero pronto la tiniebla en sus lomos
es presencia,
y amenaza
ser sustancia.

Esta hermandad de sombras que se restablece,
este vínculo que se vuelve a afirmar,
quiere que en el reino de la identidad
se sumerjan las cosas
y los seres.

Un destino,
más allá del capricho
y la gloria de las criaturas,
ensaya en cada anochecer,
la operación grandiosa,
que algún día habrá de realizarse
en nuestra muerte.

Reducir toda la espléndida variedad
de la bestialidad,
en lo absolutamente idéntico y vacío.

EL MAR EN EL ASTRO

A Guillermo de Torre.

El mar, como un lebrel,
corre una abstracta forma que huye en él.
El mar
busca una forma inaccesible,
sin cesar.

Su impaciencia
es la fuga invisible
hacia la astral inteligencia.

Abrillanta
sus estelas y estolas,
y es su boca si canta,
conflictual serpentario de las olas.

El mar no está en sí ni está en su orilla,
sino que en el candor de un astro brilla.

El mar está en la estrella que se vierte
en cristales.
Huye de sí para acuñar su muerte
en los bronces astrales.

Un signo de blancura,
una ecuación de esferas y armonías,
cierra su arquitectura
de olas bravías.

La transición, el cambio, lo fluyente,
la gran movilidad,
no serán más que idea allá en la frente
de la inmensidad.

Serán idea
de otro mar y otro mundo no iniciado,
que anuncia, en otra aurora, su marea
de ancho lomo rosado.

El mar no está en sí ni está en su orilla
como el peán no está en el que lo canta.
El mar no está en sí.
Más bien se enciende y brilla,
en todo astro sutil que se levanta.

O está en la idea que alza de sí mismo
hacia otro azul, y en brasa se transforma.
En el abismo
vive el cristal de la más pura forma.

Vive en lo que ha de ser y aun no ha sido,
igual que el pensamiento en lo pensado,
y el alma cuando siente en lo sentido,
y el ojo cuando mira en lo mirado.

Viviendo, no en él!, sino en su espejo,
el mar maravilloso,
hecho idea o reflejo,
es estilo y reposo.

El mar está en la estrella que se vierte
abriéndose en granada de cristales.
Huye de sí hasta leer su muerte
en los altos misales.

LA SERPIENTE Y EL TIEMPO

Misterio

En un principio Adán pudo percibir el tiempo y la eternidad en el mismo plan inteligible del universo recién creado; después del episodio de la serpiente, sólo recibirá la imagen del acontecer momentáneo. Entre las apariencias sufre, canta, se desorienta, razona y desea morir. Sobre tan sencillas invenciones se desarrollan las etapas figuradas de este entretenimiento lírico o juego intranscendente, a modo de procesos, experiencias personales y variaciones, alrededor del mero conocimiento sensible y de la interpretación mágica del universo.

I

Lo que en sueños yo vi fué un astro o un ave.
Paloma, pudo ser, que en los senderos
del edén, daba envidia a unos corderos,
y en mi hombro anidó su plumón suave.

Me arrodillé y cogí una enorme llave
que vi caer entre dorados ceros;
y trepó una serpiente los aceros
de mi torso, alcanzándome una clave

en la boca. Y vi pájaro y serpiente
y clave: a iluminarme iban la mente.
Fuí Adán, por fin: busqué de Eva el aroma.

Quise explicarme el mundo recién hecho.
En miles de años calentóme el pecho
la serpiente con plumas de paloma.

II

Miré aquel árbol con espanto. Espejos
le abrí en mí, coronándolos de frutos.
Fuí el Adán que en mudanza de absolutos
arroja al éter cifras en cortejos.

Mas el tiempo enseñóme allá a lo lejos,
saltantes sobre abismos, cuatro brutos.
Los del Apocalipsis! Los hirsutos
jinetes eran cuatro horribles viejos.

Creció, cubriendo el cosmos, la manzana.
Una razón mendiga de ella emana
desde entonces; su gesto engendra hastío.

El ángel que fué en mí se hizo nevera.
Y me gritó en las sombras la pantera
del Ser: —Si me descubres, eres mío!

III

La manzana es el cosmos, plasma lleno
de gérmenes. Los árboles, con frutas
nos agobian. Me aturden en las grutas,
anchas fauces acústicas del trueno.

La manzana es el cosmos y el veneno
del cosmos. Entre espadas absolutas,
ángel y bestia, arrastro por las rutas
un ala enorme que es de bronce y cieno.

Miro en lo elemental machos cabríos:
sus pies han de danzar como los míos.
De los astros perdí ya toda huella.

Noche total: los puentes me han dejado.
¿Por qué has de permitir, cielo enojado,
que sombra y no fulgor mane la estrella?

IV

La serpiente espejó elocuencia suma,
pues entre el orden sacro de sus males,
dijo: —Mira, dan luz los maquinales.
Los pájaros son lámparas de pluma.

El neblí ha de ostentar fuego entre bruma,
los cuervos son litúrgicos fanales,
ruiseñores son brasas y cristales,
y arde el cisne en su fábrica de espuma.

Mi soberbia mental te da esas luces.
Mira: es noche otra vez. Si caes de bruces
levántate, que apuran tu desvelo

luciérnagas, con lámparas de asombro.
Al fin, te ha de volver al mismo cielo
la alondra que te alumbra sobre el hombro!

V

Mueren en Dios los pensamientos míos,
muere ajada en el tiempo frente pura,
mueren igual diamante que hermosura,
mueren como los astros los rocíos.

Van al mar a extinguirse aquellos ríos,
va esa nube a morir sola en la altura,
va el viento a perecer en la llanura,
va en el viento el trigal de los estíos.

Va el ave en vuelo y cae de muerte herida.
Ante ello, un sacro horror muestra la vida.
Llora la carne, y ser semilla y siembra

y hambre de no morir, en sueños quiere.
Canta inmortalidad la lengua y muere.
Rey con tal hambre el hombre va a la hembra!

VI

Tiempo. Hasta en lo informe, las señales
de los astros imprimen movimientos.
Oigo el orbe. Las aguas y los vientos
gajos quiebran de bienes y de males.

Las rocas fingen frentes. Los cristales
presumen desusados pensamientos.
Y el mar trasmite en coros los lamentos
que ante la eternidad dan los mortales.

Y habla el tiempo. El futuro. Es comprensible
No hay más que oírlo. El caos y lo posible
discuten sin rumor; los astros callan.

¿No oís cómo en la frente de los hombres
futuros, los ejércitos de nombres
sin cesar contra arcángeles batallan?

VII

Llueve ha miles de años. Los ovillos
de un diluvio entretejen en pantallas,
un orbe al que no ofenden las batallas
del llover, ni del tiempo los anillos.

Un pájaro entreabre sus ojillos
en mi cráneo, y me hurta las vituallas
de símbolos. Su afán no encuentra vallas,
disfruta en mí de arcones y castillos!

¿Qué es el ave? Es la idea que reposa
en mí, luego alza el vuelo y se hace cosa.
Ave filosofal del pensamiento.

¿Y el diluvio? No existe. No diluvia.
El ave se devora el elemento.
Ya sueño que no llueve, y no hay más lluvia.

VIII

Veo árboles crecer. Crecer. ¡Son tantos
los que en mí crecen, junto al árbol fuerte
en ciencias, que regó frutos de muerte
en mis barbas, peinándolas de encantos!

Ya son mis ojos árboles de llantos,
y árbol mi sexo; en tierra me convierte.
Y el sol, árbol de fuego que se vierte
sobre las brisas, árboles de cantos.

Mi corazón; terrible árbol de duelo,
y árbol florido de ángeles el cielo.
Mi conciencia es el árbol de las normas.

Mirad mi lengua: el árbol de las preces.
Mirad la nube: el árbol de las formas.
Y el mar, que es el gran árbol de los peces!

IX

—Toma, criatura, que ante el cielo mientes,
te doy tu azar, tu clave, tu sustancia.
La astuta forma habló con petulancia
y huyó con un gran fuego entre los dientes.

La copa que dejó, lumbres valientes
de sangre y vino y miel mostró a distancia.
Pero al rozar mis labios su fragancia,
toqué en los bordes nudos de serpientes.

Turbia es su luz. Y es suma de presagios.
Mis ojos ven en su cristal naufragios,
y ola que asciende, tórnase confusa,

brilla, y sólo a la muerte quiere darse.
¿Y así es mi ser? Su luz, al desbordarse
se cuaja en cabellera de medusa.

X

Quiebran oros del sol las verdes faldas
del monte. Arden mil formas. Se percibe
el gran brillo del éter, y allí escribe
el tiempo sus memorias en guirnaldas.

El misterio del ser cayó de espaldas
en mi pupila, como en hondo aljibe;
yo supongo que en roca viva estribe,
y él me inunda el mirar con esmeraldas.

Mintiendo tales goces, laberintos
veré en el cielo, y con razón e instintos,
le he de atribuir mecánicas eternas.

Ah, este cosmos que habito! Es orden puro.
Pero es falso. Lo forja un duende oscuro
que trabaja en mis ojos con linternas!

XI

Adán, lo leve, apenas. La sonrisa
del éter, testimonia su grandeza.
Tras siglos, da su flor naturaleza.
De antiguo fuego astral la rosa es risa.

El perfil del diamante que se irisa
oprime un sol y cólmase en belleza.
En todo ha de ser ley delicadeza.
Con pie de vidrio el tiempo estrellas pisa.

La noche esferas firma, el logos canta
en la elipse o del ave en la garganta.
La selva habla en acanto, el monte en bruma.

Mira el mar. Ya recoge el pensamiento
del abismo, y lo acorda a un leve acento.
Si lo escribe ha de usar letra de espuma.

XII

Caen los días. Acaso en aquel pino
un ruiseñor repite esta congoja.
Un tiempo vacuo llega a mí y arroja
surcos sobre mi frente, y lauro, y lino.

Caen las selvas. Sonámbulo y sin tino,
el tiempo avanza el pie y hunde la hoja
del granado. Allí miro un ave roja;
tiende al azar la diagonal del vino.

Fué ese pájaro o fábula una clave
de mi niñez; subí en su impulso de ave.
Hoy soy, en cambio, un gran rosal caído.

Me habita el gavilán que no reposa;
rey que cedí lo eterno por la cosa,
y ángel que hallé el pecado en el sentido.

XIII

El astro aquél, tan puro en su retiro,
con su cifra que enciende en mi conciencia,
sólo existe en mis ojos. Su presencia
finge arder en umbrales de zafiro.

El, en cambio, el horror de que respiro
me asegura, al volcar su transparencia.
¿Se afirma por sí mismo en existencia?
¿Niega que ha de morir si no lo miro?

Mas, ¿por qué existo yo y existen astros,
y la serpiente que no deja rastros,
ni me quita jamás, esa ondulante

zozobra, cuyos ojos desde el suelo,
hurtándome las fábricas del cielo,
saben más que las cifras de diamante?

XIV

Por fin, los holocautos. Humo denso,
y horror, y ayes bestiales, rezos, mitos.
Buitres hay que asustados por mis gritos,
graznan y esperan en peñasco inmenso.

Junto a las llamas, con envidia pienso
en los toros nevados y malditos
que ofrezco al Dios, y en goces infinitos
creo arden mis músculos de incienso.

Ruego al Dios que tal muerte quiera darme.
Como la sacra bestia quiero alzarme,
y en humo y llamas hacia el sol volverme,

o en hombros de los altos astros irme,
y en un instante en el azul perderme,
antes que en vida sin cesar morirme!

"LA TRANSFIGURACION DE LO CORPOREO"

1930

ALLA, POR LOS ORIGENES....

LOS viajeros
Vimos, desde el tren,
Cómo llovía aquella tarde.

Una lluvia cerrada y cálida,
Que desbordó en los pequeños arroyos.

Bruscamente,
La tormenta inundó las colinas,
Y huyó, con su relámpago en rehenes.
Y el tumulto del eco azul profundo.

Después de la tormenta,
Y, al regresar, ya frente al sacro río,
Nos apresuramos a mirar
La inundación! La inundación!

Con asombro vimos
Que el cauce estaba inmutable,
Mutable como siempre.
Sereno y limpio, era
Un espadón de cielo con diamantes
Fatigados,
A ras de tierra.

Es que el río sagrado lleno de islas,
Como el poeta,
Sólo se agiganta,

Y se desborda,
Con muy grandes lluvias,
Allá, por los orígenes!
Con muy grandes tormentas invisibles.

LOS PAJAROS DE ORO

CUANDO oigo música,
Y de pronto retorno a realidad
No me conozco.

Transfigurado
Hallábame,
Y a una gran distancia,
De las formas presentes...
Con la música,
Realizo siempre viajes infinitos.

Un esclavo indígena de ojos sombríos,
Se despierta en mí,
Y rompe fácilmente las pesadas cadenas.

O bien, la música,
Es un divino subterfugio
Que me hace navegar en mi memoria!

Recordar, bajo el ritmo de la música,
Es para mi,
Viajar;
Tomar los equipajes
Y embarcarme, feliz,
Por la memoria,
Igual que en transatlántico de lujo.

¡Ah! Mi memoria,
Con el vino o la música,
Compórtase como un valeroso navío,

En marcha...
Adiós!
Adiós!

Fuera de eso, recordar es triste;
Es el destierro de los dioses!
Suele ser
Lo mismo que viajar de galeote,
O, entre cadenas,
Regresar al país, y derrotado!

Siempre la música es la libertad.
¿Y en caso de crear,
O imaginar
En vez de recordar?
Ah, las no esperadas bellezas!

¿Y cómo no queréis que todo olvide,
Por la música,
Si ella en el misterio de mi carne
Liberta maravillas?

¿Si la música, entonces,
Es la piedra que el niño arroja
Contra el árbol oscuro,
Para ver volar
Pájaros de oro
Que van a las estrellas?

IMPERATIVO DE CREACION

VAGANDO me hallaba por los caminos nocturnos
En las márgenes de un estuario.

Hacia la madrugada
Señalaban con el índice los vigías de las estrellas.

Los campesinos, entonces,
Encendieron sus fogatas
Y ante el ruido de mis pasos en las piedras
Gritaban vigilantes aves.

Bajo la paz creadora,
Brotaban en mi corazón estremecimientos inefables,
De una pureza infinita,
Pero adormecidos quedábanse,
Dentro de mí,
Mal definidos e informes,
Como los caserones con árboles que yo no lograba distinguir
Muy bien en mi camino,
O a modo de los oscuros rebaños que a mi lado dormitaban.

Sentimientos elevados de amor,
Ideas de belleza y religión,
Ansias de inmortalidad, bajo mis sienes agolpábanse,
Sin poder alcanzar la vida concreta o perdurable.

Campos dormidos, árboles en oración —
Al pie de aquella tan segura montaña de cielo,
Era mi soledad el único tormento,
La impura angustia sin correspondencias.

Fué tan evidente la falta de armonía
Que nacieron estas preguntas:
Un hombre así,
¿Para qué iba a perturbar
La felicidad total de esos elementos primarios
Con la vacilación creadora de un espíritu?

¿Por qué, entonces,
El castigo y el riesgo de infundirles un alma?

¿Una pregunta sola iba a llenar todo lo creado,
Hasta el último resquicio,
Y las dudas empañarían los espejos del éter?

¿Vendría, para la frente,
La hora de las revelaciones soñadas?

¿Conocería yo, por fin,
Las imágenes de los mundos que luchaban por revelarse
Dentro de mi ser?

Las tierras recién sembradas,
A mi lado, en leguas y leguas,
Hinchábanse por las semillas impacientes,
Como la masa provincial de las tahonas,
Cuando las fermentaciones cándidas de la harina
Crecen en pleamares
Y preparan el advenimiento del pan.

De la espiga en zodiacal granazón de cielo
Vi caer un grano de oro,
Con una rápida oblicua trayectoria.

Aquella declinante caída del hacha ígnea,
Era una orden mística, pero no para mí,
Era un imperativo mensaje de arcángel, pero no para mí.

Fácilmente interpretable,
El único mensaje y la orden final que faltaba,
Para que todas las siembras iniciasen la germinación.

Así, de la misma forma,
Que el comando enérgico del relámpago,
Hace precipitar la lluvia,
Y esta organiza su marcha de cerrados cortinajes,
Así como el brillo de una espada,
O el imperio de los clarines,
Ponen en movimiento a los ejércitos grandiosos,
Así,
Desde la caída de esa errante estrella,
Que se desprendió a modo de una flecha de un carcaj
Demasiado lleno,
Yo comprendí que iban a ponerse en marcha,
En lo más profundo de las tierras,
Pero no en mi corazón,
Pero no en mi corazón,
Millares y millares de semillas sembradas al azar —

Las ví!
Abrirse las ví en leguas y leguas,
En un deslumbramiento de la materia,
Como los párpados de los muertos,
En los días en que resucitará nuestra carne.

Una tan poderosa orden!
Fué un imperativo de creación! Sí.
Pero no para mí.

Era fácil comprobar,
Cómo se levantaban con precaución matemática
Y crecían, crecían, las semillas —

Formaban a mis pies disciplinadas falanjes,
Atisbando el resplandor del día naciente,
Y alegres las ví alinearse,
Para presentarle armas
O celebrar una misa campal.

Los rebaños despegáronse también de las sombras,
Y aparecieron albos y puros,
Como corderos rituales en marcha hacia la hoguera.

La naturaleza, y los hombres también, a mi lado
Recibieron la nitidez maravillosa
Que da el toque de la luz,
Pero allá dentro de mí,
Sólo pude distinguir algo parecido
A lo que ocurre en la casa de las abejas o las hormigas,
Cuando con un fuerte ademán se rompe la corteza exterior,
Y se ve manar una hirviente multitud de seres vivos,
Que se maltratan,
Y crecen en oleajes,
Huyendo de la luz!...

Las sublimes creaciones
Los pensamientos ideales,
En mí, brillaron un momento,
Recogiéronse después y fugaron en desorden,
Ahuyentándose unos a otros como nubes de tempestad,
O asustadizos pájaros de grutas.

EL individuo!
El yo! El individuo es lo que vale!
Una voz más alta que el reflector de los aviones
Decía,
Y su verdad encrespaba de ondas los espacios lejanísimos.

*

—Caminantes perdidos,
Un pie en una nube y otro en el cielo,
Poetas,
En el límite de las alegorías.
Mirasoles segaban con hoces de plata y zafiro.

Navíos de todas partes de los mares,
Iban a anclar
En las dársenas azules de los universos.

No más llamas en mí,
Sino total palidez de mi rostro,
Por asociar el pensamiento oscuro y certero de la muerte,
Con el afán de la inmortalidad.

Los números a mi lado,
En mitin prodigioso, ayunaban, andando
Frente a la prédica de los heresiarcas,
Y yo, separado de todos por el orgullo y el tiempo
Repetía:
El individuo vale más,
El individuo importa más.

Al margen de todos iba yo,
No reconocido,
Así como la paloma del Espíritu Santo,
Podría ir perdida entre las demás palomas de las granjas.

*

El eco, música,
Con la reminiscencia platónica en las entrañas,
El eco,
Representación viva de nuestra desventura vital,
Repetía mi palabra mil veces,
Pero no en las plazas,
Ni en los iluminados edificios,
Sino en las grutas de mi personalidad,
Torre de bóvedas.

*

Vuelan años.
Primavera y campo!
Desnudas nubes, firmes amazonas,
Al libertar del sol la crin dorada,
Siembran de luz el mundo.

Oigamos otros ecos más.
El metal luminoso resuena hoy
Cada vez más potente.

El paisaje adivina las palabras del poeta,
Y se las roba.
Las palabras del poeta
Son las flores recién abiertas de los manzanos.
Fácil, una lluvia de agujas y de polen,
Va cayendo de los árboles florecidos.
Se abren las flores con tanta delicadeza,
Que basta el eco de un grito para deshojarlas una a una.

Basta el eco de una palabra
Para la lluvia de las imágenes.

Yo os narraré algún día el destino de una voz.
Su eco hará temblar en las montañas los brillantes ventisqueros.
Su eco hará caer en las altas ideas como frutos de tiempo.

*

De pie,
Sobre el primer tercio de mi siglo,
Yo, sin aplausos ni discípulos, deseo estar.

Así, en la anticipación de un adivinado narcisismo,
Miraré reflejarse mi rostro
Por las galerías de espejos en serie de los años futuros.

Pero más me gustaría
Oir los sucesivos cambios
Del eco de mi voz,
Al dejarla caer como hoja muerta,
En los mágicos días que vendrán,
Diáfanas celdas,
Iguales entre sí,
Resonantes de cristal.

*

Porque el individuo,
El yo!
Eso es lo que importa!
Lo individual.
El individuo.

Una voz más alta
Que el reflector de los aviones
Decíalo,
Y su verdad encrespaba de ondas
Los espacios
lejanísimos.

*

CAMINO DE CIPRESES ANTIGUOS

NOCTURNO camino de los cipreses
Que parten de mis ojos y ondulan hacia dentro de mí,
¿Habrás visto, bajo tus centinelas con armaduras de sombras,
Pasar la errante forma de mis sueños?

La niebla era que, en el amanecer,
Dejó flotando entre los árboles,
Un vellón de rebaños apenas perceptibles.

Era el vaho espiral de los cálidos surcos.

El pájaro que se detuvo, apenas
Un instante, esponjó en la hierba su plumaje encendido,
Y volvió a emprender su fuga sin tiempo para el canto.

La purpúrea antorcha
Que vagabundeaba,
Fuego fatuo en el día de oro,
Nómada sobre las letras de las lápidas,
Pudo escribir la vaga firma de su sombra.

El eco de mi voz lejana por allí quiso anidar un momento.

En el taller cristalizado del cielo,
Los cipreses del cementerio,
Husos de ébano, fabrican la claridad del día,
La sostienen
Y cantan.
Cantan.

Arrullan el sueño tranquilo
De sus infantes de mármol que nunca despertarán.
Cantan.

Y más allá vienen,
A escuchar
Algunas acacias, subiendo la colina del río.
Campesinas graves que avanzan —
Vigilan, de paso, la blanca ropa extendida a sus pies;
El lino de las tumbas,
Que al sol de los años han puesto a secar. —

Nocturnos cipreses
Que se prolongan en mis pestañas,
Y por mis ojos ondulan hacia dentro de mí,
Lo mismo es observar la luz
A través de vuestros rocíos,
Que a través del llanto de mis párpados.

Si alguna vez me reconocéis,
Extinguidores vegetales de luceros como lágrimas,
O si alguna vez me ofrecéis guiarme,
Lámparas de la más obscura luz...,
Lámparas de la más obscura luz,
Que consumen la entraña de sí mismas
Igual que las resinosas teas,
Obediente seguiré
Vuestra señal entre el dédalo de las tumbas.

Y he de ir también tras vuestra navegación;
Mástiles de las blancas y tristes navecillas
Que arriesgan por los sólidos mares del trébol,
Sus proas de piedra...
Fiel os escucharé,
Si otra vez notáis mi presencia, oh árboles,
Ah, perdido entre las tumbas que os rodean,
Y de canas pueblan las cabelleras de los trigos
Con tal de que le confiéis al alma entonces,
Donde,
En qué oculta madeja
de vuestros follajes,
Desvanecida quedó para siempre,
La errante forma de los sueños míos,

O si ellos no son más
Que esas petrificadas aves blancas,
Que los años
Hicieron caer en bandadas a vuestro alrededor,
Y que vosotros queréis hacer volar ahora,
Y conducir hacia otros cielos felices,
Con silbidos de viento, pero en vano.

MÚSICA DE LAS COLINAS

RECUERDO las colinas
De mi país.
Evoco las ondulaciones fronterizas,
Los frágiles oleajes formados por el viento
Cuando cálida y blanda era aún la tierra.

Las musicales ondas que mueren hacia el Brasil.
Allí está mi niñez.

Entre la bruma azul de los esteros
Se extravía, aún...
La llamo:

Ella, por escuchar el canto de las aguas
Me olvida, y no me oye.
Porque allí mi niñez vigila
Junto a la tumba de mis padres.
Sentada está sobre el mármol,
Como en el umbral de una antigua casona.

Ella, es el trébol atigrado que se acerca a los cipreses.
Ella todo lo impregna como una serrazón campesina.
Ella es el pájaro rojizo que canta,
Un segundo, sobre los hierros
Y no vuelve nunca más.

—Ah, yo leía tan sólo las historias de mis gauchos,
Dormía con mi Santos Vega
En las cabeceras del trébol,

Y mi vocación temblaba entre el rizado payador
Y el bandido que pintó Sarmiento.

Pero, todo murió allí, en la niñez...

Más tarde, con serena mirada de hombre,
Vi la llanura pampeana,
En el trayecto de Buenos Aires a Bahía Blanca.
Húmeda de escarcha se me apareció en el amanecer
Del invierno.

—Oh, redondez cándida de hostia!— dije para mí.
Comulgué con ella un momento y eso fué lo bastante.
Después, todo el día la llanura miré fijamente.

La pampa extática.
Las llanuras de mi país son dinámicas.

La pampa logró oir la coral de los cielos
Y se ha quedado en éxtasis.
Nuestras llanuras,
En cambio,
Se han conmovido...
Han replicado,
Con una música de colinas!

POR GOZAR DE LA LUZ

A Dinorah de Echániz

GOZABA de la luz la abeja rubia,
Y más que de la miel.

En la copa
Del duraznero en flor,
Íbase olvidando del destino.

Hacia los brotes más altos,
Para gozar de las totales llamas del día,
En las hojas clarísimas,
Alertas reflectores del color primario.

En mi mano logró hallar el castillo
cálido de la carne.
Y no fué a tiempo!

Con todo, yo era el salvador!...
Después que el viento arrojó su cuerpo
Como rebelde brasa
Entre cenizas,
Hacia la tierra,
Presagio de la muerte cierta,
Rodeóla una plebe de hojas,
Condenadas almas,
Y ella intentó abrir las alas aún,
Hacia la luz,
Desde el fondo de lo más impuro.

Estrujadas flores de manzano,
También allí rodaron, en un mismo vaivén,
Cuando mis pupilas reconocieron,
En las alas ilustres de la abeja
El abolengo de oro,
Destrozado por la falange bárbara del viento.

Enredándose entre las hierbas,
Como en las barbas de un filósofo borracho,
Se desgarró, cayendo aún más...

Gozaba de la luz la abeja rubia,
Y más que de la miel, que es la luz líquida.
Ahora,
Una alegría no alcanzada,
Perdida para siempre!
Tal, su cuerpo inmóvil,
Recogí entre mis dedos.

¡Pensar que sus hermanas de colmena,
Del fondo de las flores,
Sin verla, ni sentirla,
Volcaban en sus antros los brillantes misterios,
Mientras la mejor de todas no era nada,
Muerta en manos extrañas,
Muerta,
Así, como yo podría estarlo
Por gozar de la luz, no de las cosas!

SOBRE UN PUENTE DE HIERRO

A Carlos Sabat Ercasty

PUENTE de hierro, con laberintos,
Donde la luz, en estuarios, escurriéndose
Va entre los pilares,
Más poderosa que las mismas aguas,

Una nube de oro se enjaula en tus mallas sutiles,
Y se liberta, deshenebrando sus copos,
Y a la unidad del río la hechiza de blancuras doradas,
Mientras huye.

Soy el único transeúnte
De tus deambulatorios de metal,
Y en la mañana de escarcha y diamante,
Cruzo a pie por tus dédalos y canto.

Luz,
Y fuertes vientos cabalgados por aromas,
Pasan en tí y acarícianme las mejillas,
Entre las combatientes columnas.
Mi cuerpo sostiénese apenas en el aire
Y a riesgo de caer,
Inclinándome
Yo contemplo hacia el abismo,
Y veo, en cristales,
Remolinos de aguas morir,
Sobre el rebaño de las verdes nebulosas del río,
Musgos acuáticos, barbas sedosas de faunos ahogados,
Escamoteando espejos y arenas.

Obediencias de resplandores,
Desde la altura vislumbro,
Y, por debajo de mí,
Pasar en los aires cortantes,
Entre un relámpago de niebla,
Otro vellón de plumas que estrella sus alas
En el metal finísimo,
Y deja caer su vertiginoso lamento al abismo.

Puente de hierro,
Fría y hostil duración,
Y no obstante sustancial, musical instrumento,
Con sólo estar inmóvil
Sonoridad melódica levantas.

Arpa tendida sobre un brazo apolíneo de aguas,
Yo aprendí a contemplar
E interpretar,
Tus creadoras geometrías
Que en lo instable imprimen el orden gigante.

Tu ingeniería,
Es sostén, milagro, y llave divina,
De esos mundos de luces
Y formas del inmenso paisaje,
Que empezaron a verse cuando tú los creaste.

Contagiosa es tu sonoridad,
Formidable imán de las armonías,
Que a todos comunicas.

Yo afirmo que ellos parecen existir,
Porque tú existes.

Desde tus alturas
Gusto dominar en mí
Panoramas infinitos, lo confieso.

Mis huesos y mis carnes son laberintos,
Y armaduras valientes
Que se sostienen,
Como tú, sobre abismos —.

Laberintos para ver
Mis universos...

Y se bastan para explicarlos y revelarlos,
Aunque yo los niegue,
Creándolos...
Oh, universos,
Diáfanos equilibrios inmortales,
Del espíritu puro!

Cuerpo mío:
Puente y duración, y no de hierro...

Puente de imantadas arcadas divinas,
Donde el fluir del tiempo sin fin
Entre mis pilares desgastándome va,
En callados estuarios,
Más poderosos que la misma sangre.

LA ESPERA DEL DIOS

OH Poeta,
Si el amor iluminó tus sienes,
Y el dolor sobre tus hombros
Extendió la fúnebre dalmática de plomo y témpanos.

Si pálido te han visto las olas del mar
Y si alegre fuiste el vencedor de la manzana metafísica,
Cuyo mordizco al fin es amargo darlo sin medida;
Y si así ocurre con la carne,
Que en ceniza cae, como el cántico y el vino,
Y la risa joven,
Que también adornos fueron de tus labios.

Si con madejas invisibles la fortuna
Te sostuvo sobre potro salvaje,
O en navío y en avión segurísimo te hizo viajar,
O caer sobre los bellos cuerpos desnudos,
Y explorar los celestes golfos
Al borde de la muerte y el caos.

Si tu copa de oro derramó el vino,
Y la sangre y la miel y la hiel,
Y en tu lengua anidó la candidez
De las lunas hostiales de los ritos,
Y si manso te fué el relámpago
En la tempestad del campo,
Y la dorada musculatura del sol
Trabajó para tí como una esclava.

Si tu mejilla
Palideció en el nocturno secuestro del dolor,
Y de la sabiduría,
Que es peor,
Pero nunca estuvo sola,
Sino que a tu lado,
Sobre tu hombro, alguien defendió tu lámpara,
Y una mano de mujer,
Supo amoldarse a tu frente
Como el juego armonioso
De una articulación feliz de atleta.

Tiempo es, pues, de meditar.
Y contemplar
La lluvia de otoño en las siembras.
Y hasta oir como las semillas crecen
En el silencio de la noche.
Amor. Odio. Dolor.
Todo, intensamente...
Como alegorías frutales de un manzano,
Sin serpiente adherida al tronco,
Los has tenido al alcance de tu puño,
Y has sido fuerte, débil e ingenuo,
Más de lo prudente...

Si es así,
Es tiempo, pues,
De ir levantando los fundamentos
Y los cimientos de una casa estoica.

Una casa estoica,
Con grandes galerías hacia oriente,
Para que hasta allí puedan traerte alimento,
O meditación seráfica,
Las palomas, oh Poeta,
Del cristianismo primitivo.

DIVINIDAD DE LA NATURALEZA

I

AMO la claridad de estas llanuras.

Amo este campo, marginado apenas
Por la finura elástica del álamo,
Gentil y vertical.

Amo la hilera de los frescos árboles,
Celebrando la risa de las aguas,
Y del viento.

Una exaltada libertad, circula,
Oh, el vino de un dios joven!
Por mi sangre,
Y al éter también, transpórtame,
Entre oleajes de júbilos.

Amo la fraternal algarabía
De las aves,
Robando las semillas
De los surcos.
Amo la mano que bendice y siembra
Y perdona aquel robo, con sonrisas
De paz.

Amo la frente mía, y amo entonces,
Más que todo,
El olvido absoluto de mí mismo.

Difundido en la pánica armonía
He detenido el curso de la idea
Y el recuerdo se cae junto a la hoja,
y no perturba,
La unánime armonía de estos mundos.

II

Amo olvidar mi espíritu.
No sirve
De nada su misterio, y es más bella
Que él
La peor de las semillas!
Son más bellos
El fruto más inútil,
Y la raíz más ínfima,
Que la más grande idea que del hombre
Nace,
Con pretensión,
Original y victoriosa.

III

Amo la soledad de estas llanuras.
Quisiera aquí quedarme.
Ah, extinguirme,
En estas efímeras hecatombes de hojas muertas,
Y frutos no logrados!
Antes que retornar a tus dominios,
Oh, sabiduría!

Mas, si obligado estuviera a ser un ente
Viviente,
Como aquel pájaro,
Ruin, sin cantos, destructor de siembras,
Todo brío y cenizas, que allí veo,
Me gustaría ser,
Me gustaría ser así!

Y hasta haría mi nido como él.
Ah, no volver, entonces.
Quedarme, sí, como una cosa inútil,
Aunque viva...

IV

Amo tener un nido como él, lejos del camino,
Amo tener un nido hecho con espinas.

Amo construírlo en un árbol solitario.
Amo un nido único en un árbol solo.

Lo amo así.
Lejos, lejos de los otros árboles,
Bien erizado de espinas,
¿Un nido de pájaro, inútil,
Perdido, para todos, en el campo?

Porque amo olvidar mi espíritu.
No sirve
De nada su misterio, y es más bella
La peor de las semillas!

V

Son más bellos,
El fruto más inútil,
Y la raíz más ínfima,
Que la más grande idea que del hombre
Nace,
Con pretensión
Original y victoriosa!

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

OIGO la sacra música
Que, en encendido instante
Escuché de sus labios.
La trágica alma
Hebrea, que inundaba de luces su copa
De diamante,
¿Dónde está?
¿Es posible que *Más allá,* la vea?

La escucho!
¡Cuántas veces, esclava de una idea fija
Vino, temblando, a mi...

¡Tan vacilante como ella!
Ya no olvido
La convulsa marea metafísica
Ahogándole los ojos y el semblante.

La miro, sí, entre árboles,
Vagar meditabunda...
Verbo de esferas cósmicas,
Baja su voz profunda;
Penétrame en las sienes y me inclina,
Hasta el llanto!

Dime,
En qué estrellas...
Cuaja tu luminoso ruego.

Que aprenden,
Los arcángeles la coral de tu canto!
Dime,
Al fin,
Que rompiste las cadenas de fuego!

"LA COLINA DEL PAJARO ROJO"

1925

LA SIMETRÍA

Géométrie, finesse...
PASCAL

ESTE es el canto
de la simetría
y el orden santo.
Don de los dioses
al alma mía.

Simetría.
Perfección maravillosa
del pétalo de la rosa,
que da luz en la lámpara del día.
y de la escultura dichosa
del cuerpo de la amada mía.

O de la luz astral y esa rubia doncella.
Ella y ella.
Fidelidad del binomio divino
en la dicha o la desgracia.
Ella y ella. Insoluble doble estrella.
Encarnación del genio greco-latino
que era profundidad y gracia.

Vaso de la antigua ciencia de amar,
de la sabiduría
y la obediencia.
Transparencia ejemplar.

Contemplador,
como un pastor
caldeo...
Hoy canto lo que veo.

Me fuí con la doncella a la llanura
e hice un hogar. Puse el cimiento,
los muros...
Un reloj solar.
Primitiva arquitectura
y el sol en movimiento.

Ví la ondulación de los montes,
el pentagrama de los alambres tirantes,
circunferencias de los horizontes,
que ella abraza con los brazos flotantes.

Profundidad de los cielos americanos
en su pupila transparente.
Espirales de pájaros lejanos
por su frente.

Las esferas de cristal
de Copérnico están en sus pupilas.
Una esfera está en otra. Musical
juego de luces tranquilas.

Alta, serenamente,
allí la esfera de los astros fijos yace
con la luz permanente.
Seis más hay ¡qué lúcidas!,
en el enlace
del arco gris del iris y la frente.

Meditador
como un pastor
caldeo.
Yo canto lo que veo:

Inmensidad del prado abierto
que la cobijó.

Continuidad de los torrentes
que calmó.
Limitación de la casa mía
que ordenó.
Bautismo de las nuevas constelaciones
que ella vió.
Belleza vital de los dos hijos varones
que me dió.

El pensamiento mío huye al cielo.
—¡Con él nos vamos!—
Orgullo del arquero al fin.
vuela derecho a deshojar los ramos
del pitagórico jardín.

Va a la bóveda azul que la circunda.
Unico límite de sus actitudes.
Copia de su sien meditabunda.
Playa del gran mar de las beatitudes.

Campos, llanos fecundos.
Ciudades en formación.
Campos de estos nuevos mundos.
Campos de América son!

Católica armadura de la iglesia
donde va a orar.
Espacio y espacio de las tierras vírgenes
que hay que arar.
Flechas ardientes de la llama del hogar
que hay que guardar.

En nuestro jardín
la abeja extasiada
va de la flor a la flor.
La parábola que describe es sagrada,
como el canto del ruiseñor
y como la mirada
de mi amor.

Bajo el cóncavo abismo
tersa brilla el agua, limpio espejo.
Una garza está allí como un guarismo
perplejo.
—Geometría del área redonda
de la honda
que manejo!—

Oíd el canto
y la melodía,
de la simetría
y el orden santo.
Don de los dioses
al alma mía.

Mía es la novísima ciencia
de madrugar en luz y transparencia.
¡Canto a Dios con garganta de cristal!
Amo la perfección
del numeroso exágono formal
de las abejas que estudió Aristóteles,
del hormiguero, cosmos en embrión,
y de la fea araña tropical,
que al alba desnuda le teje un sayal.

Todo mi ser se ha entregado
a tan sublime ejercicio.
Libre estoy de pecado
y lleno de sacrificio.
Dios, en mí ha anidado
como en un quicio.

Geometría divina
del pájaro rojo en la colina.
Llama oval que no cesa de arder.
En cada amanecer,
mi corazón y el pájaro rojo,
juntos, para escucharse, se levantan.
Son las dos llamas únicas que cantan.

Para el amor y la astronomía,
geometría de la noche estrellada.

Matemático vuelo de la luna
dorada.
Sobre constelaciones,
desarrolla los temas
de armoniosas ecuaciones
y teoremas
absolutos.
Geometría del árbol con frutos.
Geometría de la semilla
—¡Maravilla!,—
que va a brotar...
¡Qué cosa más sencilla!
¡Maravilla!
El canto nocturno va a empezar
del orden y la simetría,
don de los dioses
al alma mía.

Oh, músicos celestes,
sinfonistas agrestes.
Geómetras magníficos y enormes.
Con vuestra perfección hice mi casa.
—¡Gracias!
El eje que al girar mueve los orbes
por allí pasa!

EL PÁJARO ROJO

PÁJARO tropical,
tenue como una llamita frágil
que, ebrio de luz estival,
cantas—¿una canción?—y ágil
huyes hacia el oscuro matorral.

Tú, que cortas mi viaje,
con qué alegría súbita conversas
en la fiesta del sol, y en el paisaje
como un montón de chispas te dispersas!

¿Me recuerdas? ¿No evocas aquel modo
de asombro, aquel andar por los desiertos,
con la honda en los brazos bien abiertos,
allá en la estancia de los padres muertos?
¡Pobres! ¡Qué lejos todo!

Oh, tiempos transcurridos...
Y cuántos seres idos...

Hoy, bello, ardiente, audaz, te he vuelto a ver.
—¡Qué grande la sequía!
Los ganados
buscaban agua. Tú, ibas a encender
con tu cuerpo de llamas los sembrados,
las parvas...
Grité: —¿qué vas a hacer?
¡La cosecha,
pájaro mío, no la harás arder!

Desde un junco viste
que se acercaba a ti un muchacho triste.
—Me dejaste acercar,
y escuché tu parlar:
—Oye, y acaso llores, me dijiste,
—no eres, extranjero,
ni la sombra de aquel divino hondero.

Y me quedé llorando
mientras tu canto oía.
Te ibas. Regresaste, cantando. Volando...
Estabas despertando
en mí la americana poesía.

Oh, pájaro de fuego:
a mi mano has venido.

Pronto has entrado en mí, por el oído...
Resquicio de un tejado solariego.
Te llevaré al hogar,
y han de decirme allí al vernos llegar:

—Traes la roja amapola que ha aprendido
a volar
y a cantar.

¡Bendito seas!
Por hacerme bien,
huíste del conjuro de la hembra
y también de las albas de la siembra.
Las albas, que te vieron
mil veces balanceándote tranquilo
en un junco delgado como un hilo.

¡Gracias!
Vámonos. Te acojo
con mano tierna.
Y en mi hogar te alojo.
Mi corazón te doy, que es luz, agua de río,
trigal de oro, rocío...
Desde ahora,
balanceándose irá tu cuerpo rojo
en el verso mío.

EL CANTO DE LAS COLINAS

LAS largas curvas
de las colinas.
Líneas de cuerpos desnudos
inmóviles todavía.

Gracia, que la vista
escoge para el suave descanso.
¿Flancos de jóvenes mujeres
despertando?

El espacio y la luz
y la línea curva.
La tristeza del último gaucho
en la llanura.

El cencerro es flor sonora.
El balido del rebaño,
arco de invisible puente
traza, cóncavo, alargado.

Sólo las largas curvas
de las colinas.
Ni lo estable del genio clásico.
Ni el mármol, ni la casa granítica.

Allí no han podido ser;
ni el pensamiento puro aún,
ni la serena frente
fecunda, ni la beatitud.

Allí no ha estado el águila
del altísimo volar,
ni la Minerva de ojos firmes,
ni la serenidad.

Ni la llama eterna
pudo, una vez, arder.
Sólo han pasado los vientos, los potros,
y el hombre loco y cruel.

Las largas curvas
de las colinas.
Virginidad de las verdes láminas
aún no escritas.

La atmósfera es templo sin ritos,
la luz, en ricas columnas,
sostiene un cielo redondo
como una cúpula.

El agua, al correr, poco dice.
El viento, algo sólo a veces.
No obstante: ¡alegrémosnos!
¡Todo estará por decirse o hacerse!

Mas si el poeta viene y canta
o eleva en las sombras su lámpara,
manos, hoy, por todas partes
se la apagan.

Las largas curvas de las colinas.
¿Se podrá decir que despierta
mal definida, débil, acaso
la belleza?

Falta el barro de los profetas
que roban el fuego al numen azul.
Faltan los que se abrasan en llamas
por traer la luz.

Los hombres miran la tierra
y buscan oro. No en los cielos
combinan poemas, como los pastores
caldeos.

Falta el trágico heroísmo
fundamental.
Dios no ha encontrado el vientre
donde encarnar.

Van con músicas y frutas
y flores, las estaciones del año.
Apenas rozan la tierra
sus pies rituales y alados.

Desiertas, a lo lejos, como mares,
las llanuras
se transparentan,
y azulan.

Naves errantes en el tiempo
las horas pasan.
¡Ah! esas naves,
sin anclas!

Las largas curvas
de las colinas.
Líneas de cuerpos inmóviles.
No se sabe hasta cuándo todavía!

GLORIFICACION DEL SOL

Laudato si, mi signore...
SAN FRANCISCO DE ASIS

I

MAÑANA de domingo!

Sale el Sol por las lomas.
Tibio está como un blando huevecillo.
¡Gloria al Sol que me cabe en una mano!

Brillan los pastizales.
¡Gloria al Sol en la gota de rocío!

Aves blancas
¡Gloria al Sol en el pico de las aves!

—Buen día, labrador.
¡Gloria al Sol en la reja del arado!

Mirad: un enjambre.
¡Gloria al Sol en el ala de la avispa!

Y esas muchachas?
¡Gloria al Sol en las piernas de las mozas!

Una carreta,
con un trozo de bosque perfumado.
¡Gloria al Sol, que es antorcha en la picana!

Hierven los hormigueros.
¡Gloria al Sol, armadura de la hormiga!

Ya se rasga el maíz.
¡Gloria al Sol, que se cuaja en las espigas!

¿Y ese griterío?
¡Gloria al Sol en la voz de las cotorras!

La cigarra ha aflojado su resorte.
¡Gloria al Sol y a su hija la cigarra!

El trigo está seguro.
¡Gloria al Sol, que da un beso
a la parva, pezón de la colina!

El pan ya está en el horno.
¡Gloria al Sol, que en el pan se multiplica!

Un pájaro arquitecto le termina
una cabeza al palo del telégrafo.
¡Gloria al Sol en el nido del hornero!

Un pajarillo rojo es una llama
que arde en otro palo.
¡Gloria al Sol, que no apaga ese alto cirio!

Ancianitas de luto hacia la iglesia.
¿Acaso las hormigas van a misa?
¡Gloria al Sol, porque ríen las ancianas!

II

Mañana de domingo.
El sacristán se agita entre las cuerdas
y echa a volar campanas en la torre.

Allí cerca,
una oveja solar de ubre redonda
sufre los cabezazos
del cordero mamón de larga cola.

Llamó a misa en lo alto la campana.
Ruidoso de cencerros:
el cordero respóndele,
agitando las tetas sonrosadas.
En la elástica ubre de la oveja
campanero!

Mañana de domingo!
¡Gloria al Sol, porque el día está sonando!

LA MÁS ALTA CIUDAD

AÉREAS,
en la luz de los sueños,
con nitidez de joya, aquella noche
se me aparecieron
las ciudades antiguas,
con la cruz griega de sus catedrales,
la estrella desigual de sus baluartes
y las doradas cúpulas.

Ciudades defendidas por las murallas blancas!

Las ciudades marítimas también,
a la luz de los sueños,
con altos paredones revestidos de cal...

Como enjambres de ángeles, las casas
de las ciudades que levanta Dios!

Ciudades barbacanas,
con pétreos coseletes de mil años,
aéreas, yo las ví
en la llanada inmensa o en el monte.
Católicas ciudades, con castillos
y muros fenestrados,
a modo de gorgueras con encajes.

Nidales de los santos,
ciudadelas de puentes levadizos
y anchos fosos.

Yo ví en sueños todo eso.
Ví todo a un mismo tiempo y en detalle.
Fué la primera noche en que dormía
en abierta ciudad
de América del Sur,
después de un viaje lírico,
por las tierras del mundo antiguo y muerto!

Y hacia el alba,
soñando,
ví caer las ciudades y elevarse
por encima de todas, con mil torres,
otra ciudad con sus murallas blancas.
¡Revelación, oh, nieblas,
de la ciudad del pensamiento mío!

Nueva frente a los llanos,
nueva sobre las otras,
nueva sobre los tiempos...
También con sus murallas;
guardada por las torres de las sienes
y el frontal, muro extenso.

Ciudad del pensamiento,
con los cinco sentidos
abiertos hacia el mundo,
igual que cinco puentes levadizos.

En la red de los sueños,
yo la construí en mí.
Ahora, iba a afirmarla para siempre.

ALABANZA DEL LUCERO DE LA MAÑANA

A la memoria de María Eugenia Vaz Ferreira, que gustaba leerme en alta voz este poema, en el invierno de 1923.

LIMPIA es la madrugada.
Y te expandes sereno por los campos.

Hacia tí voy por la llanura, y canto
en la gran soledad,
una canción en labios de los gauchos
recogida.

Huso de blancos linos,
para rueca de hadas.
Copo de viva luz.
Agua para el bautismo.

En cáliz plateado
montoncillo de harina.
Hostia para la misa
del alba.

Lucero matinal!
Anunciador!
Tú, que al día despiertas,
los párpados moviéndole en las sombras,
conmigo vas;
caminas si camino.
Ya acaricias mi frente,
ya resbala en el hueso de mi sien
tu fuego bautismal.

Quieto asomas en todos los rocíos
y el labrador te ve multiplicado
en cada flor que coge.

Y en el ojo te ve de cada fiera
y en el ala también de cada insecto.

Tibio en la nuca anidas de esos toros
que mugen en la noche
y con sosiego inclinan
el testuz hacia tí, yugo inefable!

Sabios toros geómetras
que miden con los cuernos en compás,
arcos del horizonte,
e inventan a tu luz ritos sacerdotales.

Oh, lágrima purísima!
Oh, lágrima, la última
de la noche que el día
recogerá en su lienzo.

Pajarillo de fuego
en éxtasis vibrando:
¿de qué Arca te arrojaron
por los mares de sombras?

Lucero matinal!
Brilla tu imagen en los grandes ríos
y ansioso buscas sin jamás hallarlo
al lucero dormido,
fuego fatuo,
fantasma de ti mismo,
que se está prisionero, mas no sufre,
en la cárcel del agua.
Tu lámpara
colgada está sobre las aguas, y arde
como llama en el atrio, y se prolonga
también sobre anchas láminas bruñidas.

Oh, lucero del alba! Firme flecha encendida,
que al cielo arroja el arco tenso del horizonte.

Ya inicias el seguro movimiento
de la luz!

Gran paladín de los corceles próximos,
que ascenderán sin ruido!

Amansador de potros invisibles
que treparán al cielo!

Marchamos a tu encuentro!
Van hacia tí los hombres,
pues tú presides la ascendente armada
que los espera,
y la anuncia triunfal
tu clarín!
que no es otro que aquel cuyo reflejo
oblícuo en los pantanos se dibuja.

Gloria. Gloria. Gloria.
Gloria a tí, bello heraldo!
Ya viene el Dios que anuncias!
Emisario celeste del dorado clarín!
Van hacia tí los hombres,
van hacia tí los árboles,
van hacia tí los pájaros.

En la inminencia del glorioso instante,
loamos tu ascensión!
E iremos a tu encuentro,
pues de tu lado nos vendrá la luz!

Oh, lucero divino!
Juan Bautista del Sol!

LA GRANADA SIN MADURAR

ELEGIA

ERA anticipo de Otoño
la tarde, en la llanada.

La granada,
osciló un momento
y cayó, arrebatada
por el viento.

La tempestad
de furias grises,
huyó con su crueldad
a otros países.

Por la oculta simiente
abovedada,
por el sol poniente
iluminada,
¡qué noble, saliente,
la granada,
como una frente
genial, de adolescente!

Solo en las llanuras,
el árbol
de pequeñas hojas,
oscuras,
se cubrió de frutas rojas
aún no maduras.

Y ellas, con sus diademas
y mitras
arzobispales,
flechas de agudas yemas
vegetales.

Frutas insignes!
La mejor de ellas
se abrió. Era redonda,
bien moldeada,
la granada,
urna maciza de estrellas...

Rasgué las frutas
y adentro ví
diamante en grutas,
mas no rubí.

Adentro ví
compartimentos

con cargas divinas,
celdas muy llenas...
Sólo las hay en las minas,
en los molinos y las colmenas.
Aposentos
de azúcar o cristal,
y anunciación segura
de arrecifes de coral
en miniatura.

La fruta mansa
por el viento herida,
cayó como una gran esperanza
fallida.

El interior lleno
de granazón bella,
como el duro seno
de una doncella!

Y para siempre!
Cortada,
por invisibles hoces,
la granada,
fué el destino de una Driada
castigada
por los Dioses.

Igual que un viejo, cuando
ve a su hijo muerto,
el árbol,
se quedó llorando
frente al desierto.

Guardé para mí
el fruto rasgado a mis pies.
—Yo puedo verme así
hoy, mañana, o después...

Bésala, ahora,
Poeta, y llora!
Y en seguida de eso,
bajo tu beso,
por la oculta simiente
abovedada,
verás qué pura, tierna, saliente
como una frente
malograda
de adolescente
aún, la granada!

LA ESTRELLA Y EL GRANO DE TRIGO

ESTABA el aire cárdeno, vibrante la llanura,
ya se doraba el trigo con la espiga madura.
Reino de Sagitario.

Yo iba, peregrino
de los campos de América, a pie, por un camino.
El ocaso, allá lejos, tras la ciudad caía.
Un río separábame de las casas. Corría
sin oleajes. Volvieron hacia el hogar obreros
y paisanos en paz. Balaban los corderos.

Daba la miel indígena sus ásperos aromas.
Se oyó arrullar la tórtola montaraz en las lomas.
Sobre el sol, una nube iba con su candor,
como una oveja blanca al cuello de un pastor.
Huyeron los instantes. Ví la primera estrella
brillar sobre los campos.

Estaba limpia y bella.
Era un pájaro en éxtasis velando sobre el hombro
de la noche. Eleváronse hondas voces de asombro,
coros pánicos, himnos de amor y de alabanza.

—Yo he de hacer con las voces un canto de Esperanza!—
dije. Y como un caldeo pastor meditabundo,
me recosté en la tierra frente al celeste mundo.
Las espigas temblaban movidas por el viento
y de cada materia se elevó un pensamiento
sublime. Conversaban los granos ya maduros
con las hojas. Los árboles buscaban los oscuros
brocales de los cielos para allí abrirse en frutas.
Los bueyes patricios, en las astas hirsutas
dobladas, recogían los nómades mensajes
y afinidades cómplices llenaban los paisajes.
Liviano, confundido con un astro perfecto,
volaba hacia las cumbres un tembloroso insecto.
Tan altas las luciérnagas fácilmente subían,
que en la luz de los orbes su fanal encendían.
Eran pequeñas arpas las alas de las aves.
Mugían toros Hereford como órganos graves.

Una emoción ahogábame, de alma satisfecha:
estaba ya en la víspera de iniciar la cosecha.

Aun ví unos carreros en lenta caravana
llegar, con los cilindros de las bolsas de lana.
El capataz detúvose con el brazo extendido.
Largo como las pampas, se agudizó un silbido.
Lo que se oyó más claro en la quietud aquella
fué el coloquio de un grano de trigo y una estrella.
Las palabras vencieron las astrales distancias.
Mi corazón fué un cósmico centro de resonancias.
La estrella habló del reino alto de la alegría:
el triunfo de la fuerza, la ciencia y la armonía.
Su brillo era la lanza de Palas Athenea,
abriéndose un camino con la insignia febea.
La dignidad jerárquica de la luz que ilumina
las frentes creadoras y la concha marina.
Serenidad y gloria feliz del pensamiento
impecable. La idea sin el ritmo violento.
La vida dilatándose en libertad segura,
la religión del cuerpo en toda su hermosura.
La cima de la forma escultural lograda
lejos de los dolores impuros consagrada.

Con un seno de virgen moldeábase una copa:
en la base, un relieve con el rapto de Europa.

Vinieron a escucharla mil a mil las estrellas:
constelaciones; carros de efebos y doncellas.
Hablóles de torneos: cuerpos semi-desnudos;
las lanzas rebotando en los firmes escudos.
Dió vida a los cortejos de anfiteatros y foros
y a la trágica música de antiguos griegos coros.
Y más allá, los ágiles gimnastas, los guerreros,
los banquetes, los pórticos...
Filósofos austeros,
sin perder la apostura ni el encanto reían.
Ni en una vida eterna ni en la muerte creían.
Doctrinaba con símbolos la apolínea garganta:
al viajar, cada estrella, no ve a los hombres: canta!
Es la mansión de Hades acaso un himeneo;
de allí volvió triunfante con su bestiario, Orfeo!
Ved héroes con las cítaras, las rosas y los lauros,
en playas como hipódromos con tropas de centauros.

La Era más dichosa de la historia del mundo
resucitó en el astro y en su mirar profundo.
En Delfos, los oficios de sabias pitonisas;
vestales, humo, inciensos de las paganas misas.
La eternidad estaba en el fugaz instante
del reir y en el grácil correr de la bacante.
Los dioses eran hombres de atributos divinos.
Los hombres fueron dioses por un tiempo.
Con vinos
y cantos, bajó Aquél de los labios impuros.
Guía al macho cabrío de los higos maduros.
Baco! El del Himalaya! Trae las danzas rituales
en holocaustos míticos, y sus fiestas teatrales
de pronto se incorporaron a los nativos cultos.
Miles de hombres jóvenes en alegres tumultos,
las hecatombes órficas en los templos abiertos
inician!

...¡Y qué lejos del dolor y los muertos!

Para el grano de trigo todo ese resplandor
de alegría, era un tránsito fugaz y sin valor.
Él, quieto, humildemente buscaba otro camino:
se inclinaba a la tierra para allí ser divino.
Hermano era del árbol, del pez y de las aves,
de los hombres que luchan en la tierra y las naves.
Su grey: vedla en las mansas mieses de Galilea,
macizas de parábolas como la plebe hebrea.
Su entraña le dió un alma que el astro no vería.
Un alma que en la llama del sacrificio ardía.
En la última cena Jesús mostró el milagro:
partió un pan que guardaba mil trigales del agro.
Darse a las otras almas. Madurar y sufrir.
Circular por las cosas. Morir, para vivir.

A su lado juntábanse los pobres y los ciegos,
que entonaban salmodias y plegarias y ruegos.
Todo un mundo imprevisto subió a su alrededor.
Y ese mundo era carne de hombres... ¡Y dolor!
Sembrados que eran lívidos fieles en oraciones.
Vías lácteas y antorchas: muy vagas procesiones.
El alma, roto el cuerpo, más que los soles brilla:
va el tallo al viento y déjanos, oro y luz, la semilla.
La hoz que el campesino trae en la diestra armada,
goce infinito anuncia en inmortal morada.
No hay mayor miseria que la del pobre grano,
pero nadie más grande que él.
Cuando la mano
del labrador la arroja al fondo del molino,
vedlo transfigurado!
Emprende el gran camino
en que su cuerpo enciéndese en luz de harina blanca.
Luego, es pan. Nutre al pobre y del dolor lo arranca.
Yo lo he visto a la entrada del horno, con su aroma
pronvincial y sus tímidas alburas de paloma!
Y el pan es movimiento!
Con oro se ornamenta:
cuando anda sobre el mar detiene a la tormenta.
Junto a la buena lámpara la luz lo multiplica.

—Tomad, este es mi cuerpo!— En cena humilde o rica
dice. Él, mueve la quilla tajante del navío.
Va en las emigraciones de pueblos. Va en el río
como esclavo en las barcas de torpes mercaderes.
¡Qué frágil es, en manos de niños y mujeres!
En el ara del templo con el vino se entrega,
y está con los ejércitos en la desgracia ciega
y en la misa campal de esbeltos estandartes!
Se muestra, y es el índice de Dios en todas partes.

Él vió los pordioseros, en grandes muchedumbres
subir! Descalzos. Místicos. Ascetas sin techumbres...
De raíces los músculos, ojos como cavernas,
que la orilla oteaban de las playas eternas.
Y esos fantasmas frágiles vencieron a los dioses
de las zonas olímpicas! Y esas humildes voces
un himno armonizaron que, desde que se oyó,
la música del mágico Pitágoras calló.

Cada espiga de trigo se alargaba hacia el cielo
como antes, en los siglos de la fe y el desvelo.
Cuando alzaron los hombres los templos medievales,
mazos del trigo altísimo fueron las Catedrales!

Diadema era el zodíaco: giratoria, ascendente.
Al verla tan magnífica, Zeus la ciñó a su frente.
En cambio, a flor de tierra, los trigos daban luz.
¡Qué luz! Como los lacios cabellos de Jesús.

La estrella era el espíritu de Grecia. Y en el grano
de trigo yo aprendía todo el drama cristiano.
Arriba, en la frialdad del astro, la belleza
inaccesible. Abajo, la absoluta entereza,
la inmolación oculta y la fe milagrosa.
La estrella, de los hombres, lo mismo que una diosa,
alejábase... El trigo se entregaba al suplicio.
Su entraña engendraría la harina, el pan nutricio,
la hostia, tras muy grandes sufrimientos!
La estrella
nos daba una luz fría; y esa luz no era de ella!

La encendió ha muchos siglos en la anchísima frente
de Dios.
Bajé los ojos. Miré hacia la vertiente
y ví la grey innúmera de tallos ondulantes.
Y cuántos! Muchos más que los altos diamantes.
Me incliné, y de rodillas besé el trigal maduro,
y sin mirar los astros recé con labio puro
una oración, al llano, al bosque y a la tierra.

Oídla:

—«Padre Nuestro que estás sobre la tierra!»...

«Cenicientas corales de cielos y mendigos,
van a alabarte en cánticos gregorianos de trigos.
No he de buscarte en astros, ni en símbolos, ni nombres.
Búscote en las espigas fugaces como hombres.
Un mundo de tinieblas sube a tu alrededor:
imperios de la carne de tu hijo, que es dolor!
Su alma, roto el cuerpo, más que los soles brilla,
va el tallo al viento y déjanos, oro y luz, la semilla.
Haré que me rediman sacrificios profundos
en gleba y trigo amándote; no en victoriosos mundos.
Aquella cruz, que el tiempo trae en la diestra alzada,
goce angélico anúnciame, en inmortal morada,
pues yo sé que no hay gloria mayor que la de un grano
de trigo! Porque nadie sufre más que él. La mano
del labrador lo arroja al antro del molino
para transfigurarlo. Se inicia allí el camino
en que, oh milagro, sálvase: su cuerpo es luz y harina.
—Tú, así nos transfiguras en sustancia divina!»

Me incorporé ya tarde oyendo el vasto coro
de las cosas. Mi espíritu se vió, también, sonoro
como gruta de océano. Los ecos repetían
en él todas las voces que en el mundo se oían.
pues mi oración sabíanla todos los elementos:
las espigas, los pájaros, las aguas y los vientos.
Noche alta. La selva creció, y era ya un monte
de sombras. Creció tanto que llenó el horizonte.

Me encontraba perdido en la tiniebla... Errando
sin tino, entre las mieses.
Pasó el tiempo; mas, cuando
ya el cansancio agobiábame el cuerpo, ví brillar
una luz.

Grité: el astro!
Mas no: era mi hogar.
El fuego ardía. Un beso dí a la esposa y al hijo.
Abracé tiernas carnes. Después, mi labio dijo:
—He de iniciar la siega, mañana, con la aurora...
—Grandes revelaciones oí—Medita y ora:
—Jesús está en la tierra, no en el cielo!
—Sus manos
las pude ver en nuestros trigales de los llanos.
—Toma este haz de espigas que en el altar de casa
consagro.—
Con nosotros, Cristo la noche pasa.

LOS PÁJAROS NOCTURNOS

I

En la noche,
oigo pájaros cruzar...
Pájaros extraviados.
¿A dónde irán?

De tinieblas
la noche abre sus redes,
para aprisionarlos.
Mas no puede.

De las nubes sombrías
la tormenta arma los velos,
como en una celada.
Mas siguen ellos.

Muro le forman
y límites las montañas,
pero esas aves requieren
otras vallas.

De oro y luz
prisiones les forja el alba.
Firmes torres de cristales,
—No los alcanza.

Las selvas, con sus misterios
los mares, con las distancias.
Desiertos, de rubios fuegos:
todo pasan...

Finísima para ellas
la lluvia teje una malla.
Pero las aves y el canto
se le escapan.

II

¡Mis aves! Bellas legiones.
Mis emisarias alertas
allá donde dan su música
las esferas.

Volad!
Volad; mas si un día
flechas de muerte os alcanzan,
buscad morir en mi frente;
Vuestra antigua casa.

III

Es de noche,
Con retornos de lágrimas,
el viento anuncia un tormento
de vencidas alas.

Es de noche.
Oigo las aves cruzar,
¿Qué angustia es ésta, Dios mío?
¿Ya... volverán?

CANTO DE LAS PEQUEÑAS PIEDRAS DE LOS RIOS

A Fernán Silva Valdés.

PIEDRAS que arrastra el río
y vienen con las aguas transparentes
de las sierras del trópico, entre músicas
de torrentes.

Rodando,
rodando, rodando y cantando,
por las laderas,
al río van bajando.

Tras larga esclavitud,
hijas del padre sol, gotas del fuego,
dormidas en la tierra miles de años,
son despertadas luego.

El agua os ha entregado
la libertad, la danza y la alegría,
y os lleva por caminos
maravillosos a la luz del día.

Corriendo, corriendo, corriendo
de la sierra a los llanos,
os detenéis apenas
para hablar con la flor de los pantanos.

Adorno de las tribus,
y arma para vencer al extranjero.
Si os manejan los indios dáis la flecha,
lumbre contra el acero.

Luz y luz todo el día,
luz y luz os da el sol,
para que las luciérnagas
allí enciendan de noche su farol.

BIBLIOTECA CENTRAL - ESCUELA NACIONAL DE CIENCIAS BIOLÓGICAS - I.P.N. - MÉXICO

Mansas como semillas,
frescas como doncellas,
millares y millares
sóis más que las estrellas.

Unas con amatistas
o cuarzos en su centro.
Otras, color de luna,
vienen con agua dentro.

Vasos de sangre inmóvil,
gotas de miel muy dura,
petrificadas hostias
de infinita blancura.

Por la noche en los vados
cantan los payadores.
Y han encendido hogueras junto al agua.
¡Qué lindos resplandores!

O gritan los vaqueros
bajo el sol del estío.
Si queréis escucharlos,
—¡Vamos!, os dice el río.—

Alguien os pastorea
con silbo o dulce voz.
Así váis en la arena que resbala
por los dedos de Dios.

¿Cosas? ¿Almas que emigran?
Obedientes rebaños,
debajo de los puentes
pasáis años tras años.

O alegres y desnudas
corréis por las campiñas,
formando caravanas,
como si fuérais niñas.

Piedrecillas redondas
cual los ojos del buey, que os vino a ver
lleno de asombros,
cuando bajó a beber.

Como el pie de los niños
algunas son rosadas;
las que siempre han de estar por inservibles
olvidadas!

Sandalias, que los astros
para andar por el agua se han ceñido.
Con prisa os abandonan,
porque el sol ha salido.

Y tantas, que parecen
estrellas rezagadas.
Estrellas que han caído,
estrellas enfriadas...

En el agua hay artífices,
lapidarios pacientes,
que os dan brillos de joyas
relucientes.

Con desvelo, las ásperas aristas
van lavando y limando,
y os dejan si pulidas y perfectas
váis quedando.

Pero el agua, en silencio,
os va arrastrando!

Como en un rito bárbaro,
el río patriarcal
se viste con vosotras
manto sacerdotal.

Vuelva sobre su pecho
de piedras un tesoro.

Os usa todo el día.
De noche, las ha de oro.

Serenos, con sus hábitos
solares y atavíos,
pompas e hirsutas barbas,
—Mirad los sacros ríos!

Arenales inmensos,
son telas deslumbrantes.
Allí las piedrecillas
están como diamantes.

Mas, cómo aumenta el agua
y en su seno os esconde!
Y os lleva, poco a poco;
ella sabe hacia dónde!

Mas, cómo aumenta el agua
y ensancha sus caudales!
¡Qué lejos los troperos,
los cantos nacionales!

Adiós, ranchos con luces
por la noche. Adiós, luna. Adiós, estrellas!
Piedras que van a hundirse,
mar adentro, son ellas.

Porque de ancho el río
es amargo, y muy hondo;
piedras, sois pobres formas,
que rodáis hacia el fondo.

Ahora, que en tinieblas
prisioneras estáis,
como ojos muy abiertos,
¿a quién interrogáis?

Si sóis ojos que mueren
en noches poderosas,
si sóis frentes sepultas,
¿sabéis todas las cosas?

Después de tanta dicha
dónde váis a parar.
¡Ciegas, y dando tumbos,
por el fondo del mar!

NOTICIA

Este poema fué escrito en el año 1922, época en que residía yo frecuentemente en el campo. Casi siempre contemplaba también el caudal de un río que estrechábase entre abundantes arenas, sembradas de piedrecillas multicolores. Otras veces solía atravesar el río por un potente puente de hierro desde el cual, a todas horas, bajo el sol estival o en las noches de luna, podía abarcar con amplitud la inmensidad de las piedras en emigraciones y mudanzas interminables. También me paseaba sobre ellas, recogiendo las que me parecían más preciosas y pulidas, para después arrojarlas al agua cuando un lento examen las transformaba en vulgares figuras. En ciertas circunstancias me vino la idea de un canto a estos elementos anónimos de la brillante hecatombe fluvial, encontrando en ellos muy precisas similitudes con los seres y los hombres. Así lo realicé, escribiendo allí, cerca de las familiares y humildes maravillas. Y desde que un tal sentimiento estoico se manifestó en el poema, ya no pude leerlo sin realizar en él la sobrestructuración del destino humano, más allá de la simplicidad del tema elegido. Y entonces hasta noté que podía hallarse desarrollado allí un asunto dominante dentro del lirismo universal, y que en los versos a las pequeñas piedras de los ríos se me daba también aquella pulsación infinita de la fugacidad humana, que circuló una vez, para no olvidarse nunca, en las Coplas de Jorge Manrique.

EL CORTEJO

YO iba por unas serranías
en la madura mañana del verano.
La campaña, era un muestrario de piedras azules,
doradas, rojas,
relucientes bajo el sol.

Y ví ascender por una colina
un extraño cortejo fúnebre.
Belleza de la luz y el color, no obstante!

Pues era el entierro de un niño,
y el blanco ataúd lleno de flores,
venía sostenido por ocho muchachos
con ramos de palmas en las manos libres.

Los trajes de telas vivas
y los rostros claros
de los acompañantes,
eran las joyas laterales
de un móvil aderezo.

Detrás, una hilera de juveniles cuerpos.
—¿Veinte? ¿Treinta? ¿Una escuela?—
De dos en dos, marchaban ellos
por las curvas del camino.

Lejos, los padres
habían dejado adelantar el conjunto,
para no turbarlo
con la presencia impura de los lutos.

—Salve, oh niños!
—Hijos del campo, yo os saludo!
dije—y arrojé una flor sobre la caja.

Sueltos los rubios cabellos al sol,
ellos me miraron,
sosteniendo con orgullo
el cuerpo del amigo muerto.

Yo ví alejarse la extraña ceremonia
hacia las cruces blancas
del cementerio,
de donde subían vapores azules en espiral.

¡Qué lejos iban todos!
Bajo un arco de ladrillo y cal entraban.

Aún pude ver el cortejo
al internarse en la blanca morada.

Desde las lejanías
allí lo ví hundirse.
Brillante, gracioso, haciendo curvas.
Como un gusanillo de los campos
que en su casa entra.

EL ARBOL DE LA NOCHE

A Justino Zavala Muniz.

FINAL de otro día de labor.
Los árboles, dorados de frutos están.
Hombres, cantando, desuncen los bueyes.
Pasan dos mariposas persiguiéndose;
por un momento más revolotean
cerca de mi frente.
Se van!

Firmes, con transparente ingeniería,
los delgados molinos de metal
son heraldos con largos clarines,
que convocan ejércitos lejanos.

Es el último instante del trabajo:
aun veo mujeres con sus vestidos
de vivos colores.

Recogen los frutos debajo de los árboles.
Los hombres sacuden los recios troncos,
o trepados en las ramas,
dejan caer los frutos elegidos.

En la tierra,
están las mujeres de pie,

sosteniendo los delantales abiertos
y en su regazo forman nido
a la gran cosecha estival.

Errante, las miro y sigo.
La noche está en el vaso de los límites.
De las casas de Santa Lucía,
asoman luces que el río dispersa
en un juego de niños.

Me he detenido. Estoy en la convergencia
de varias avenidas de árboles.
Desnúdanse mis sentidos
hasta hacerme perfecto.

Noche. Sí; noche es. Y muy pura.
Música es ahora la naturaleza;
Música que a sí misma se escucha.

Las viejas acacias están frente a mí
en actitud de espera.
Campesinas también ellas, al fin,
abren sus delantales de hojas
para guardar los frutos dorados
que ven caer de las ramas del firmamento.

Alguien, como sin querer,
ha de agitar el árbol de la noche.

LA TORMENTA EN LAS SOLEDADES

NOCHES, las últimas del invierno,
muy crueles son éstas.
Estoy solo en las llanuras
bajo la tempestad;
yo, el joven fuerte,
aquí me gano la vida.

La casa de madera en que vivo,
bajo el viento y la lluvia,
y los árboles,
tiene el sordo rumor de los océanos.
En las tinieblas
he llorado,
he temido.
He pensado en mi hogar
lejano en la ciudad,
con la amada y los míos.

Solo estoy en la noche.
Padre muerto, madre muerta
ha poco tiempo:
¡Qué abandono el de este hijo
bajo la tempestad!

La misma primavera
que hasta ayer se anunció
en los árboles,
al darles flor se ha ido.
¿Afuera, morirían
los pájaros pequeños,
y la flor del manzano
recién abierta?

Hacia el día que nace,
lleno aún de miedo voy a ver,
por la vidriera,
lo que creí destruído para siempre.
Miré.
Cantaba un pajarillo
en un gran árbol frente a la tormenta.
Un pajarillo pardo.
Un pobre pajarillo,
cantaba un melodioso
canto en la tempestad.

Y otros, y más también.
Florecido el manzano
estaba, y más que antes.

Ni un momento cesó de dar su flor.
Ni la dejó caer...
Y así, los otros árboles.

Por el camino
abandonaba al viento su cantar
y sus rizos tiernos
una niña rubia conduciendo las vacas.

La niña rubia que nos trae la leche,
al mirarme ríe
como todos los días.

La gigantesca
furiosa locura
de la naturaleza en tempestad,
no ha logrado interrumpir
el canto de un pajarillo,
el florecer de un árbol,
ni la voz de una niña.

Ah, pero en la zona
de mis recuerdos,
la misma tempestad era otra cosa,
recogida allí como en un oscuro,
turbio espejo!...

EL JINETE Y LA COPA

EL jinete ciego en el potro salvaje.
Yo fuí tal vez el único que lo ví pasar.

Venía por las llanuras vírgenes,
con un recio galopar agitado.

Todo desnudo en el potro salvaje:
era un indio hermoso y funesto como un dios.

Pude ver sus ojos privados de luz;
los ojos eran dos blancas escamas móviles,
y en la frente brillábale el sudor
como en noche del trópico los astros.

Era el atardecer.
Él, iba hacia la luz que huía,
fuerte, sonriente, feliz,
como un rayo rezagado del sol.

Mantenía con una mano
la brida tirante del potro,
y en la otra llevaba una copa.

Diáfana copa aquélla!
Hasta el borde llena de un agua divina.
Levantábala él a la altura del labio
para beber, mas no podía.

Yo, temblando de dudas,
fuí tal vez el único que lo ví pasar.
Testigo cobarde,
yo, temblando de dudas,
cuando él, gracioso y confiado, sonreía.

El jinete ciego en el potro salvaje
siguió hacia la derrotada luz,
castigando la bestia en exceso de vida.

Era fuerte, sonriente, feliz,
el joven indio.

Ya lo creo!
Y qué seguro de sí mismo...
Llegó a una meseta del fondo de mi alma
que daba a un precipicio.

Conteniendo
la viril cabalgadura,

iba con una alta serenidad
sin que de la copa lograra beber.

Mas sin dejar caer a tierra
ni una gota del agua, que en las sombras,
le daba luz,
ahora,
como lámpara.

LA ORACION EN LA HORA DE CENAR

A Gustavo Gallinal.

La casa es pobre y se abre al campo inmenso.

De blanco está la mesa y nos aguarda.
Es el anochecer.
La madre ha dicho:
—¡La hora de cenar!
Trasciende a cosa santa el comedor.

Sube la noche. Cantan a lo lejos,
hacia la luna llena,
las aves vigilantes.

En mi casa la lámpara doméstica
su llama eleva aquí, al lado mío.
La madre toma asiento. Las hermanas
y los hermanos, cuando llegan, mueven
grandes sombras oscuras
en la pared.

Grandes sombras oscuras
que huyen por la puerta
y penetran de nuevo cual fantasmas.

De madera los bancos. Muy pobre la vajilla.
El agua clara
de manantial, en el jarrón de barro.
Los pálidos metales
de los cubiertos...
Y el gran pan redondo
que se destaca en el mantel de lino,
dorado está en el centro de la mesa.

La madre de nuevo
nos habla:—Todos de pie
¡Oremos antes de cenar!—
Inclinado el rostro,
sobre el pecho.

Yo, el soñador, por la ventana miro
hacia los campos cuyo fin no veo...
La luna está en el cielo
como el pan en la mesa.
—Oremos—
Dios dará la porción de cada uno.

EL NIDO DE LAS CALANDRIAS

A los niños de la América del Sur.

En las inmediaciones del río Santa Lucía, durante el verano de 1923, fuí testigo del episodio que se desarrolla en este poema.

Se descubrió en los jardines de la casa en que yo trabajaba, un nido de calandrias con cinco pichones. Tres eran de las conocidas aves cantoras, dos eran del tordo, pájaro vagabundo del campo. Alguien quiso observar demasiado el nido y lo señaló, llegando hasta a tocar las crías. Horas después las calandrias destrozaron la cabeza de los tres pichones, dejando con vida los de tordo, como si no les

interesara el futuro de éstos. Terminado el sacrificio, las dos calandrias desaparecieron de la comarca y nunca más se supo de ellas.

Las dos calandrias pasaron
de un árbol hacia el campo.
Atardecer.
Muy claro atardecer...
Me quedé mirándolas.
Volaron,
aún más. Yo dejé de leer.

Con un manso mirar
voluptuoso, me detuve a observar
las grises aves.
Una de ellas se puso a cantar.
Un álamo, quieto estaba, a modo
de un índice en un labio.
¡Silencio!
El pinar,
los insectos, las tierras, el viento, el lodo...
¡Silencio! El orbe todo
va a escuchar...

Aves de ojos pardos con aro amarillo,
alas plomizas, plumas castaño obscuro,
patas saltarinas, jaspeadas sin brillo.
Como siempre,
Dios otorgó tan sólo al pajarillo
macho, el don del celeste canto puro.

Canto de la calandria en el pastoreo!
Canto de la calandria en el arrayán fragante.
Libertad. Agilidad. Gorgeo,
del carnal deseo!
Vestidura de luz y de sonido.
Arrullo del varón que va a la amante
feliz, y es salmo siempre repetido.
Canto en amor y carne concebido,
y realizado,

santificado
y sin pecado.

Canto de la calandria!
Maravilloso canto!
Tan seguido de vuelos!
Canto de la calandria...
Alegría de cielos
y tierras, y de cielos y tierras, llanto!

Después, supe más...
Las calandrias tenían un nido
en un laurel real.
Pobres! Qué mal
construído
y a la vista!
Hacerlo allí fué descuido
de artista,
pájaro musical!

Oro entre nieve floreció el manzano
y el duraznero vió caer su flor.
La cigarra chirriaba: el Verano! El Verano!
Todas las avecillas del Señor
cantaban,
a cada cual mejor.

Cantaba la calandria desde el amanecer,
melodía infinita, divino trinar.
Para oír la canción en cada día renacer
y ascender
yo aprendí a madrugar.

Un día
ví el nido,
copo de tiernos plumones.
Y en él, mal escondido,
un racimo de cinco pichones.
Tres de ellos, de calandria, sedeños.
Dos, del tordo, payador haragán.

Ah hermosos pájaros, todos!
Valientes, pequeños,
y cantores!
En los torrentes
o firmes sobre las astas del toro,
envueltos en nieblas o llamas
de oro,
mañana, libres cantarán!
Por infinitos panoramas,
así, como en los sueños
míos, mañana libres cantarán!...

Pero temblé: los dueños
de la estancia ¿no los descubrirán?

Un hombre dió con las avecillas
y avisó a los otros.
Se hizo vigilancia
tenaz, y hasta una jaula de mimbres y rejillas.
Los pichones
quedarían cautivos en la estancia!

Las calandrias ya no cantaban tanto!
—Cómo deseaba yo, que libres fueran
aquellos hijos cantores!
Ruiseñores!
Sí!.... o más, por privilegio y gracia del canto,
de mis Américas, eran...
—Poetas. Hermanos. Los mejores!
—Ah! si los pobrecillos huyeran!—

Los cinco pichones crecieron.
Los tres de calandria, lustrosos, vivaces,
a silbar aprendieron.
Los de tordo, sólo abrieron
para comer, los picos voraces.

Pero llegó un terrible día
en que un hombre apenas rozó
el nido con las uñas.
Yo jamás podría
imaginar lo que allí sucedió.

Fué así:
ido el hombre empezó a soplar el viento
del sur, hasta nublar el firmamento
como un mal pensamiento.
La calandría esperó
y en seguida voló.
Subió, subió,
enloquecida de un secreto mal.
Se detuvo muy alto, muy alto!
Y cayó
vertical.
Y llegando al nido dió
un gran salto,
poseída de furia sangrienta y bestial.
Y a sus tres pichones mató.

Abriendo las alas en abanico
en un gesto de orgullo y belleza
con el pico
hecho llamas,
a cada hijo destrozó la cabeza.

Milagro! Dejó vivos
los dos pichones
de tordos comilones.
¡Que se los lleven cautivos!
Y se fué por los cielos,
con un volar difícil y doliente.
¿El destino de los dos pequeñuelos
que *no eran de ella,* le era indiferente?

Dime: Oh, pájaro!
¿Para qué el sacrificio
de los tres hijos?
¿La muerte, antes que la servidumbre?
¿Qué indicio
viste de horribles cárceles?
¿Por qué tú, que eres luz, fineza y mansedumbre
te armaste de odio, allá en alguna cumbre
ancestral?

Y después,
¿por qué sabio llamado del instinto
maternal,
dejaste vida al pájaro distinto
de tu especie, calandria de cristal?

*

Entre surcos recién abiertos
enterré los tres pajarillos muertos.
Guardé las dos huérfanas criaturas,
las anidé en mi mano,
y grandes, hacia el fin de aquel verano,
las dejé ir por las llanuras.

Después, el otoño.
Triste era el alba mía,
y el ocaso, plateaba un creciente combate oscuro.
Para olvidar mi melancolía,
hablé mucho con indios. Desde el trágico día
cuidaban, con zozobra, mi andar vago, inseguro...

Las dos calandrias no cantaron
más, por esos lugares ni por otros.
—¿Hacia dónde volaron?
—¡Decidlo, si lo sabéis vosotros!
Díjome una noche,
un indio, antiguo amansador de potros,
a quien pregunté por ellas:
—Hermano, realizaron
con sus hijos,
algo que no supimos hacer nosotros
con nuestros hijos!
—Los mataron...
—No los esclavizaron...
Y agregó:—Te juro que esas trágicas aves bellas,
para allí emigraron!
Y se fué, señalando las estrellas.

Montevideo
Santa Lucía
San José de Mayo
Campos y Años de 1922 al 1925.

"EL NUNCA USADO MAR"

1922

CANTICO RELIGIOSO DE AMOR

I

POR vez primera yo seguía,
en nunca usados mares el cuadrante de fuego del día.
Las sirenas acompañaban con sus cánticos
los meridianos efímeros de los transatlánticos.
—Pensativo, a tu lado, las oía...

Oíamos en la noche la plegaria de los metales
organizarse con el rumor de las espirales
que el barco iba dejando.
¡Oh lamento,
el que iba del mar al firmamento
desde las hélices en movimiento!

Amor mío: Qué hermoso si hubiéramos podido enhebrar
un rosario para juntos rezar,
con las luces náufragas de las lamparillas
eléctricas del barco, maravillas
hoy para siempre muertas en el mar!

Como el piloto reconoce y diferencia
los trágicos faros, allí donde perecían los navegantes,
reconocí en tus ojos la presencia
de las luces muertas que habité en siglos muy distantes.

Era mío, por fin, tu cuerpo,
oh mágica mujer,
tantas veces soñada!

Su concreta armonía nevada.
El equilibrio extenso y blanco de todo tu ser.
Sobre él, tu cabellera dorada,
por laberintos sombreada,
como una tarde de oro cayendo sobre un iceberg.

Comulgábamos con el vino y las hostias de las espumas
en la bandeja del oleaje.
Las rapsodias astronómicas oíamos en la antena de un caracol
marino, la alegría en una sirena salvaje
y en el arrebol del trópico, el paisaje
vendimiaba las uvas del sol.

II

Religioso, yo iba a tu lado
en el firmamento de nuestra luna de miel.
Y después que hube confiado al volador tropel
de las ráfagas, el misterio de tu carne recién revelado,
el himno del titánico amor mío,
recitado ante el mar desde la popa,
trémulos, una noche,
fuimos a contemplar desde el navío
las linternas de los puertos de Europa.

Qué abismos de tiempos remontamos en un cósmico delirio!
Años y siglos hacia remotas playas desiertas.
Oíamos en nuestras sienes los cantos,
los llantos,
el martirio,
de las cobrizas razas muertas.
Oramos,
Oramos por la memoria
de la mágica América indígena de antes.
Por los últimos guerreros, auténticos atlantes,
por los flecheros guardianes del indiano tesoro,
por las indias pintadas de añil y escarlata,
y por aquellos, con las hachas nocturnas de oro,
indios de nuestras tierras, sanguinarios y bellos
los caciques del Río de la Plata.
Oramos a Dios por ellos.

III

Si éramos felices en el mar, para qué llegar?

Con cuánta pena me puse a contemplar
por última vez en las lagunas febeas de tus ojos,
el agónico ritmo de las mareas,
y en tu pulso
morir el imperativo llamado lunar!

Porque levanté en mis brazos tus vivas claridades,
la religiosidad de tu cuerpo apenas herido.
Más bello así que el cuerpo de las jóvenes deidades
que en las proas de las antiguas edades
volvían, para llevarte hacia sus cumbres de muerte y olvido.

Una coral de diosas y estrellas y doncellas,
te salió a rescatar,
con la esperanza de reintegrarte entre ellas
en las mitologías de los genios del mar.

Heraldos de esa póstuma esperanza,
desde sus arrecifes de brumas,
los vientos te iluminaron en la lontananza
con el ancho reflector de las espumas.

IV

Marítima!
Sidérea,
flotantes los velos de tus hombros, rosados escollos de corales,
y aérea,
entre el mar y los cielos,
sin herirte!
podrías perdurar en los umbrales
de las aguas,
sin hundirte!
como el arco iris, y los ángeles, tus iguales.

Porque los ángeles también te saludaron con ramos de nieblas
desde las selvas de sus catedrales;
apoyándose sobre los abismos inmensos,
pensé yo que levantaban en tu honor azucenas colosales
de piedra, enormes palmas con inciensos.

Belleza profunda, oh tú, mujer amada.
Te alcé en mis brazos en el primer puerto del destino,
como un golpe de viento levanta una ola celeste y rosada,
enarbolándola, sobre el relámpago marino.

V

El nunca usado mar era la luz.
La torrencial cascada azul y sin orillas.
La luz, risa del cielo.
En todo, en el mar y en las riberas.
La luz, en simientes, por los surcos de las navecillas,
la luz de las pacíficas tropicales esferas,
la luz de los pitagóricos hidroaviones del cielo,
la luz cortante de las quillas,
la luz, mirada del zenith potente,
la seráfica luz de tu pañuelo,
la luz, pleamar de tu frente.

El nunca usado mar estaba firme en las potencias
de tu mirar.
Copas de míticas ciencias,
tus ojos inmóviles en medio de las turbulencias
profundas,
extrañas,
eran dos lagos en éxtasis en un tumulto de montañas.

Era el nunca usado mar la identidad de las aguas,
heridas por confusas trayectorias.
Fieles estuches custodios de las estrellas,
las aguas.
A pesar del turbio tránsito sobre ellas
de naves, con las razas migratorias.

El nunca usado mar era el cuadrante de tu forma pura.
La renovación de tu diafanidad,
conservando belleza,
serenidad,
la blanca formal estructura,
por encima de la emigración oscura
de los átomos hacia la eternidad.

VI

Más alto, y alimentando el rosal de tu carne,
yo ví un surtidor inmaterial,
un surtidor con flechas de diamante,
un surtidor, como una llama, ardiente y vivo,
en realidad un surtidor pensante
y sensitivo.

El nunca usado mar volvía
con ese fluir constante de tu espíritu;
retorno sólo ante mí tangible
crecía,
crecía,
trayéndome las luces absolutas,
manando como una fuente
en un ciclo inmanente...
Era allí un surtidor inextinguible;
desde el fondo de las ciegas grutas
de la materia,
hacia Dios,
íbase en claridad incorruptible.

El nunca usado mar era en tu cuerpo,
el enigma de la noche sin velos,
despejándose sobre la ecuación de tu forma.
Tu cuerpo, miniatura de los cielos,
con misma ley y origen.
Con la norma
y el ritmo solar de sus cuatro estaciones.
Tu cuerpo: transparencia!

— Simetría! — Inocencia
que se da como luz nueva del día,
y toda la sabiduría
de un libro fundador de religiones.

VII

El nunca usado mar era el descenso
o la zenital evasión
hacia ti de la perfección celeste.
La lenta caída gradual
de la alquimia nocturna
hacia tu corazón
como a un arquetipo de cristal.

Mujer velada, vinos de sugestión.
Vinos del bien y el mal.
Mujer desnuda, mística embriaguez astrologal.

Amor mío.
Mujer mía.
En ese momento
cómo te transfigurabas bajo la pragmática amorosa!
Igual que la furiosa alegría
tras el órfico pulimento
de la música sacra, se concreta y reposa.

O así como las lágrimas se convierten en firmes ideales,
como los turbios torrentes en diáfanos cristales,
como las locas llamas en macizos alabastros,
como en apolíneo acento
la variedad y el lamento
del viento,
como se explica el cosmos en la miel de la rosa,
tu carne dichosa,
pastoral sinfonía de los astros,
era el pensamiento,
de toda una Vía Láctea en el momento
de cuajarse en el cuerpo de una Diosa.

El nunca usado mar daba esa realidad maravillosa.

VIII

Para siempre yo perdía
en mares de tempestad la antorcha de oro del día.
Acompañaban las sirenas con sus últimos cánticos
los efímeros meridianos de los transatlánticos.
—Yo no las oía.—
—No! — Yo no las oía!—
Otras revelaciones más altas comprendía!

SONETOS A MARUJA

I

SERENIDAD HAY EN SU VASTA FRENTE

SERENIDAD hay en su vasta frente,
serenidad que en ópalo perdura.
Serenidad altiva es su escultura,
su mirar serenísimo es valiente.

Serénase el instinto si presiente
el eco de su voz serena y pura,
y es la serenidad de su hermosura,
serenidad de luna en clara frente.

Cuán serena la línea de su cuello!
Y la luz de sus manos, qué serena!
Serenidad ritual de su cabello!

Ah, yo que oculto un corazón herido,
que por no estar sereno es llanto y pena,
serenidad, serenidad te pido!

II

ES ALTA Y RUBIA. POR SU ESPALDA ROSA...

ES alta y rubia. Por su espalda rosa
se expande la riqueza del cabello,
ocultando en los hombros y en el cuello
una armonía múltiple y dichosa.

Rubia de obscuros ojos. No reposa
jamás la luz allí, lenguaje bello.
¿Por qué derramas, firme, en el destello
de tus pupilas, frialdad de diosa?

¡Qué plástica al andar! — oh ritmo alado!
Las manos atan vuelo sonrosado
y ha puesto Dios eternidad en ellas.

La dulce amada es un cristal sin velos.
Como su frente vaga por los cielos
su pelo es rubio de enhebrar estrellas.

III

¿VEIS LA BELLEZA, OH DIOSES, SOBERANA?

¿VEIS la belleza, oh dioses, soberana,
que de nuevo a los hombres encadena?
Más pudorosa que en el alba helena
resguardo trae de castidad cristiana.

Seráfico vellón de carne humana:
manos que esconden, límpida y serena,
la oceánica luz de que está llena
la ola azul de la alta mar lejana.

Si la amada en la noche el brazo abisma
se ven rumbos de estrellas que abandonan
el trasluz de su mano y van al cielo.

Claridad renovada de sí misma
viene a mí, en esas manos que aprisionan
ascuas vivas en cárceles de hielo.

IV

LA FRENTE, HOZ SIDÉREA, FIEL MODELO

LA frente, hoz sidérea, fiel modelo
de blancuras, en nébulas se engasta.

Lagos de luz; para alumbrarnos basta
su oculta estrella que arde en el desvelo.

Junto a tal claridad asciende el pelo,
límite pone en transparencia casta,
como la curva elemental y vasta
donde se unen océano y cïelo.

Cuando hay sol, ella es el lago sin orilla;
bajo la noche azul, más pura brilla.
Una ronda de símbolos astrales

se anuncia al margen de esa frente pura.
¡Oh, candorosa elipse, miniatura
para los doce signos zodiacales!

V

LA COLUMNA DEL CUELLO SE LEVANTA

LA columna del cuello se levanta
mostrando el capitel de mármol rosa,
que limitan la esbelta nuca hermosa
y el redondo mentón que nos encanta.

El ruiseñor oculto en la garganta
y prisionero en cárcel tan lujosa,
no es otro que aquella ave milagrosa
que allá en el corazón se queja y canta.

El cuello de la amada es línea eterna.
Perfección en la grácil curva externa,
resguardo de palabras cristalinas.

El verso mío imita el claro cuello.
El de diamante firme cofre bello,
donde duermen las músicas divinas.

VI

YO PUDE VER CÓMO UN GIGANTE RÍO

YO pude ver cómo un gigante río,
se durmió en tus pupilas reflejado.
Y cómo el hondo piélago estrellado
halló en tus ojos alhajero umbrío.

Yo pude ver cómo el alegre estío,
radiante efebo libre sobre el prado,
ciñó a tu cabellera en el dorado
trigal, agreste y rústico atavío.

Yo pude ver en campesino puente,
desfilar grises aguas lentamente,
bajo la paz de unas arcadas viejas.

Pero hoy he visto que entre oscuras olas
se me fué el corazón flotando a solas
bajo el puente fingido de tus cejas.

VII

AMOR ESTABA EN MÍ COMO SEMILLA

AMOR estaba en mí como semilla
en la sedosa cárcel de la fruta.
Como el eco dormido está en la gruta
y el índice de Dios en la gramilla.

Igual que el bello sol cuando acaudilla
falanges, y es su fuego espada y ruta,
rasgó tu amor mi cárcel absoluta
hiriendo con su luz mi pobre arcilla.

Taladra el sol la pulpa ruborosa
de los frutos, y pule la preciosa
simiente que caerá en la tierra sana.

Tú, que has hallado amor en honda herida,
nunca le niegues agua merecida
ni tierra, para él ser árbol mañana!

VIII

AYER LA PUDE VER Y NO HE QUERIDO

AYER la pude ver y no he querido.
Con entornar los ojos un momento
la vería en mi amor; mas hoy lo siento,
pues sufro el desamparo merecido.

Ayer la pude ver y dolorido
por el temor de verla, el pensamiento
huyó del sutilísimo tormento,
y me quedé impasible y retraído.

Ayer la pude ver, oh, estrella pura!
En mí se alzaba toda su hermosura.
Si tuviera valor la habría visto...

Mas ya con creces castigado quedo,
y la paz que soñara no conquisto,
pues si hoy la quiero ver, ya no lo puedo...

IX

LLEGÓ EL ESTÍO Y ME ENCONTRÓ CON FLORES...

LLEGÓ el estío y me encontró con flores
en la mano. Dudaba del destino
mi corazón, y un hálito divino
lo circundó de aromas y colores.

Con fe de encadenar viejos dolores,
yo recogí el regalo peregrino.
Gozo inefable ver en el camino
aumentarse en mi puño los fulgores.

Mas, ¿cuánto durará mi feliz sueño?
La mano es breve, el corazón pequeño,
para abarcar las flores infinitas.

Que un oculto dolor me está matando!
Se irá el estío, quedaré llorando,
y en mi mano alzaré flores marchitas...

X

¿VES CORAZÓN? UN NUEVO AMOR TE AROMA

¿VES, corazón? Un nuevo amor te aroma.
En las nubes se ve rubor sin huella;
hoy te ofrece el rosal su rosa bella
y en nido tierno el avecilla asoma.

La flor es el ornato de la loma.
La nocturna quietud tiene su estrella,
en el pinar la alondra azul descuella,
y en el árbol frutal brilla la poma.

Corazón mío: la esperada vino,
y este año te encuentras con destino.
Todo canto en el mundo está despierto.

Toda criatura a Dios su gozo envía.
Sólo tú desentonas la armonía,
callando, corazón, en el concierto!

XI

¿SERÁ PRECISO ACASO QUE YO CANTE?

¿SERÁ preciso acaso que yo cante?
Si se halla todo en un recogimiento
de tristeza, ¿por qué en el sentimiento
urdir la rima oscura o de diamante?

Si el amor me ha traído la fragante
corona de los astros, y en el viento

nadie nunca escuchó su movimiento,
¿no es más justo callar en adelante?

Silencio pido a Dios, que soy dichoso.
Rogad también que libre mi reposo
del canto y de la música del verso.

Pues alguien duerme en mí con sueño blando;
oh, pobre niño sin calor, temblando,
está en mi corazón el universo!

XII

CAYÓ UNA ESTRELLA SOBRE EL MAR DORMIDO

CAYÓ una estrella sobre el mar dormido,
en la alta noche ecuatorial. La errante
joya vibró en las aguas un instante.
Y se escuchó en las sombras un gemido.

Me encontraba en la popa, distraído,
y vi en el mar un resplandor flotante.
Donde rozó el pedrusco de diamante
surgió una copa de cristal bruñido.

Clara copa que fué carne de estrella.
Iba a hundirse. Mas yo me erguí con ella
en la mano, y vencí su frágil suerte.

¿Dices por qué este afán que me domina?
Llena está en mí la copa que se inclina,
mas no cae, en el labio de la muerte.

EL POEMA DE LA CABELLERA RUBIA

I

LA cabellera de Ella es oro oscuro.

Tal como fluye de las altas minas
el metal.

Cabellera flamígera otras veces —
...La levanta en las manos!
La Amada oculta
los hombros, con brillantes serpientes astronómicas...
Cuando la Amada muera
se extinguirán las carnes y los huesos.
Esos reinos de rosas y marfiles
flotarán en cristales,
dispersos, transformándose en las aguas
subterráneas!...

Pero la cabellera, no!

La cabellera rubia es inmortal.
Será un filón de oro oscuro y virgen,
con grandes curvas estratificadas.

Y allá en el fondo de la tierra impura
la encontrará un minero taciturno
y solitario como yo, al golpearla
con su piqueta
de tosco hierro, igual que el verso mío.

II

¿Ya todos conocéis la cabellera astral de Berenice,
con diadema de nébulas copiosas,
que gira alrededor del polo norte
del cielo?

¡Ah, me cuesta pensar,
que en nuestro hemisferio está la rubia
cabellera que canto,
y el cielo mío no la ha eternizado!

Fuera yo rey tirano y poderoso
del mundo antiguo, y tú mi compañera,
para enredar tu pelo allá en la cósmica
rueda del polo sur.

Si hoy fuese viejo astrónomo barbado,
también la enhebraría,
aquí, sobre nosotros,
junto a la Cruz del Sur,
para orgullo de todos los luceros australes,
y envidia de las nórdicas estrellas!

¡Y qué gloria la mía,
al crear de ese modo un equilibrio
de belleza, dejándole
al norte, el rizo astral de Berenice,
pero dándole al sur,
la cabellera rubia que yo canto!

III

La cabellera rubia es inmortal.

Si la Amada, conmigo,
naufraga en los mares,
la cabellera seguirá flotando
encima de los cuerpos sumergidos.

Perdurará sobre las olas diáfanas,
mientras los huesos de blancor seráfico,
irán a confundirse con el légamo
del fondo.

Gloria a la cabellera a flor de agua!

Serán los cuerpos vínculos ocultos
que la unirán al lodo submarino
y de allí le traerán savias y esencias
vistales, para que ella bogue siempre.

La cabellera seguirá flotando
por siglos y por siglos de los siglos.
Y algún día será una hermosa isla!
...Una dorada isla en archipiélagos
de mitos! Oh, Mallorca.
Oh, Chipre.
Oh, Lesbos.

Urna de playas y árboles y músicas...

Los enlazados cuerpos,
desde el abismo,
la nutrirán con vida inagotable!

EL LATIDO

LA mano de Ella,
clarísima,
con venas de marítimos reflejos,
caía prisionera entre mi mano
y nuestros dedos se compenetraban
hasta hacerse daño,
tal como las raíces de los amantes árboles
allá en los mudos desposorios
de las bárbaras selvas.

Y era
de ver entonces la inquietud alerta,
cuando al cerrarse el nudo de las manos,
sentíamos,
que los latidos frágiles del pulso
de ambos, se confundían en gigante
y sola pulsación!

Ella decía:
—¿Sabes tú cuál corazón,
¡oh, amor!, es el que siento latir entre mis dedos?

¿Es el tuyo, que envía hasta mi mano
sus latidos, pausados,
igual que gruesas gotas de lluvia turbulenta
que caen en una taza de cristal?

O preguntábale yo:
—¿Sabes tú cuál corazón
es el que late ahora entre mis dedos?

¿Será el tuyo, que baja hasta mi mano
por la ruta graciosa y azulada
de tus arterias?

En pozos de silencio interrogante
murieron sin respuesta las preguntas,
mas, con ritmo inmutable, aquel latido
nos siguió atormentando,
sin revelar su origen, hondo y vital, jamás!

LAS VOCES

I

EL CIELO

ME lloran las pupilas de admirar
tu superficie límpida, sembrada
de joyas incontables, lago hermoso.

Astros veo, habitantes de tus aguas.
Los hay azules, verdes, rojos, blancos...
Nébulas espirales como ondinas
de tus olas.
Una luna, ya alfanje o claro escudo,
que resplandece en todos los caminos
de tu arco zodiacal lleno de luces.

Tu superficie laminar de plata
es pequeña, sin duda, lago hermoso.
Mas, ¡cuán oscuro soy al lado tuyo
y qué vacía toda mi grandeza!

EL LAGO

Cuánta vergüenza siento!...
No concibo
que el cielo ignore que todo eso es suyo!

LA AMADA

Me lloran las pupilas de admirar
tu corazón tan bello, Amado mío.

Himnos jamás soñados oigo en él.
Himnos guerreros, bárbaros, nupciales...
Y las grutas cuajadas de tesoros
que en urnas submarinas él me entrega !

La música del mundo canta en él;
y es su latir cautivador concierto,
que guarda un ritmo igual al que se escucha
en el libre velamen de los vientos.

El orbe ríe, sufre, llora, es fiesta,
se purifica y resplandece en él.
Y cuán humilde y tímida a su lado,
yo, que aún no merezco que él me mire !

MI CORAZÓN

Cuánta vergüenza para mí, Dios mío !
La Amada ignora que todo eso es Ella !

EL RELOJ QUE MUERE

En este alto peñasco, sobre el mar,
mi corazón es el reloj que muere.

La pequeña hendidura,
por donde huye apenas cada gota,
está en el centro de mi corazón.

Allí se filtra el tiempo.
¿Sientes que a cada instante cae el líquido?
Óyelo en el latido de mi sien,
amor mío !

Desde mi pecho
las líneas divergentes,
se elevan en el aire y luego forman
un claro cono inmenso:
el vaso superior que va a la bóveda.

También hay otras líneas,
que van del corazón hasta el océano.
Descienden por el flanco de este monte
en donde estoy, y el vaso opuesto forman.
El que se abre en el mar...

De un cristal más diáfano que el aire
es la envoltura del reloj.
Contémplalo !

Sabrás de un corazón que allí ha cuajado
dolor, como la perla en el molusco.
Lo ensanchan los latidos dulcemente
mientras se filtra en su interior un líquido...
—Mi sangre! descendida de los cielos
gotea por mi cuerpo y cae al mar.

— Óyela en el latido de mis sienes...

¿ Tú no ves levantarse de mi carne
esta divina forma,
cuyas dos partes se unen por el vértice,
aquí, dentro del pecho ?

Mi corazón es el reloj que muere.
Amor mío, escuchemos :
— Las gotas, cómo caen calladamente !

LUCES DE LAS MONTAÑAS

He ahí, en la noche,
la bahía rodeada de peñascos,
y la blanca ciudad desconocida
saliendo de la sombra.

Se oyen gritos,
y voces de comando, y risas
y saludos.

No detiene el navío, sin embargo,
sus hélices.

—¿ Ves luces a millares en las playas,
tantas como en el cielo, sobre el mar ?...
—Sí ! Veo dos ciudades superpuestas:
Una es celeste y otra está en la tierra.

¿ Cuál ciudad es espejo de la otra ?

Mas nosotros pasamos
para anclar allá lejos...
Perdura ahora, sólo el gran brillo estelar.
Altas cimas recórtanse distantes.
Y allá, sobre las cumbres,
también la sombra espesa se ilumina
con temblorosas llamas...
Los fuegos se confunden con los astros.
—Mira. ¿Serán estrellas?
— No. Son llamas que encienden los aldeanos
en sus lares,
arriba, entre los montes.
— Qué lástima, son bellas como astros !
— Pues para mí, esas luces,
tan sólo por arder sobre las cumbres
de las montañas,
y ser llamas que velan,
en la paz del hogar, son más que estrellas.

LA MÚSICA

I

¡SILENCIO ! ¡ Silencio !
Inclinadas
hacia el navío,

las grandes aves blancas, las del alto volar,
en la noche del trópico
se ponen a cantar.

Asomadas,
en la cárcel brillante de las aguas
hacia la claridad lunar,
en el camino nuestro, las sirenas
se ponen a cantar.

Acodados
sobre la popa del navío,
unos hombres oscuros en ruta de emigrar,
oyen llenos de júbilo esas voces,
pero sólo saben callar.

II

¡ Silencio ! ¡ Silencio !
Ahora, las estrellas,
desde las doce casas del zodíaco,
se asoman a las puertas abiertas sobre el mar,
y elevando una luz entre las manos,
antes de darse al delicioso sueño
se ponen a cantar.

Y temblando,
al borde mismo de los labios,
nuestros corazones,
suspensos en las notas del concierto estelar,
—también oscuras formas en ruta de emigrar !—
oyen toda la música del mundo.

Pero sólo saben callar.

LAS ARPAS

EL navío es el arpa de los mitos.
Abandonada flota sobre el mar.

Esta noche,
esperemos, oh, amada, que ella cante.
No serán los dioses,
los antiguos pulsadores sabios.
Ni el viento.
Ni el viento !
No es el viento serenísimo,
ni el viento huracanado
el que, en la noche densa, ha de pulsar
los móviles cordajes ;
las arpas de los mástiles elásticos !

Tiembla mi corazón
y tempestuosa agólpase mi sangre
en el portal de las sienes.

Mis pupilas, dilatadas
como las cuerdas de los arcos,
vibrantes de flechas,
con la distensión astuta del acecho
vigilan en la sombra.
Esperemos ! Esperemos !
Esta noche bajará de los cielos
la mano que yo sólo veo !

La mano
que, rozando apenas,
los mástiles de todos los navíos
dispersos sobre el mar,
las arpas de los mástiles elásticos !
ha de colmar de música profunda
las tierras,...
los océanos distantes !

EL FUEGO MIO

LA noche, con el mar y con el cielo,
forma la misma húmeda sustancia.

Hacia nuestra derecha
hay un lucero que arde entre la sombra.
Es solitario y grande.
Es Venus, el planeta.

Sobre el mar,
una torre de luz asciende al astro,
liviana y como el agua, escurridiza.
Una columna clara
que se mueve y ensancha a nuestros pies.

Jamás con nitidez tan absoluta,
ha destacado sobre el mar en sombras
su inconstante pirámide de luces.

La estrella, poco a poco, va cayendo
hacia el mar.
La columna, a su tiempo, va ensanchándose,
haciéndose más firme,
hasta fingir arquitectura sólida,
como la piedra de los sacrificios
bárbaros.

A ras del horizonte,
en el extremo de esa piedra ínclita,
arde, más puro, el astro.
El fuego mío !
El fuego mío ! la divina llama
inmóvil del lucero cristalino,
no es otra cosa que mi corazón !

Mientras yo asisto a su aniquilamiento
en la cósmica hoguera,
de todas partes por el cielo bajan
las estrellas,
a danzar junto al fuego, en anchos círculos.

HOMBRES EN LAS PROAS

I

YA de los pobres puertos españoles
llegaron barcas rebosantes de hombres.

Desde el gran transatlántico,
yo veía las cumbres parduscas,
las playas abiertas,
los pequeños blanquísimos hogares,
con tejados rojos
y árboles copudos.

En ese instante, de los viejos muelles
venía el río oscuro de emigrantes.

Las barcas turbias se acercaron lentas,
y quedó en las orillas, a lo lejos,
un blancor de pañuelos
iluso, más que aquel blancor de las espumas,
que está allá entre las rocas, bajo el sol...

Los hombres pálidos y hoscos,
las calladas mujeres con los niños,
fueron arrojados
en la proa del navío.

II

Íbase el sol igual que un santo peregrino
con una larga nube por cayado;
y aún pude ver
que gentes de mi sangre también venían,
con la boina blanca de mi provincia vasca.

En la tribu sombría,
hacia la titilación celeste de los trópicos,
al viento del mar avanzaban ellos.

Dios mío!
Tu mano de gigante,
cómo congrega esos racimos de hombres
semidesnudos en barcazas frágiles,
y los condena a ir
en la proa!
En las ciudades, en los navíos,
en las tierras y en los mares,
siempre en la proa!
En las proas!
En las proas!
Ciega,
fatalmente,
adelante,
adelante, de los demás hombres!

LA HOGUERA

HE aquí que yo había levantado la gran pirámide.
Eso es: la gran pirámide
con mis dioses, para quemarlos vivos.

Los había juntado sobre la playa,
frente al océano,
porque a ellos los culpaba de todos
mis dolores íntimos.

Eran millares de dioses de marfil y de papel.

Íconos aindiados de Sud América,
entre reproducciones de anticuadas
mitologías griegas o germanas,
ya sin valor.

Después de haberles consagrado,
durante años,
toda mi obra, mi amor y mi vida,

ahora que ninguna de estas cosas
tenía sentido inmortal para mí,
resolvía quemarlos sin piedad.

Cuando iba a arrimar la mecha de fuego
al montículo sagrado,
oí cantar un ave en la alta urna de mi frente.

La cósmica virtud de aquella música!
Atraída por ese canto, surgió poco a poco,
la luna dorada y gloriosa del seno del mar.

Suspenso ante los dos milagros,
arrojé la llama al océano, pensando:
Este holocausto deicida
ya no tiene objeto.

Y para quemar dioses siempre hay tiempo!

Y me puse a gritar, frente al océano:
—Mientras tengas un pájaro en la bóveda
frontal, que con su canto
haga ascender la luna de las aguas,
bien puedes, oh, poeta,
perdonarles la vida a tus Dioses!

EL MUCHACHO Y EL TROMPO

I

CANTANDO por la calle abierta,
el niño ha salido a jugar,
con su trompo de cien colores:
el trompo que él hace bailar.

Llama pronto a niños y niñas,
y con un gesto fraternal,
su trompo arroja entre todos.
—Baila, mi trompo! Baila más!

Y es el juguete mientras gira,
música y alegría y luz.
Mirad como el niño se ríe
y eleva el trompo hacia el azul.

Entre dos dedos lo ha cogido.
Gira el trompo bailador!
Sobre la palma de la mano
parece que alza un corazón!

II

Cantando por la calle abierta,
muchacho alegre, yo salí,
con mi trompo de cien colores:
Trompo que baila para mí.

—Vengan pronto, niñas y niños,
que en alegría fraternal,
tiraré el juguete entre todos!
—Baila, mi trompo. ¡Baila más!

Es música, mientras da vueltas,
yo os juro que es música y luz.
—Venid, que voy a levantar
ahora el trompo hacia el azul!

—Mirad como a tierra me inclino!
—Mirad que mi juguete os doy.
Sobre la palma de la mano,
¿véis que os entrego el corazón?

LOS ESPEJOS

A Juana de Ibarbourou.

UN canto a los espejos coloniales
de nuestra antigua casa

Amigos silenciosos!

Vieron la dicha humilde transcurrir,
y en su ojo impasible
la pura imagen del dolor de todos
cristalizaron.

Mucho más
que el reloj portugués del comedor
o que la sabia aguja de la madre,
ellos sabrán narrar, hora por hora,
lo que ha pasado allí.

¡Tantas cosas, Dios mío!

Los espejos,
pupilas verticales,
lisas y congeladas para siempre!

Son las mansas pupilas de los seres
que murieron,
mirando en el cristal el mortecino
reflejo de los campos y los cielos.

Hoy he vuelto a la casa. ¡Qué silencios!
Estaban los espejos aguardándome.
La vida en su interior era la misma
vida ruidosa afuera.
Allí, callaba...
Y de pie, como un hijo ante los padres,
me detuve a mirar...

Volví a vivir momentos de mi infancia,
y hasta sentí sobre la mano mía
la mano fiel de los que ya se fueron.

¡Los espejos!
¿No habéis hecho pasar alguna vez
el agua transparente de una copa
a otra copa más clara?

Así, toda la historia
de nuestra antigua casa, día a día,
se fué infiltrando en diáfanos cristales.

Hoy la hallaréis dormida en los espejos.

NOCTURNO

POR la noche,
en esta pobre aldea americana,
yo no puedo dormir.
Frente a mi casa,
a cada instante van por el camino,
con un ruido monótono,
carros de labradores hacia el alba.

Oigo las voces en tumulto,
el rumor de los ejes...
Y los perros ladran
en los campos.
Yo quedo vigilante
y noto, en el silencio de la casa,
la invasión de los ruidos de la calle.
La música apagada
de los objetos.
Vibran, vibran, tiemblan,
las puertas, las ventanas...

Ya en el umbral del nuevo día,
cuando los ruidos del camino callan,
no puedo aún dormir.
No sé por dónde pasan
desconocidos.
¿Hacia el alba?

¿Están dentro de mí?
Oigo voces distantes.
Sombras que hablan.

Voces confusas, muertas, en mi recuerdo.
Están dentro de mí!
¿Me llaman?
Personas que no veo.
Labios que me han besado. Ecos!
Ecos!
Ecos de sus palabras.

Y ahora son mis sienes
las que tiemblan,
tiemblan...
Viejas puertas y ventanas...

AL DESPERTAR

AQUELLA noche yo tenía fiebre.

Una arteria,
al lado de mi tímpano sonaba,
poco a poco,
más fuerte,
más fuerte,
más fuerte...
Yo empezaba a despertar,
y aún era niebla y crepúsculo
mi conciencia.
Al oír cada latido
creía escuchar pasos
en la alcoba vecina.
—¿Quién es? — grité.
—Alguien se acerca!
—Alguien se acerca!
Pensé, lleno de espanto:
—¿Será Ella?
Pero la luz del día al despuntar,
díjome: —No!
Y, ¡oh, criatura, alégrate!
—Has oído los ritmos
de tu propia sangre.

Esa que te vigila cuando duermes,
y se deja escuchar cuando despiertas,
es la vida!

La otra,
dejará las sandalias en la puerta
de tu casa,
y detendrá tu corazón, pisándolo
con pie desnudo, sin que tú la sientas...

LOS DESCONOCIDOS

CAMINAR, caminar
por los muelles dormidos de los puertos.
Y ver obscuros hombres,
acurrucados como canes viejos,
tomando el sol en la amplitud marina.

Oscuros hombres,
que nunca vimos ni soñamos ver.
Y mirarlos de pronto y soportar
en nuestros ojos,
el doloroso haz de sus miradas...

Caminar, caminar
por los dormidos muelles interiores
y ver acurrucadas,
en lo más hondo del cansado espíritu,
vagas angustias muertas o en olvido,
ideas nuevas nunca sospechadas,
semillas de otras almas o países!

Hallarse con los ojos
de unos desconocidos que se nutren
con lo más vivo de la entraña nuestra...

Han estado tal vez años y años,
sólo por aguardar nuestra visita!

Nosotros, ignorando que existieran
esos hijos ocultos...
Sin embargo,
ellos se elevarán pesadamente
de su quietud, y con los ojos fijos
en el destino nuestro,
nos seguirán como pesados canes...

Ya no nos dejarán nunca, jamás...

LA LLAMA HABITABLE

COMO quien juega con la llama
de una bujía en la noche,
junto a la mesa, en la tranquila estancia,
y se divierte en ver pasar los dedos
por la luz,
varias veces,
como queriendo aprisionarla,
así yo amo jugar contigo,
corazón...

Transcurren las horas
y yo estoy frente a la luz,
viendo cómo se adelgaza,
igual que la cintura de una amante.
Si quiero, la puedo cortar en dos,
o casi extinguirla,
a pesar de que me hiere...

Ella tiembla,
se inclina bajo mi aliento,
lo mismo que árbol joven
si lo azotan las ráfagas del campo,
y parece entregarse, al fin,
¡oh, esclava!,
lamiéndome la mano...

Como quien juega con la llama ardiente,
dicen que amo jugar contigo,
corazón...
Y mucho más tal vez:
Oh, tú, que estás más cerca de mi antojo
y que, a pesar
de abrasarme la vida totalmente
con tu fuego,
eres la llama única habitable.

NOCTURNO DE MONSERRAT

EL lento anochecer en los peñascos.

Los campanarios,
anunciaron con música solemne
la caída del sol.
Un viejo monje
del monasterio clausuró el portón
de hierro,
y nos quedamos todos recogidos
en la ciudad sagrada.

Al pie de la montaña,
los conventos
iluminaron sus tranquilas celdas.
La noche
teologal avanzaba cautelosa,
y en nosotros,
—¡veníamos de urbes tan gigantes,
y mares tan sonoros!—
sepultó su flecha encendida
el hálito de la Edad Media.

Yo, vigilante en lo alto de los muros,
miraba hacia los valles
donde la niebla diáfana ascendía.

Allá lejos,
descansando,
junto a un río con últimos fulgores,
una ciudad pequeña divisábase,
como un pájaro dormido
sobre un alambre de plata.

Más cerca,
la recia arquitectura
de los conventos, se acentuaba rígida
y majestuosa;
y ya venía por la altas peñas,
aullando el viento...

La tempestad profunda y medioeval,
se oyó toda la noche.

¡Cómo arrasaba los impuros brotes
y los frutos ya secos
de la selva perenne que hay en mí!

"EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS"

1919

EL HALCONERO ASTRAL

EL hombre aquel soltaba sus elásticas hondas
con actitudes graves,
y al hendir los espacios con las piedras redondas,
ensangrentó mil veces el plumón de las aves.

Amo del horizonte,
cazador de fieras y garzas de las lagunas,
abandonó una noche su arco sobre un monte
y así creóse el duro creciente de las lunas.

Buscó olvido después en los bastiones
de su casa, abrió un foso en el umbral,
y adiestró tantas nubes de halcones,
que al volar ocultaban la rueda zodiacal.

Ensayaron los vuelos más profundos
las aves,
y trajéronle un astro prisionero.
Desde entonces el hombre ya no fué de estos mundos.
Ya de los astros era el halconero.

Este halconero astral
era carne de bronce y espíritu ancestral.
La torre en que vivía,
estaba en el pinar de la montaña
sombría.

Ya os dije que el héroe, orgulloso,
de inhumano mirar,
no era el solo habitante de su hogar;
dóciles a su puño generoso
gerifaltes volaban y volvían,
a millares.

Amaestrados halcones
de miradas febeas
que iban hasta los astros por collares,
preseas,
y carbones
estelares.
Y más: hasta platónicas Ideas!

Así es que el halconero, con sus huestes,
sólo sirvió a la ciencia de esas cosas;
con milicias celestes
dió batallas nocturnas.

Miles de ardientes, conquistadas piedras,
guardó en las preciosas
urnas!
Entre llamas, subían de su alhajero
nieblas muy poderosas!

Juntando, como avaro,
esas y otras estrellas,
aquel príncipe raro
vivió en largo olvido,
reuniendo en hondos antros formas bellas;
las gavillas doradas de un trigal encendido,
que en las constelaciones
espigaban sus halcones
como briznas buscando para el nido!

Un día, el halconero
llamó a los hombres
y les mostró el recóndito alhajero.

Después de ellos irse,
los halcones dijéronse los unos a los otros:
—¡Estos, tienen los ojos más crueles que nosotros!

Los hombres, en tinieblas,
decidieron matar al halconero
y así lo realizaron
a mansalva, en los antros del sendero.

Robaron la riqueza
de joyas tan guardadas!
Vaciaron los tesoros de las urnas violadas.
Luz de sus propias almas!
La luz de la Belleza!

Las aves se quedaron aterradas!

Ellas no encontrarán jamás las grutas
con guarismos
estelares; las rutas,
ni las normas!
Nunca más, nos traerán, de los abismos
el estético enigma de las formas!

En tanto, al fin del hecho,
dijeron los ladrones:
—El corazón dejemos del hermano
sobre los murallones,
así se lo devoran los halcones!

Pero las aves nunca mancillaron
el corazón divino.
Llenas de angustia, hacia el azul volaron.
Se ignora cuál ha sido su destino.

¿Se ha de ignorar su drama y su destino?
Yo las oigo en bandada,
volar. El corazón del héroe elevan
en los picos y garras,
Oh tesoro, el más puro!
Se lo llevan
por la noche estrellada!

Y el corazón es vuelo,
y llamarada y vida
desconocida!

Se encienden,
con tal fuego,
los halcones,
como constelaciones!

¿Reconocéis al halconero astral?
Sus hermanos lo hirieron sin perdón.
Las bellas aves, las profundas aves,
más allá del Bien y el Mal,
reintegraron en Dios su corazón!

PERFECCIÓN DE LAS PAMPAS

CUANDO se está solo
en medio de las pampas,
uno es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se halla en el horizonte.

Perfección de pensar!
En ese instante,
si uno mira hacia el fondo de sí mismo,
lleno de soledad, puede notar,
que su alma es el centro
de una circunferencia, cuyo límite
se encuentra en un umbral de alba y sombra.

También, en esa forma, si es de noche,
en medio de las pampas
oh, curioso espejismo!
se ven brillar estrellas,
que en realidad aún no han asomado
por encima
del remoto horizonte...

—Ah, pero si entonces,
uno mira hacia el fondo de sí mismo,
se ven brillar estrellas allá adentro...
¡y qué estrellas tan puras!,
que en realidad,
están ocultas en la densa sombra...

Más allá del umbral en donde el alma asoma!

PALOS TELEFONICOS

RECUERDO que cuando yo era muy niño aún,
sentía curiosidad supersticiosa,
al apoyar mi oído en los palos del teléfono,
y escuchar,
el rumor aquel, asombrado y tan hondo,
grave... continuo... abrumador... lejano...

Para acentuarlo más,
daba golpes con mi puño en la madera,
y el ruido entonces adquiría
sonoridades nuevas y encantos increíbles.

En el campo,
donde el silencio llega a lo absoluto
y molesto,
a veces descendía de mi caballo
y apoyaba mi cabeza
en un palo telefónico,
para apreciar la música de los alambres,
y deleitarme durante mucho rato,
con el ruido impreciso y sin matices.

Alguna vez, adolescente, enfermo
con altas fiebres,
ya percibir creí rumor análogo,
que pesaba en mi tímpano,
hasta hacerse obsesión auditiva, profunda...

Ahora,
si en la noche
me recojo en mí mismo,
para escuchar las voces elegidas,
y descifrar los himnos más perfectos
de un interior abismo de armonías,
no puedo concretar ningún acorde,
ah, ni una nota musical a veces,
ni un cantar fácil,
y entonces pasan horas terribles para el alma,
en que sólo oye subir de lo más hondo,
algo sin contornos,
grave... continuo... abrumador... lejano...
como el ruido de los postes telefónicos...

LA ESTRELLA ERRANTE

A William Berrien

CRUZÓ una estrella errante
por la nocturna paz.

Dijo mi lengua, esclava de los dioses
antiguos — ¿Vida o Muerte anunciarás?

Dijo el agua cautiva de la fuente:
—Oh, qué beso tan breve el que me das!

Dijo la rosa irguiéndose en el tallo:
—Me abrí para guardarte! ¿Me verás?

Dijo la alondra, recordando el vuelo:
—Semilla del azul! ¿Te escaparás?

Dijo el buho extasiado e impasible:
—¡A qué mundos bellísimos irás!

Dijo el árbol sin hojas y sin frutos:
—¿En qué rama feliz te posarás?

Dijo el pequeño pájaro en la jaula:
—¿Mi canto no has de oír? ¿Por qué te vas?

Dijo el águila, idioma de la cumbre:
—No te puedo seguir! Tú vuelas más!

Dijo la estrella en el metal del cielo:
—Aquí te esperaré... ¿Regresarás?

Dijo el rocío en la dorada noche:
—Ah, lo mismo que yo, tú eres fugaz!

Y el alma dijo: —Hermana mía, llévame!
—¡Clave, ley mía y símbolo, serás!

EL GRITO

I

ERA allá en Melo,
ciudad de coloniales casas
en medio de la pánica llanura interminable,
y cerca del Brasil.

Yo gozaba la gran revelación
de la naturaleza
en la amplitud de mi niñez bravía
y en el caudal del júbilo divino.

Sí. Allá en Melo,
ciudad con casas de abolengo español,
con grandes patios,
en cuyo centro
los aljibes se abren, circulares y sonoros.

Yo era niño y solía
gritar junto al brocal de algún aljibe,
con temor, inclinándome,

hasta ver flotar mi imagen
en un agua de espejos,
para escuchar así, maravillado,
músicas primitivas de los ecos.

A cada grito,
fidelidad sorprendente!,
el eco melodioso y misterioso,
respondía desde el agua,
desde la penumbra,
tal vez, decía yo, desde más lejos...
¡Cuántas incomprensibles harmonías
y presagios
en el arcano,
de aquellas músicas,
diáfanas y fieles!

II

Hoy he aprendido
que oculto en mi espíritu cisternas que responden
a mis gritos supremos,
con ecos, ya gigantes, ya confusos,
o melodiosos, entre puros límites.

Y soy feliz,
más aún que en los días de la infancia
al oír, lleno de ansiedad,
qué claro responde el eco de la sima interior
al grito que no puedo reprimir
y se escapa, gigante, de mis labios!

Incomparable éxtasis,
respuesta del más allá de la carne,
cuyo secreto no adivino
y cuya finalidad no vislumbro!

He de vivir así, oyéndome;
extasiado en el clamor de mis internas simas,
y tal vez obtenga de ese modo
en mí,
la solución de los enigmas eternos.

Pero...
Hoy pienso que tal vez pueda agotarse
ese obediente cántico del ánima...

Mi Dios! ¿Será posible?
Y sin embargo!
Mañana, cuando eleve el verdadero
e irremediable grito, decisivo y fatal,
¿responderá la música del eco?

LA COPA

ALGO que va del gozo a la amargura,
he descubierto con oculta pena:
que tu alma, a pesar de su hermosura,
es vaso de cristal lleno de arena.

La música no se oye, adormecida.
El cristal prisionero, no resuena.
Poco a poco en los cauces de la vida,
la clara forma se llenó de arena.

Jamás la harán vibrar. El que lo intente
la romperá. Devotos o juglares,
en vano buscarán el himno ardiente,
el más hondo y mejor de los cantares!

Yo soy el creador de esa armonía,
doy al cristal su música encantada;
los hombres, sin amor ni poesía,
sacudirán la joya y no oirán nada.

Yo sé del pensamiento sobrehumano
que hace brotar la música serena;
al agitarla mi amorosa mano,
tu copa de cristal no tendrá arena!

Mientras te haga llorar el verso de oro
o seas la leyenda que lo inspira,
diáfana por el lírico tesoro,
tu copa vibrará como una lira.

Pulsaremos los dos, maravillados,
la canción que del fondo se levanta;
¡Cuántos himnos ocultos revelados,
la cristalina joya, cómo canta!

Pero si un día entregas al olvido
este amor que te invade y te perfuma,
tan sólo oiremos como un gran gemido,
la débil melodía que se esfuma.

Cuando sea de otro tu belleza,
con arena tu copa han de llenar.
La copa de cristal y de pureza
ya nunca, en ningún tiempo, ha de sonar.

LA AMATISTA

No sé donde leí que una doncella
de Italia,
encontró bajo un templo en abandono
una diáfana,
luminosa amatista.

Observada al trasluz,
veíase en la piedra a Dionisos corriendo
semi desnudo sobre un verde prado.
Alegre el Dios, y con un bello impulso,
alzaba en una mano hermoso tirso
de rosas, y en la otra un gran racimo
de uvas.

Mientras el Dios corría,
una joven pantera daba saltos,

siguiéndolo con miras de quitarle
el racimo.

Oh, alma mía!
¿Cuándo hallarás la más perfecta amante,
la mujer esperada,
que sepa descubrir en tu interior
el símbolo feliz que en ti se oculta?

Agil efebo,
se verá en lo más hondo de ti, ¡oh alma!
Lleva un tirso de rosas: la Poesía.
Y un racimo de uvas: el Amor.

Corre el efebo apenas mal cubierto
con una piel de león, mientras sonríe
y canta...

La pantera — ¿es la Muerte? — intenta en vano,
arrebatarle los preciados frutos,
dando enérgicos saltos.

Haced mis Dioses que la pueda ver
muy pronto, fatigada, abandonando
tan espantosa empresa.

¡Así podré ofrecer a la doncella,
reveladora del secreto símbolo
que se agita en el alma transparente,
mi Poesía,
tirso de rosas siempre florecido,
y mi Amor,
racimo eternamente renovado!

LA GRUTA

Yo soñé alguna vez que era la muerte
una gruta subterránea y honda,
a cuyo borde estábamos,

niños maravillados,
en el tránsito iluso de la vida.

Niños maravillados, nada más.

Algunos, más curiosos que los otros,
lanzamos junto al borde de la gruta,
un grito de dolor o de alegría.

Mientras gozamos el vital deleite
de gritar,
oímos que del seno de la sima
suben los ecos de las grandes voces,
exaltadas ha siglos por las otras
sombras,
que nos legaron tan pueril destino.
Ah, pero de millares y miles de millares
de sombras que han gritado,
cuán pocos ecos vuelven!

—La Muerte,
escogerá en su seno las más puras,
las sobrehumanas voces,
que hoy caen en las bóvedas sin límites,
ahogadas
por las voces sin luz ni resonancias.
Así, lo mismo que el labriego experto
selecciona las óptimas semillas
y deja resbalar entre sus dedos
los granos infecundos,
la Muerte, de los gritos que lanzamos
en su seno,
escogerá los dignos de escucharse,
y los devolverá,
—coros celestes, alabadas músicas!—
mañana, con los años o los siglos,
cuando no quede nada de nosotros!

Ni nuevas voces,
ni vanidades, ni desnudos huesos!

LOS DOS BUSCADORES DE PERLAS

SUMERGISTE en las aguas
tu cuerpo oribronceado por el sol,
y robaste a las furias oceánicas
su tesoro interior.
Feliz de ti que hasta la superficie
pudiste regresar,
con las manos colmadas de tesoros,
y joyas de la mar,
oh! pescador de las sagradas perlas
del Ceylán!

Me sumergí en las olas de mis mares
igual que tú, con ansias infinitas
de arrancar en el fondo del espíritu
músicas nunca oídas.

Y he vuelto a la desierta superficie,
con la muerte en la carne,
y manos sólo llenas de dolor,
yo, pescador
de las ocultas perlas
del corazón!

Feliz de ti que alegre has regresado
con joyas de tu mar,
oh, pescador de las sagradas perlas
del Ceylán!

Triste de mí que he regresado pobre
de mi mar interior,
yo, el pescador
de las ocultas perlas
del corazón!

LA CLEPSIDRA

I

A veces,
cuando me encuentro solo en mi cenobio
espiritual,
y al sentir en mis sienes la fatiga nocturna,
al mismo tiempo que en mi entraña sube
el cauce obscuro de las obsesiones,
suelo apoyar mi oído en la almohada,
y en la opresión creciente
y suave de una arteria contra el tímpano,
escucho como late
mi corazón.

Entonces permanezco largas horas despierto.

Cada latido deja en la clepsidra
de mi vivir,
descender una perla insustituíble:
—¡Clepsidra mía, singular clepsidra,
cómo se agota tu vital tesoro!

La opresión de la arteria contra el tímpano
me ha revelado,
en las profundas noches del acecho,
que hay un desorden lírico en la caja
de mi tórax.
Desorden
que se me antoja musical y extraño
y al fin me trae regocijada pena.
He sabido,
que la víscera sacra y propulsora
de mi existencia, late anormalmente;
que no ha vaciado su labor divina
en el ritmo común, y en cambio tiene
un ritmo suyo,
original, nervioso y arbitrario.

Yo poseo el origen de ese ritmo,
y lo he visto a través de mi pasado
perpetuarse en las leyes de mi estirpe,
con la fatalidad,
más fuerte que el destino,
que gravitó sobre los Dioses griegos!

Conscientemente, concienzudamente,
escucho y gozo ese latir del órgano
arrítmico!
Y oigo tu arritmia ¡corazón herido!,
y vivo oyéndola
por muchas horas en la larga noche.

Lates ¡oh corazón! de modo tal,
que en un segundo mudo y doloroso
falta un latido.
Llega un instante,
en que el ritmo normal se desvanece,
y un paso en falso
das — ¡corazón! — cual si tuvieses miedo...

Con ansiedad nota mi oído alerta,
cómo el mensaje que debió venir
no viene.
—Corazón ¿no te falta algún latido?
—¿Sabes qué mano entró dentro del pecho
y lo ha robado?

—¿Sabes qué mano, descarnada y fría,
viene y suprime uno a cada instante?

Cuando escucho la arritmia y el período
compensador,
establece su pausa, me figuro
que el latido siguiente ya no viene
y que ha extinguido su vigor sagrado,
mi corazón!

II

Quien sabe si algún día,
apoyando mi sien en la almohada,

de modo que la arteria sobre el tímpano
me sirva de teléfono;
Quién sabe si algún día no percibo,
el ruido de la última
perla que guarda la clepsidra mía,
mi corazón.

Y tal vez piense entonces,
cuando venga la muerte y me arrebate
el latido esperado:
—Clepsidra mía, oh singular clepsidra!:
—Vuelvo al No-ser...
—Devuelve al Tiempo tu vital tesoro,
mi corazón!

LAS GARZAS

I

PALIDO de estudiar,
me fuí al campo. Sufría
falta de voluntad.
Y qué fatiga en la muy joven frente!
Además,
desencanto infinito de saber...
Y de amar.

II

Un indio de la estancia
me hizo un regalo muy original.
Cinco garzas —¡oh, asombro! — que hablaban
después de muchos años de enseñanza tenaz:
una era rosa, otra blanca, otra gris;
otra amarilla más que el oro, y otra verde.

Esto, que os parece fundamental
paradoja científica, es muy cierto.

Quien lo dude, que hable con mi capataz.
El indio me dijo:
—La garza rosa será el Amor, la blanca será
la Fe, la gris, la Duda, la de oro, la Ambición,
y la verde, la Esperanza inmortal!
—Cuando quieras, amigo enfermo,
con ellas hablarás.
Dicho esto, me entregó las cinco garzas.

Yo las quise interrogar
en seguida, gozoso del prodigio.
Entonces,
la garza rosa dijo: Vuelve a amar!
la garza blanca dijo: Vuelve a creer!
la garza gris me dijo: Vuelve a dudar!
la garza de oro me gritó al oído,
—Vuelve a ambicionar!

La garza verde no me dijo nada.

III

Amar — Creer — Dudar — Ambicionar!
¡Palabras crueles y terribles!
—Muy pronto alteraréis mi nueva soledad
oh, pajarracos, despertando mi corazón!—
pensé, lleno de angustia.
Y me puse a degollar
cuatro de aquellas aves,
la rosa, la blanca, la gris y la de oro,
con mi antiguo puñal.
Sólo he quedado con la garza verde.
La esperanza!
¡Pero esa nunca va a querer hablar!

LA FUENTE

IBAMOS descendiendo por la cuesta.

El viejo amigo de palabra densa
y jovial, y de cana cabellera,
me conversaba de remotas tierras,
más allá de los cerros de la aldea.

Junto a una fuente oculta entre malezas,
nos detuvimos.
Las aradas huertas
ardían bajo el sol, y nuestras fuerzas
alivio hallaron en el agua fresca.

El viejo amigo contempló la tersa
claridad de la fuente en la ladera,
y me dijo con tono de sentencia:

—¡Cuán vano fué mi andar por otras tierras,
de dioses y epopeyas!
Mi alma, ya cansada, no refleja
más que una duda íntima y tremenda!

—Yo fuí en el astro, forma,
y canto e inteligencia,
y fuí en la rosa, cuando quise, hoguera...

La amada, luz eterna,
transparentó en su cuerpo sin materia.

Yo fuí el Dios de la música y la fuerza;
mi ojo fué la flecha,
mi frente, vaso y ciencia.
Mas caí en lo Aparente.
Y hoy todo es niebla!

—¡Cuánto más me valiera
haberme concretado a tí, oh Belleza,
en el tiempo dormido de estas tierras!

—Mi alma entonces clara transparencia
tendría, como el agua pura y lenta
que en su seno refleja
de día, la plural bóveda inmensa;
de noche, el resplandor de las estrellas.

¡Tendrías, alma, como el agua quieta,
la misión silenciosa y duradera
de sólo reflejar cosas eternas!

LA ALONDRA

RECUERDO que una vez,
al nacer de la aurora en primavera,
yo, arrinconado en el vagón de un tren,
miraba el cielo por la ventanilla.

Y vi una alondra, rápida saeta,
calandria americana,
venablo de las músicas,
que en un gracioso y prolongado vuelo,
pudo volar, pudo volar, cantando
con un impulso heroico,
junto al ferrocarril.

Si bien es cierto que el ardiente pájaro
no pudo acompañar al férreo monstruo
por mucho tiempo,
su alegre esfuerzo y su divino canto,
casi me hacen soñar que los Poetas,
son los únicos
que podrían,
ah, volar...
al par
del mismo Dios,
allá en la Eternidad...!

ESTIO. Por Cerro Largo,
cuando caía ya el sol,
cien leguas por tierra adentro,
solo, ¡tan solo! iba yo.

El Tacuarí era de oro,
pitangas daban su olor.
El ave voló del trébol
hacia el rancho de terrón.

Subía, lenta, la luna.
La hirió un hombre con su hoz.
El se unió a mujer morena.
Volvieron Ruth y Booz.

Cien leguas por tierra dentro,
de nochecita iba yo,
cuando escuché en un recodo,
de niños una canción.

Pueblo rural. Los muchachos
corrían de dos en dos,
en un patio con parrales,
dando al aire esta canción:

Las estrellas, en los cielos
se juntan de dos en dos.
Se juntan para jurarse
La eternidad del amor.

Cada niño conducía
niña de blanco candor.
Así el halo de la luna,
así el más puro vellón.

Vino hasta mí una rapaza
y agua fresca me ofreció.

Impuso a todos silencio
y de esta manera habló:

—Agua fresca al pasajero
no le niegues, dice Dios.
—No es agua lo que deseo,
quiero aprender tu canción.

—Cantamos, que las estrellas
se juntan de dos en dos.
¿No sabes?, para jurarse
la eternidad del amor.

Por campos de Cerro Largo,
en noche oscura iba yo.
La niña siguió cantando,
mas yo olvidé su canción...

Pues las estrellas se engañan,
eternidad no es la flor;
ni eternidad son los hombres,
ni eternidad el amor.

LAS MANZANAS

HACE miles y miles de siglos, mi alma
habitaba un paraíso inmortal,
mucho más bello que el de Adán y Eva.

Mi alma
estaba inmóvil y transparente;
sólo era un trozo inmaterial y estático
de la Eternidad.

Mucho más
que la gran madre del linaje humano,
ella gozaba ávidamente
el éxtasis eterno
y la paz inconmovible.

Pero un día,
vino una serpiente sabia y astuta
y le ofreció cinco manzanas;
cinco manzanas,
en lugar de una, como a Eva.
Cinco manzanas
llenas de virtudes
nunca imaginadas hasta entonces:

Cuando mi alma
reflejó la primera manzana
empezó a ver la salvaje naturaleza;
al concluir la segunda manzana,
empezó a oír maravillosas músicas;
al concluir la tercera manzana,
a sentir el aroma de las selvas;
al concluir la cuarta manzana,
a tactar el terciopelo del césped,
y al concluir la quinta manzana,
recién, Dios mío,
se dió cuenta de que aquellas frutas,
ay, ¡tenían un sabor de limo y sangre!

En seguida, mi alma
pudo notar que no era ya transparente,
y que una sombra movíase a su lado,
y que algo así como una hiedra tentacular,
monstruosa, creciente y viscosa,
se le adhería para siempre
formándose poco a poco
lo que después se llamó
el cuerpo humano.

Ya era tarde
cuando pude comprender,
que las manzanas de la serpiente
eran los cinco sentidos.

EL VENDIMIADOR

I

EN la paz religiosa de la tarde,
un campesino obscuro,
cortaba los racimos de sus viñas,
al cielo arqueando los broncíneos músculos.

Seguía su labor, llamas volcando
de los otoños, y calientes frutos;
y su sombra movible prolongábase
gigante al lado opuesto del crepúsculo.

Era un Vendimiador.
Prosiguió su labor lleno de orgullo,
y ademán hierofante,
gozando la belleza de su culto.

Pero al ir a guardar un gran racimo,
el más bello y maduro,
y ya cortado el verdirrojo tallo,
se dijo con disgusto:

—¡Es lástima! ¡Qué espléndido el racimo!
Lo dejaré secarse entre los surcos.
—Ved las negras hormigas, que a millares
en él se extienden, como un cauce obscuro.

II

En la paz de la muerte,
alguien, entre sus puños,
ha de tomar, Vendimiador eterno,
mi corazón como un racimo oculto.

Racimo del amor y la belleza,
con grandes uvas de inmortales jugos,
que exprimidas a tiempo nos darían
celestes vinos de armoniosos mundos.

Pero dirá el Vendimiador:
—¡No sirve!—
—Mirad las dudas, que en brutal tumulto,
negras hormigas, corren a millares
en su interior, como en un cauce obscuro!

LEONARDO DE VINCI

I

AÑO mil cuatrocientos noventa, más o menos.
Florencia. Media noche. Callaron los serenos
nocturnos y se fueron los últimos soldados.
Alguien llega a la trágica plaza de los ahorcados.

El terrestre demiurgo se arriesga en la aventura
y aprieta con el puño la ilustre empuñadura
de su espada, y camina con paso firme y lento,
mientras su cabellera ondula bajo el viento.

Agitando la capa de terciopelo obscuro
el caminante sigue con ademán seguro.
De pronto, nota un cuerpo que de la horca oscila,
saca un puñal de oro y con mano intranquila
hiere la cuerda mismo donde el nudo se cierra,
y cogiendo el cadáver lo arrastra por la tierra
hasta un portal.
Entonces, el hurtador nocturno
contempla su tesoro con gesto taciturno.

II

Ahora el hombre avanza bajo unos ventanales
góticos, entre infolios, poliedros y metales.
Deja el muerto en la mesa, cuidando no hacer ruido,
y abriendo la piel lívida de aquel desconocido,
hace estudios de músculos, bajo una luz escasa
mientras un gran silencio se condensa en la casa.

Descubre así, milagros del hombre.
Ahoga un grito
de asombro a cada instante... Dibuja y deja escrito:
—*"Oh cuerpo humano! un libro de infinita belleza...*

"Al acaecer la muerte, comprendo la tristeza
del alma, porque es ella la que cambia un divino
mundo de perfecciones por incierto destino".
"¿El dolor de la muerte?
Es para el alma.
Huye
del más hermoso reino y al huír lo destruye".

III

Año mil cuatrocientos noventa. Una campana
se ha oído, anunciando la luz de la mañana.
Florencia. Vuelven cantos. Va a despertar el día.
Aún Leonardo, el brujo, estudia Anatomía.

HEBE

TE llamamos Hebe,
tres jóvenes suramericanos, una noche
de fiesta y alegría entre estudiantes.

¿Recuerdas?
También vosotras érais tres muchachas.

Cuando las otras dos bailaban, tú, más joven,
mucho más joven y ateniense que ellas,
trajiste los licores y los vinos
en ovalada fuente de oro y plata.

Largo tiempo quedaste conmigo,
bebiendo juntos en la misma copa
y después repartiste para todos,

y aquí arriesgaste el pie en ligera danza,
los sacros vinos de inquietud y gloria.

Por eso fué que te llamamos Hebe.

Hacia el amanecer,
ebrios de ciencia y mitos,
la sangre hizo el milagro:
Nos creímos dioses...

Pensar que yo juraba, y no era Nietzsche:
—"¡Hay que volver hacia los Dioses griegos!"

Y mientras tus amigas se entregaban
al danzar dionisíaco,
tú, la más joven de las tres, me diste
el licor más secreto de tu vaso.

Desde entonces,
con mucho más motivo que los otros,
te llamo Hebe, mi divina Hebe!

LA MUERTE DE LOS CISNES

NUNCA mujer alguna
me ha inspirado belleza más profunda
que esa gran bailarina, interpretando
a Saint-Saens, en la danza...
La esperaré en la calle para verla
y renovar entonces sensaciones tan puras.

—Ni lo intentes, amigo: que, lejos de la escena,
esa mujer ya no será la misma,
ni tampoco tan bella como ahora.
—Déjala,
y te ahorrarás un triste desencanto.

—Nunca, nunca, una imagen,
me ha inspirado belleza más profunda,

que la divina imagen que se esboza
allá, en lo más secreto de mi alma.
—La encerraré en un verso ahora mismo,
para apreciarla juntos
y renovar entonces sensaciones tan puras...

—Ni lo intentes, amigo: que, lejos de tu alma,
esa imagen jamás será la misma,
ni tampoco tan bella como ahora.
—Déjala,
y te ahorrarás un nuevo desencanto!

ODA DE LA VOLUNTAD

HIJO rudo y esbelto de los bosques nativos,
que luchas con tu arco y tu carcaj,
Nemrod del cerro indígena!
—Dame tu voluntad!

—Jovial marino de azulados ojos,
que ágil te encaminas hacia el mar verdegay,
con sed de arrebatarle las esmeraldas líquidas!—
—Dame tu voluntad!

—Vigía que en la cumbre de los mástiles,
con aire religioso escucharás,
mejor que nadie planetarias músicas!
—Dame tu voluntad!

—Leñador,
que abres tajo en la selva secular
y haces caer los árboles con tu hacha sonora!
—Dame tu voluntad!

—Subterráneos esclavos del Brasil o el Perú,
de oscura piel y testa de metal,
que hablan con la esfinge junto a las hebras de oro!
—Dadme la voluntad!

—Tú que te inclinas, fuerte labrador,
sobre la parda tierra y vienes con un haz
de espigas en los brazos!
—Dame tu voluntad!

—Cacique agasajado por tus cincuenta indias,
que sabes que los hombres blancos te robarán
tus tierras, y peleas y defiendes tu tribu!
—Dame tu voluntad!

—Inmigrante que llegas
con los ojos colmados de ambición pertinaz,
y aún crees que el oro corre por nuestros grandes ríos!
—Dame tu voluntad!

—Divino aventurero,
que remontas las vírgenes selvas del Paraná,
o te hundes en la fábula del enorme Amazonas!
—Dame tu voluntad!

—Caudillo,
que llevas tu rebaño de gauchos a matar
en mil revoluciones anónimas y obscuras!
—Dame tu voluntad!

—Domador,
que en la piel del bagual
hundes tu espuela y corres por los llanos de América!
—Dame tu voluntad!

—Maquinista, que alado como el Hermes helénico,
desenfrenas la rauda trepidación audaz
de los ferrocarriles en las pampas!
—Dame tu voluntad!

—Monje que vences la atracción del mundo
y eres el cruel mutilador carnal
de ti mismo, en la sombra de tu celda!
—Dame tu voluntad!

—Estilista o filósofo, poeta o escultor,
que tienes por destino la gloria de crear
nuestro eterno poema o nuestro símbolo!
—Dame tu voluntad!

—Aviador que sentiste oscilar tu aparato,
como una aguja loca frente a un monstruoso imán,
cuando vadeaste el último picacho de los Andes!—
—Dame tu voluntad!

—Joven, hermoso joven estudiante,
que pasas a mi lado por el aula y te vas
dinámico hacia el vértigo del saber insaciable!—
—Dame tu voluntad!

—Hermano que en la noche,
frente a los microscopios te inclinas a observar
la hirviente muchedumbre de los microorganismos!
—Dame tu voluntad!

Y tú que te entretienes, astrónomo, hasta el alba
levantando en la sombra tu gigante ocular,
hacia el espacio, como un frustrado artillero!
—Dame tu voluntad!

Vosotros, fundamentos heroicos del futuro!
Fuentes germinadoras de la América Austral!
Hombres, todos, de urbes o de pampas,
de mares o de selvas:

—Quiero la Voluntad!

PARÁBOLA DE LOS DISCÍPULOS

LLEGÓ el momento en que el profeta,
que predicaba la verdad,
y se envanecía de los discípulos fieles innumerables,
quiso saber
hasta dónde lo habían comprendido los hombres.

La ciudad de la prédica erudita
y del bello pensar,
estaba circundada
por un muro infranqueable y limitante;
y más allá del cinturón granítico,
todo era sombra,
sombra, sombra tentacular...

Cuando aquel Hombre,
juzgó que la muralla que envolvía
a la ciudad,
era muy alta y férrea y se estrechaba
cada día más,
como el diafragma de una enorme lente;
cuando notó en sí mismo la presencia
del ascua roja de los holocaustos,
rompió el eterno muro,
hasta abrir una brecha formidable
y hecho esto,
se lanzó, dando un grito, hacia la sombra
secular y envolvente.

Los discípulos vieron en la mortal tiniebla
fosforecer un lampo de luz clara,
que se alejó, y oyeron
con temor, el llamado familiar:
—Seguidme!
—Seguidme!
—Seguidme!

Algunos de los discípulos
se asomaron al borde de la brecha,
y extendieron los brazos,
huérfanos de vigor, hacia la sombra.

Otros,
lloraron largamente aquella hazaña,
y se taparon los oídos
con los puños,
para ahogar aquel grito que llegaba
de lo desconocido.

Otros,
recogieron fragmentos de guijarros,
que el esfuerzo del héroe había arrancado
del viejo muro,
y a las ferias llevároнlos,
para venderlos como talismanes.

Otros,
creyéndose más audaces, se fueron a sus pueblos,
a difundir las ideas
y narrar el famoso sacrificio
de *Aquel* que los guiara tantas veces.

Otros, en fin,
trataron de tapar la obscura brecha,
colocando pedruscos a montones,
hasta que al cabo de penosas décadas,
reconstruyeron el antiguo muro.

Todos, absolutamente todos ellos,
oyeron durante muchos años,
en el pozo de la conciencia,
resonar aquel grito:
—Seguidme!
—Seguidme!
—Seguidme!

Y sostuvieron trágicas polémicas
y guerras larguísimas,
para dilucidar cuál era de ellos
el que guardaba
mejor las enseñanzas del Maestro.

¡Así corrió la sangre por campos y montañas!

Todos oían el —"Seguidme"!— en la conciencia...
¡Pero ninguno se arriesgó en la sombra!

EL CANTO DE LA INTELIGENCIA

CANTA la Inteligencia ante el espejo
del Ser, mientras los ángeles la oyen
en éxtasis. Y cargan como abejas,
sin descansar, el éter de las noches,
la miel de las maderas infinitas,
guardada con el tiempo en cárcel de orbes!
Canta la Inteligencia! Y urde el drama
del universo, y el creador acorde
ondula sobre el tiempo. Igual que un rezo
usa, al ir hasta Dios, lengua de hombres!

Regresábamos todos en silencio.
Allá, sobre el candor del horizonte,
después de caminar miles de días,
vimos al fin crepusculares torres.

Eran de luz las torres solitarias
sobre el basalto obscuro de los montes
llenos de selvas negras y peñascos
e imposición de abismos y de cóndores.

Dejámoslas un día entre las cumbres
y a compartir la vida de los hombres
nos fuimos. Y hoy volvíamos los últimos,
en derrota, entre llantos y reproches!

Fué entonces que con gesto de mesiánico
y alzando frente a nos lujoso códice,
rasgó un hermano el mineral silencio
y al hablar condensó todas las voces!
Yo ví ascender su voz como ave gnóstica
del litúrgico labio hacia los orbes!

Volvamos a las torres, oh poetas!
Dejad al valle los tropeles torpes
gozando de sus trágicos deleites.
La humanidad, poetas, no nos oye,

ni oye labios de astros, ni el lenguaje
sabio de los espíritus concordes,
sino que en vaga luz de los instintos
marcha al silbo bestial de un dios bifronte
de hierro y oro, mientras largos odios
fermentan como el vino en los mesones.

Las seculares iras de los déspotas
se exaltan en venganzas inferiores.

Rugen los hombres hambres o lujurias
mientras naufragan en sangrientos choques.
Héroes en llamas suben a los tronos
y éstos caen en magníficos desórdenes,
y arrastran héroe y llama en su caída.
En lugar de los genios que transformen
en belleza la esfera gris que habitan,
y en luz y eternidad lo que conocen,
pudren los filisteos lo que tocan
y mientras van gritando a sus ex-hombres,
el Verbo, antes creación, mana tinieblas!
Los oprimidos, antros de rencores,
arman sus fuertes puños justicieros,
y no piden verdades sino apóstrofes,
y el puñal, la metáfora del bárbaro,
argumenta mejor que las razones,
mientras arden medusas vengadoras,
generaciones de videntes proles.

Ciclo de sombras sigue a aquél de hierro,
los trigos crecerán en tierra pobre,
que con ceniza y sangre están los surcos,
se rasgan de raíz robustos robles
y en las urbes, después de la masacre,
la muerte, única ley, danza en las morgues.

Los césares que caen y los que ascienden
ruedan hacia el maelstrom, nidal de vórtices.
Nuestros cantos se extinguen en las sombras!
Oh poetas, volvamos a las torres!

Encendamos las luces en las cúpulas
de incienso. En lo alto de los montes,
el silencio ha de intuir los grandes himnos
que corearán las almas superiores!
La idea, en los telares del espíritu,
con cristal hilará y rueca de orbes
un vestuario talar para nosotros
y sólo así, bajo las largas noches
que nos esperan, en quietud podremos
reunir los cosmogónicos acordes
en el hondo latir del alma humana
de la que somos hoy los sacerdotes.

La quieta paz, libertador oasis,
que en nuestra cima inalterable absorbe,
diáfana esponja, el zumo de los tiempos
que cuaja en rubios copos por las noches,
la miel de las maderas infinitas,
será propicia y leal a nuestros goces,
y la serenidad, nutriz del símbolo,
que se azula en el flanco de los bloques
de granito, y que ilustra la montaña
sobre la cual se afirman blancas torres,
llegará al interior de nuestras obras
y triunfará en los cantos multiformes!

Alcemos nuestras lámparas, poetas,
hacia el éter de oro en los bastiones!
Descifraremos el plural lenguaje
de las esferas, y en los amplios bosques
que nos circundan, nos dará el misterio
su orquestación de alondras y leones,
respondiendo a las músicas astrales
con resonantes rústicos oboes
ocultos en el fondo de los árboles,
y en la embriaguez del éxtasis, entonces
seremos como arpas interpuestas
entre el coro sin pausas de los orbes
y la voz más profunda de la tierra,
y el éter vagabundo que recorre

ese camino, arrancará en nosotros
himnos que llenarán los horizontes!

Escuchad, otra vez, grandes poetas!
Himnos para llenar los horizontes!

El alma, en viva arista de diamante,
filtrará aquel destello que los dioses
mandan a los mortales. Nuestras casas,
libres de las blasfemias del mediocre,
y la concupiscencia de las gentes,
tendrán la beatitud de las mansiones
celestes. Escondido en lo más íntimo
de nuestro corazón, estará el cofre
que escudará la luz de las ideas,
y entre mundos de estilos y de órdenes,
mitos de hierofantes y demiurgos!

¡ Sálvense allí los últimos valores,
del sacro amor al bien las normas íntegras,
la exaltación davídica del joven
con su guijarro cósmico en la honda,
la libertad del ser, que hace a los dioses
envidiar el horror de sus criaturas!

Guardaremos los áureos carbones
del pensamiento humano, herencia en llamas
que Prometeo les legó a los hombres
y que éstos mancillaron o vendieron.
Vigilará nuestro guarismo prócer,
para que el numen triunfe de las muertes,
y adquiera nueva lumbre y se remoce
al confundirse con la estirpe nuestra,
tal como el chipre de los viejos odres,
que vuelve a sus virtudes primitivas
al contacto vital con vinos jóvenes.

Penetremos, oh artistas, al santuario
para esperar a que el ideal retorne,
ya que forjarlo ahora es imposible

con odio y hierro y sangre, únicos dioses,
que hoy enredan el huso de los tiempos
y el débil haz de la belleza rompen.

¡Que mueran años y años, y las lunas
sus antorchas mil veces enarbolen!

Canten el drama estético del cosmos,
al definir su perfección, las torres.
Canten la piedra, el tiempo y el espíritu,
y arcos de himnos verticales formen,
puentes del pensamiento a las esferas,
que al arte eterno y a la ciencia imponen
misterios con el número de oro,
y ley con las celestes proporciones!
Las almas, templos de doncellas trágicas,
aguardarán en el silencio enorme
la llegada del Dios, cuya presencia
fecunda y crea con un leve roce!

No será nuestra ausencia huída estéril,
ni estaremos jamás de espectadores
infecundos, en medio del orgullo
impasible que tienen estos montes!

En un silencio de diamante aislados,
forjaremos las obras que los hombres
vendrán a venerar cuando sean dignos
de penetrar en las ebúrneas torres!

Allí estarán los pálidos reclusos
de esenciales virtudes portadores,
vasos que corporizan las hipóstasis
de la infinita luz de agudos bordes:
mitológicas olas de inmanencias!

Desarrollando blancas formas móviles
traerán miles de años de silencios
las nubes, como espumas que los dioses
levantan en el agua azul del éter,
y arrojan luego en torno de las torres

hasta ocultar su eterna arquitectura!
Allí el artista de brumosos nombres,
allí el pintor de extáticas pupilas,
y el ministril, geómetra de acordes,
allí el fluvial poeta de los símbolos,
allí el hirsuto fechador de cóndores,
allí el textil de un álgebra de púrpuras
que el cardenal y el mercader disponen,
allí los que aman las desnudas danzas,
allí el sabio que ahonda en los crisoles,
allí el descubridor de continentes,
allí los que dan cántico a los bronces,
allí el formulador de la ley ética,
y el que pule metálicos azogues,
allí el compositor y el sabio uránico,
allí el devoto del difícil goce
de encadenar los astros con los números,
allí el que triunfa en las arcillas dóciles,
y arúspices del logos y el silencio,
y escoliastas de espumas en las noches,
y los ungidos por la luz febea
y los profetas de las religiones.

Mirad, entre tinieblas, las columnas:
en surtidor de tiempo, con desbordes
de mundos, cada hogar alza su ritmo
sobre el nocturno planetario bosque.
La columna ha de ser gracia e imperio,
la espiral en su mármol se recorte
con una veta azul, como en las sienes
la sangre que circula anuncia al orbe
un mineral que duerme tras la frente
y es de la idea anticipado goce.

Junto al río del ser la torre vuélvese
cada vez más aérea entre los montes,
nieve que incuba en sí fuego en capullos,
cristal que el viento agita y que no rompe,
tallo que da la flor sin ningún pétalo
del canon, y es la música del orden!

Por las estancias sin cesar circulan
paso a paso, con lámparas, los hombres
que rinden a la helada inteligencia
y al cuadrante dialéctico, sus noches.

Muévense matemáticas de carne
que en silencio calculan las secciones
doradas, ese mito de las ínsulas
platónicas, con cargas de valores
demiúrgicos bajo astrales círculos.
Y en la flor, y en el tiempo y las funciones
del volumen, en órbitas, y muslos
de las diosas, y en todos los resortes
de lo vital, ya es música o es plástica,
y afirma con su lógica uniforme
la ley de oro del cosmos, que en los genios
arde con misma hoguera que en los orbes!

Las torres de marfil serán sonoras
bóvedas de concilios creadores.
Inaccesibles cúspides jerárquicas
en sus agujas se herirán las noches!
Tempestades traerán vientos y nieblas
mientras se dicta adentro el isagoge
de una verdad de siglos, bajo el numen
y la blancura del frontal de Sócrates!
Islas de luces y anchos archipiélagos
alumbrarán las sendas como hachones
y flechas en la rosa de los vientos,
para dar su esperanza al galeote
e infundir la belleza entre los réprobos,
y luego guiar las múltiples cohortes
de las glebas indómitas o crédulas,
y decir a los mudos Laocoontes
que esbozan balbuceos milenarios,
que allá donde ejercitan sus galopes
los fríos vientos de las cumbres ásperas,
están los claustros de marfil, insomnes
y desvelados en forjar ideales,
y que aquellos santuarios de evasiones

son los únicos solios de la tierra
en donde la verdad no se corrompe.

Ya al fin del canon y el fervor monástico
de la Edad Media, los piadosos monjes
que guardaron oculta entre las bóvedas
la antigua luz de Grecia: el Nous! y el orden
del humanismo, al entregar Bizancio
su llave a las asiáticas legiones,
emigraron a Italia y difundieron
en épocas de sangre, insignes códices,
la ley de oro se posó en las frentes
y, emancipado al fin, gozaba el hombre
la unánime embriaguez de arte humanista
del gran Renacimiento.
¡Que estos montes
en donde se cimentan nuestros pórticos,
hoy sean los santuarios salvadores,
del Nous griego el secular resguardo!

Y que entreguen al tiempo nuestras voces
la eterna y clara ley mediterránea,
junto a la jerarquía de los nombres
divinos, y en los ámbitos del logos,
la hoguera de los ojos de Aristóteles
trace igual rumbo al cosmos, a la idea
y a la belleza musical del orden!

Nosotros, en los siglos venideros,
cuando cesen las grises hecatombes,
cuando las razas busquen las Ideas,
y den olvido al criminal deporte,
cederemos al hombre los imperios
que supimos guardar en nuestras torres!

Ya al pie de los gigantes monumentos,
la voz que condensó todas las voces
se apagó.
Un gran silencio fué posándose
sobre el mundo, en la luz color de bronce.

Volvimos la cabeza hacia los seres;
desde el umbral de las serenas torres,
miramos hacia el valle.

Igual que hormigas,
aquellos que creíamos apóstoles
seguían impulsando a los efímeros
en formidables círculos atroces,
y allá en los llanos, con brutal tumulto,
proseguían abriéndose los goznes
de los odios.
Formaban los mortales
apenas una mancha obscura e informe!
Y qué pequeños eran! En la cumbre
no oímos ni sus ayes ni sus voces.
¡Técnicas transformábanlos en máquinas
bajo el moldeo de incesantes golpes,
la libertad y el alma aniquilándoles!
Apenas si eran cifras, o resortes
del gran todo, o tenazas de otros ídolos,
e iban a guerras sin saber adónde,
o emigraban, con cantos fronterizos,
y horribles coros del instinto nómade!

La madre tierra, muda los ungía
bajo el azul, con el dolor de Niobe,
viendo morir sus hijos junto a ella
bajo flechazos de imprudentes dioses,
y una angustia titánica de siglos
llovía de sus órbitas inmóviles.

Ah, pero en los pueblos y en los campos,
no abandonaron su furor los hombres!
Nosotros les enviamos un sollozo.
Adiós, y entramos en las altas torres!

¿Cantan el drama estético del cosmos,
bajo una ley de perfección, los montes?
¿Cantan la piedra, el tiempo y el espíritu,
y arcos con himnos verticales y órdenes,

legisla el pensamiento a las esferas,
y un ritmo eterno en cantos les impone?
¿Canta la Inteligencia ante el espanto
del Ser, mientras los ángeles la oyen
en éxtasis? ¿Ya cargan como abejas,
sin descansar, el éter de las noches,
la miel de los panales infinitos
guardada con el tiempo en cárcel de orbes?
¿Y Dios? ¿Es la dinámica del número?
¿Está allí o está en nuestras intuiciones?

Canta la Inteligencia. Explica el drama
del universo y el creciente acorde
ondulaba sobre el tiempo. ¡Igual que un rezo,
usa al ir hasta Dios, lenguas de hombres!

EN EL BANQUETE DE UN FILÓSOFO

Leído en un homenaje a Carlos Vaz Ferreira

LA frente
alta, por infinitos pensamientos.
Torre de inspiración y de energía.
Goza ese hombre la fáustica alegría.
Callen, ante él, los vientos.

La mano
traza en la sien su pálida aureola.
En actitud de orar o de soñar,
un hombre ve la inmensidad del mar.
Calle, a sus pies, la ola.

Los ojos para el tiempo,
condenados a dar siempre una estrella.
Un hombre opone a la alta llama bella
el muro del frontal, y ve al momento
que arde, oh misterio, en ella!

De pie, frente a una selva,
mientras mira pasar generaciones,
de uno sé que perdura sin variantes.
El lee, sobre el abismo, en los instantes.
Así ve el ir de meses y estaciones.

Viene de la razón, rosal de Sócrates,
su palabra que es norma y acto puro.
En su pensar yo creo.
Dice él de la verdad: una intuición divina
que trae la luz al universo oscuro.
Con ascua que ilumina,
cede una flecha Apolo a Prometeo.

¿Cuál es el que da espíritu?
¿Cuál el que en las tinieblas guía y crea?
¿Cuál con dagas de luz su carne hiere?
¿Cuál del Vino y el Pan alzó la idea?
¿Cuál halla en lo fugaz lo que no muere?

Yo sé.
La frente
maciza de infinitos pensamientos,
está el filósofo.
Vedlo: torre de luz y de armonía.
Sagrada es su alegría.
Que silencien las olas y los vientos.

BELLEZA DE LOS NÚMEROS

ESA granada
abierta
deja caer un líquido sonrosado;
gota a gota,
es el agua de una peña.

El cuerpo de la granada,
oculta las figuras

de la geometría,
los módulos del ser,
y en cuarzos vegetales,
emerge entre el obscuro follaje
como el mineral en la tierra.

Pero, abejas arriban a la granada,
colmenar de un instante,
como las músicas de la inteligencia
llegan al colmenar de los números.

Yo me acerqué a la fruta.
Las abejas
huyeron,
airadas.
Volaron también números
de mi razón.
No se sabe cuando.
Ella los creó, y de allí salieron.

¿Lo hicieron para no volver jamás?

Los números, combinados,
constituyeron en alas de los eternos númenes,
notas musicales.
El himno de los mundos,
el secreto de cañas y de olas.

La música
devolvió los números
a la razón.
Y ellos volvieron,
abejas con otra miel.

Mira:
de la granada abierta,
cuando las abejas la frecuentan y hieren,
cae un licor transparente.

De igual modo,
yo sé de una frente que cuando se oye música,
deja caer por los ojos
una lágrima,
toda de claridad y beatitud.

INVOCACION DE PROMETEO A LA NOCHE

A Francisco Romero

NOCHE, trágica noche!
La última, en los siglos
del déspota. Preludio
de los hombres divinos!

¡Lanzarán mis criaturas,
como deicidas flechas,
llamas rompiendo anillos
cerrados de tinieblas!

¡Noche, argentada noche,
dame tu leche eximia,
para llenar con ella
la copa de las cimas!

¡Noche, pánica noche,
dame tus uvas negras,
para mezclar con sangre
el vino de la idea!

¡Noche, orgullosa noche,
Dame tu ceño adusto,
para imprimirle eterno
carácter a mi orgullo!

¡Noche, insondable noche,
dame tu sombra enorme,
para sentirme libre
del odio de los dioses!

¡Noche, callada noche,
dame tu astral semilla,
para animar el barro
de la esperanza mía!

¡Noche, virgínea noche,
dame tu himen perfecto,
para arrojarlo al fondo
del Ser, y defenderlo!

¡Noche, cóncava noche,
dame tu curva etérea,
para hundir en los cielos
las luces de mis flechas!

¡Noche, unitaria noche,
dame tu pelo undoso,
para llorar a solas
ocultándome el rostro!

¡Noche, intuitiva noche,
acógeme en tu seno,
para que halle más pronto
la aurora que yo espero!

¡Noche, gigante noche!
Tú me darás mi aurora!
más que todos tus dones,
quiero esa luz gloriosa!

El alba que yo espero,
coexiste con los tiempos.
De ella, y no del dios déspota,
nacerá el Pensamiento!

Si no me das la joya,
simiente de tu entraña,
noche, egoísta noche,
mejor no me des nada!

Alba que ha siglos viene
germinando en los orbes,
en un contacto único,
yo la daré a los hombres!

Ya te lamentarás
si no me satisfaces!
Llamas de astros no vistos,
subirán de los mares!

Noche, ya están llorando
tu futura desgracia,
las esfinges que obstruyen
los caminos del alba!

Oh noche, yo te invoco,
y dicto esta sentencia:
si no me das mi aurora,
quedarás sin estrellas!

Pues rasgaré los bordes
de tu urna invertida,
antes de tiempo. ¡Triunfe
la eternidad del día!

Ya arrojan mis criaturas,
como deicidas flechas,
llamas, rompiendo anillos
inmensos de tinieblas.

Noche orgullosa y pánica!
Noche, mito gigante,
noche virgínea y cóncava!
Noche, acto insondable!

Mi canto te da muerte:
¡Ya se escucha en los siglos
del déspota, el preludio
de los hombres divinos!

"EL CASTILLO INTERIOR"

1917

LAS MORADAS DE CRISTAL

TENGO un oculto y fiel retiro
en comarca de ideal;
hay luz de diáfano zafiro
en mis moradas de cristal.

Yo consagré toda la vida
a cultivar el propio erial:
mística estrella, está encendida
en mis moradas de cristal.

Al sol del aura me santiguo
con gesto ingenuo y patriarcal,
mientras resuena un bronce antiguo
en mis moradas de cristal.

Yo bebo el agua azul del cielo
en proceloso manantial,
cuyo cauce fecunda el suelo
de mis moradas de cristal.

Una ascua roja llevo ardiendo
sobre mi carne emocional,
y poco a poco voy muriendo
en mis moradas de cristal.

Me he reclinado hacia mi abismo
al ver la bruma fantasmal,
que se levanta de mí mismo
en las moradas de cristal.

Huyo del vicio y de las fiestas
y del tumulto mundanal;
no hay voces torpes ni molestas
en mis moradas de cristal.

Sólo conservo como amigo
un cuervo ascético y feral,
que me trae pan de rubio trigo
a las moradas de cristal.

Tengo la carne enardecida
por la fe, y poseo el caudal
y la clave de la otra vida
en mis moradas de cristal.

Y cuando rezo mis latines
con voz profunda y doctoral,
se sutilizan los jardines
de mis moradas de cristal.

Callado y grave hilo en mi rueca
diáfano copo celestial,
con mano sarmentosa y seca
en las moradas de cristal.

Y entre los ámbitos internos
la ola gris del bien y el mal,
va por los círculos eternos
de mis moradas de cristal.

La luz de Dios al infiltrarse
entre mi urdimbre material,
va sin romperse ni mancharse
por mis moradas de cristal.

Y si la muerte viene hoy mismo
me sacará entre su sayal,
en santidad de misticismo,
de mis moradas de cristal.

LOS ROSALES DEL MITO

(Sólo Dios basta
S. TERESA DE JESÚS)

HOY estoy solo en mi jardín cerrado.
La soledad me inicia en su concierto,
dentro del horizonte limitado
que prolonga los pinos de mi huerto.

Flota en las cosas una nube oscura
y al pie de inmóvil y callada fuente,
los cipreses levantan a la altura
su angustia inmemorial y confidente.

En un rústico altar, misa celebro
de todas las pasiones olvidado,
y para siempre se halla mi cerebro
por fulgor de crepúsculo nublado.

Mi carne era rebelde y pecadora,
mi orgullo avivó el fuego heraclitano
de los senos y labios, pero ahora
como un perro servil unge mi mano.

Carne mía, no gozas los cantares
de Salomón! El libro de los días,
para siempre se ha abierto en mis altares,
frente al treno inmortal de Jeremías.

Ya nadie me recuerda. Cenobita
descalzo yo comulgo en el olvido.
Una música, astuta e inaudita,
me preludia la sangre en su latido.

En mi no se oyen voces tentadoras
y en mi cuadrante o dédalo sonoro,
el colmenar diurno de las horas
se convierte de noche en astros de oro.

De mi claustro interior en la penumbra
vivo, con la oración y el relicario;
hasta la cima del dolor se encumbra
con la serpiente, el cuerpo solidario.

Y entre mi vida de silencios llena
se profundiza cual mirada pura,
esa quietud pacífica y serena
que en la luz de los ópalos perdura.

Con cenicienta mano me santiguo,
pecho y frente encendiendo en acto y drama,
mientras aclaro el gran misterio antiguo
de la Escritura; la Verdad es llama!

La llama de la fe, como una tea
inextinguible agítase en el fondo;
su luz dorada en mi interior gotea
y un surco abre, cada vez más hondo.

Al resplandor del alba me levanto,
y en atmósfera mística y profunda,
matizo la oración con algún canto
para loar la soledad fecunda.

La soledad, la soledad amada.
La soledad, la soledad que ora.
La soledad, la soledad sagrada.
La soledad, la soledad creadora.

Como al flanco del Justo, larga herida
me abrió el dolor. Mas soy el hombre fuerte;
vaticino la muerte de mi vida,
pero anuncio que vida hay en la muerte.

Mi ermita en el recodo del collado
es un carbón de la celeste fragua.
Tengo en ella un pulido y anticuado
casco de calavera para el agua.

Cuanto más pobre sea, soy más rico.
Dios envía a mi huerto rusticano,

un cuervo que me alcanza con el pico
el humilde alimento hasta la mano.

Un ruiseñor que en encendido vuelo
trae la música azul en su garganta,
y una paloma para enviar al cielo,
la oración que en el labio se levanta.

—Lo demás todo es vano y desagrada
al Señor.— Los tesoros son engaños
que poco a poco lleva hacia la nada
el viento del momento y de los años.

Rota y sin forma está mi vestidura.
Para el Señor mi barro he de guardarle.
Mi carne lacerada, pero pura.
Es todo lo que tengo que entregarle.

La lepra me acaricia cual si fuera
la espada del arcángel. No la temo:
y no es más fuerte el beso de la hoguera
que esta ascua subjetiva en que me quemo.

Cuanto más acentúase mi herida
inúndame un clarísimo alborozo.
Y gozo con la muerte de mi vida
y ya la clave de los cielos gozo.

—Salve, ascetas herméticos del Nilo.
Cómo envidio la estirpe formidable
de vuestro sabio corazón tranquilo,
ante el potro y la hoguera, imperturbable.

Ya vislumbré una luz en la tiniebla,
ya percibí un sonido entre la nada.
Ya despejé la inconmovible niebla
que oprimía a mi carne atormentada.

Me da la fe su luminoso broche;
los hombres en su fiebre engañadora
caminan de la luz hacia la noche.
Yo marcho de la noche, hacia la aurora...

El arpa de los astros, armonías
del cielo trae, en musical tesoro.
Y en el huso hilandero de mis días
ha enhebrado el silencio hilo de oro.

Mi vida en densa soledad descansa
taciturna, sin fáciles querellas. —
Pues refleja mejor el agua mansa
que el torrente, la luz de las estrellas.

Con el brutal cilicio y la amargura,
sereno y dócil a la muerte sigo:
tierra que bien se ahonda y se rotura
es la que da en la siega mejor trigo.

Iré hacia la última conquista
en pobreza y sin pompa, magro y fiel.
Las abejas más bravas del salmista
sobre mis huesos libarán la miel.

El Señor, con la fe que me acompaña
hará un lucero de oro en el camino,
e hilará con las fibras de mi entraña
la blancura litúrgica del lino.

Mi vestuario talar será entregado
en el invierno, a las sencillas gentes:
y servirá mi cráneo descarnado
para arrojar al surco las simientes.

Y mientras yo florezca bajo el agro
y el alma emprenda vuelo al infinito,
en mi tumba arderán luz de milagro
los rosales del mito.

VILLANCICO DEL ABEJAR

EL cuerpo de Cristo
Es el abejar.
Las abejas vienen...
Las abejas van...

Firme la mirada,
Clavado en la cruz,
Ve cómo se extiende
Su prole Jesús.

El cuerpo de Cristo,
La casa de miel.
La boca es la entrada,
Sonriendo está Él.

El sonoro enjambre
Hace su reunión,
Oh, blando racimo,
Sobre el corazón!

La caja del cuerpo
Es el abejar.
Ya aumenta el enjambre!
Todo ha de llenar!

Colmará los mundos
Aquel corazón.
Día a día crece...
Rica enjambrazón!

El cuerpo de Cristo
es el colmenar.
Las abejas vienen...
Las abejas van.

Conozco una abeja
Que no quiso entrar.
Una abeja rubia
En el abejar.

Libaba en las llagas
De manos y pies.
Llegaba a los labios
Y huía después...

Un día el prodigio
Todo el mundo vió.
Jesús en sus labios
Flores colocó.

Lirios de los prados,
Luceros de miel,
Para aquella abeja
Colocara Él.

La abeja acercóse
Y la miel probó.
Y en cárcel tan pura
Morando quedó.

Abeja que entrara
Por puerta de miel!
Hoy es la más santa
Del enjambre aquel...

El cuerpo de Cristo
Es el abejar.
Abejas que vienen...
Ya nunca se irán...

Sonetos de "Los Vasos del Milagro"

BAJO UNA LUZ DE ALMENDROS FLORECIDOS...

BAJO una luz de almendros florecidos
el jardín se adormece, y la mañana,
cristal de eternidad, en la fontana
deja temblores de ilusión perdidos.

En la urdimbre sutil de los sentidos
se dilata la vida, soberana
y fecunda, circuida de una arcana
resurrección de pánicos latidos.

Tu pupila naufraga en la distante
plenitud de mi huerto de claveles.
—Sí...— Ven a mi retiro luminoso,

que en estas claridades de diamante
para gustar tus mieles y mis mieles,
mi corazón será vaso precioso...—

TUS OJOS PARDOS A MIS OJOS RIGEN

TUS ojos pardos a mis ojos rigen.
Sus fulgores me atraen y me ciegan.
Mis torres más gallardas se doblegan
a las flechas de luz que ellos dirigen.

Esta noche yo ansío que se fijen
en mí tus ojos de ágata, que riegan
sobre el alma sus luces, y la anegan
en resplandores de celeste origen.

Mis sueños, con sus élitros brillantes
naufragan en tus fúlgidos instantes.
Y cuando yo te pido que me mires.

mis penas, a la luz de tus miradas,
tiemblan como serpientes encantadas
bajo la majestad de los fakires.

EN MI REINO INTERIOR GUARDO UNA URNA...

EN mi reino interior, guardo una urna
de ébano, con abejas de diamante.
En su sombra se oye a cada instante
el ritmo de mi vida taciturna.

Cuando en mi vasta soledad diuturna,
lloro la ausencia de tu apoyo amante,
cae en la urna un ópalo gigante
que es una enorme lágrima nocturna.

Ruedan las joyas, sin cesar, calladas...
Hora tras hora mi interior se integra
y se colma en silencios dolorosos.

Ya veo con pupilas asombradas,
que se derrama de la urna negra
el caudal de los ópalos preciosos.

EL ROSAL INTERIOR, BAJO LA NIEVE

EL rosal interior, bajo la nieve
de una secreta angustia se deshoja.
Estamos solos. La pupila roja
de una voluble lámpara se mueve

sondeando tinieblas. Nos conmueve
el ruido más pequeño, y nos depoja
de toda intimidad la paradoja
que dice el labio cuando a hablar se atreve.

Tiemblan tus manos pálidas y frías
entre mis manos. Tus pupilas nievan
pétalos blancos del rosal interno...

Ya tus venas, — tan tenues! — y las mías,
son azulados cauces que nos llevan,
y para siempre, hacia el olvido eterno.

LLUEVE. LA BRUMA DE LA SIERRA AVANZA...

LLUEVE. La bruma de la sierra avanza;
todas las formas del misterio crea,
al invadir las calles de la aldea
y los húmedos campos de labranza.

En la alcoba, una frágil remembranza
de soledad nostálgica aletea...
Y en claras suavidades de azalea
nos une nuestra íntima esperanza.

Los melodiosos plátanos del huerto
doran sus hojas con un oro muerto,
sueñan y entre penumbras se diluyen...

Lloro porque en la tarde que se esfuma,
nuestros anhelos imposibles huyen
en los blancos corceles de la bruma.

HASTA MI CUARTO ASCIENDEN LOS RUMORES...

HASTA mi cuarto ascienden los rumores
de la noche. Percibo bien los ruidos
de la urbe, allá abajo. Mis sentidos
se aguzan en la sombra, y los ardores

de mi sangre, con miedos interiores
combaten. — Noche inmensa: tus latidos,
son los del corazón de los vencidos.
sombría estás de ver tantos dolores.

Me he asomado a la ventana abierta.
Y Dios...? La soledad me desconcierta
y el gemir de los vientos infecundos.

Así me quedo lívido y comprendo:
en mi espíritu — oh noche — están cayendo
lágrimas, que no lumbres, de tus mundos.

BAJÓ EL MINERO A LA PROFUNDA MINA

BAJÓ el minero a la profunda mina.
Lloró, sufrió... Y de tierra americana
trajo, para las novias que mañana
él ni verá! la piedra-diamantina.

Se hundió el esclavo en la extensión marina,
Lloró, sufrió... Mas de la onda arcana
alzó perlas, que en hora muy lejana,
darán a otras amantes, luz divina.

Dolor de extraer joyas del abismo
y versos de la entraña de uno mismo.
Tampoco yo he de ver como encendidas

de amor, — bajo qué cielos... besarán
mis joyas, las futuras prometidas,
mis versos, las amadas que vendrán.

HOY HE VISTO A PEGASO EN EL DIVINO...

HOY he visto a Pegaso en el divino
momento de volar. La bestia errante
venía con galope resonante
bajo el fulgor del zodiacal camino.

Por una coincidencia del destino,
paró a mi lado. Sólo fué un instante:
admiré firme casco, piel brillante,
y un reflejo en los ojos, sibilino.

Maniobrando en la pista azul del viento
dió a sus formas los ritmos más profundos.
La curva etérea resonó a su lado.

Músicas fué a buscar del firmamento.
Vi rodar joyas, briznas de otros mundos,
desde las crines del corcel alado.

EN LOS GRANDES ESPEJOS BISELADOS

EN los grandes espejos biselados,
de nuestra casa colonial, se aprieta
una atracción sumisa de agua quieta,
y un sopor de silencios asombrados.

Recorro con los iris dilatados
el terciopelo de la sombra neta:
y me levanto, y con mano inquieta
busco el gran ventanal por todos lados.

Al abrirlo me asomo a los nocturnos
follajes de los huertos taciturnos.
Y suben hacia mí, con un tesoro

de luctuosos recuerdos familiares,
perfumes de los mirtos seculares,
entre aroma sutil de acacias de oro.

HAZ QUE VIBRE EN EL COFRE DIAMANTINO

HAZ que vibre en el cofre diamantino
tu cincel, con suavísima prestancia.
Perpetúa en metálica sustancia
la eterna forma de un perfil latino.

Persevera en la obra, con divino
gesto, y cuando te agobie la constancia,
lleva tu mano al corazón y escancia
en cincelada copa, rojo vino.

Libre del vasto vulgo que te ignora,
maneja tu cincel hora tras hora.
Hasta ilustrar la lírica presea

con heráldicas sílabas de oro,
que anuncien en el ámbito sonoro
la aparición y el triunfo de la idea.

LABRA TU VASO LENTAMENTE, E IMPRIME...

LABRA tu vaso lentamente, e imprime
sobre su grácil línea, tus cinceles.
Avances de guerreros en tropeles,
fija en sus curvas con fevor sublime.

Si en busca de la eterna forma gime
y naufraga tu afán, no te rebeles:
y recoge los vinos y las mieles
que tu cansado corazón exprime.

Cuando des término a tu obra, acaso
oigas del vulgo el estupor sonoro.
En ningún tiempo has de seguir sus huellas.

Levanta, nada más, al cielo el vaso.
Verás que cae en su interior el oro
líquido, que derraman las estrellas.

ENTRE NUBES ESTÁ LA LUNA LLENA...

ENTRE nubes está la luna llena
sobre la fría pompa del estuario;
de tiempo en tiempo brilla en el sudario
del cielo azul, alguna astral falena.

Clarín, o aguda música resuena,
vibrante sobre el órgano suntuario
del río, y por el bosque solitario
sube una bruma elástica y serena.

Las hojas muertas, en constantes giros,
al leve impulso de los vientos siguen.
Yo, cazador, aguardo en la tiniebla.

¿No va la luna en campo de zafiros
como garza real a quien persiguen
los bravos gerifaltes de la niebla?

EN LA DULZURA DE TU PELO APAGO...

EN la dulzura de tu pelo apago
esta sed de llorar que me domina.
Tu cabeza nostálgica se inclina
sobre mi pecho, y nótase un halago

de beatitud en el silencio mago
del sauzal, mientras diáfana neblina
flota con indolencia bizantina,
sobre la tersa suavidad del lago.

Rueda la luna de una nube al cielo
como cae un anillo de un pañuelo.
Y cuando elevas sobre el pecho mío,

tu cabeza de astrales claridades,
vuelca la noche en nuestras soledades
nebulosas, en cósmico rocío.

FRENTE AL AZUL CREPUSCULAR CONSAGRO...

FRENTE al azul crepuscular consagro
largas horas en ver los labradores,
que del día a los últimos fulgores,
trigo moreno arrojan en el agro.

Puro, como surgido de un milagro
de Asis o Siena, un hombre va, y con flores
se corona, al sembrar trigos mejores
desde el lomo obediente de su onagro.

Adquiere todo una expresión sagrada
de otra edad. Se adormece fecundada
la removida entraña de los campos.

Y allá en las casas, sobre el aire denso,
pausado eleva sus azules lampos
el humo del hogar. Yo digo: incienso.

EL AGRO, LLENO DE RUMORES, GUARDA...

EL agro, lleno de rumores, guarda
como vaso litúrgico el aroma
fecundo del estío, y en la loma
el calor de las siestas acobarda.

Detiene el paso la pareja tarda
de los bueyes. Desciende una paloma,
y se inclina hacia el surco en donde asoma
grano de trigo entre la tierra parda.

El labrador se yergue sudoroso,
abre el puño y lo extiende hacia el reposo
de la llanura ardiente que abochorna.

Y la paloma aléjase inexperta.
Pero en seguida del azul retorna
y pica el trigo de la mano abierta.

¿Y SERAN, NOCHE AZUL, TUS HIJOS DE ORO?...

¿Y serán, noche azul, tus hijos de oro
sólo arenas, que el río milenario
del tiempo arroja en ti? ¿Y en ese estuario
se ha de ahogar hasta el último tesoro?

Fuera de mí todo lo que hay ignoro.
Pero sé que Dios dice al solitario
que aquel torrente prodigioso y vario
no es arena, sino sublime coro,

sin pausas... Y hay, tal vez, astros que luchan
o se aman bajo leyes de armonía.
Para oírlos me encierro en mi palacio,

mi Castillo Interior, donde se escuchan
cánticos que Pitágoras sabía
buscar en las esferas del espacio.

ASTROS, TUVE EN EL ALMA...

ASTROS, tuve en el alma. La espesura
de mi interior ardía en mil fulgores.
Eran mundos o estrellas que eran flores
de luz, allí como en la noche oscura.

Después, tú me inundaste de blancura,
y diáfano escuadrón de resplandores
yo ví avanzar en mí con los ardores
de un estío de llamas y hermosura.

Me ceñiste a tu ensueño, en un derroche
de eternidad. En tus pupilas bellas
antigua fe se estremeció encendida.

Toda tu aurora descendió a la noche
de mi alma. Y las íntimas estrellas,
una a una apagáronse en mi vida.

LA ALEGRÍA DEL CÁNTICO

A Alicia Goyena.

Cantar,
cuando tu vida se inicie a germinar.

Cantar
hacia la aurora, que empieza a iluminar.

Cantar
frente al camino, monstruoso y secular.

Cantar
bajo las puertas del extranjero lar.

Cantar
si te domina la tristeza de amar.

Cantar
si pitagórico, quieres filosofar.

Cantar
frente al misterio del inconstante mar.

Cantar,
porque tu carne ya intenta vacilar.

Cantar
la inevitable duda crepuscular.

Alegría de existir!
Alabanzas al Ser!

Alegría de nacer,
y crecer y morir.

El canto te ha de dar
otro mundo en los mundos.

Cantar,
Cantar,
Cantar!

EL DRAMA DEL PAN

RITMO sagrado que avanza.
Maravilloso concierto.
La danza
por el campo abierto.

—¿ Qué ves? — Espigas. Espigas.
Se inclinan. Así — hacia adelante.
O atrás. — Graciosas, se incurvan
con el viento errante.

Una música
muy hermosa ha de tocar
la grave orquesta de árboles.
Las espigas no cesan de danzar.

Llanos de trigos y trigos.
Espejos de fuentes.
Trenzas de rubias doncellas.
Morenas frentes ardientes.

Noche. Tallos que llaman, ansiosos...
Arriba, asoman celestes pasajeros.
Gritan, riendo, las espigas.
— Descended, oh, luceros !

Ya bajan ellos..
Qué músicas se empiezan a oír !
Armonías que hay sólo en los sueños.
Los pájaros no cesan de aplaudir.

— Coros ! Olas de pánicas rondas y fiestas.
Parejas que a amar aprenden.
Los farolillos
las luciérnagas encienden.

Y nupcias.
Unión profunda y divina

de astros y vírgenes de rostro moreno.
La espiga se da, y germina...
Cada una siente en su seno
un hijo de blanda harina.

Los héroes huyen al cielo.
La espiga ríe a la aurora.
Mas, ¿por qué el viento trae ahora
esta otra música
de la trilladora?

Se anuncia el martirio horrendo.
Ved la hecatombe de oro.
América, tierra de los nuevos hombres.
— La trilla en el campo sonoro.

Ruedas de metal cantando
dentro del molino van.
Graneros, hornos, el fuego !
Dios es el drama del pan.

Lírica, libre ola que nunca descansa.
Maravilloso concierto.
La danza
de los trigos
llena el antiguo desierto !

PERSEO EN LOS AIRES

MÁS allá de los fáciles límites habituales,
lejos de donde se hunden las sondas inexpertas,
yo escuchaba en mi carne los lamentos fatales
de una sombra que erguía sus alas entreabiertas.

La diosa que auspiciara remotos ideales,
tanto tiempo, sufría en regiones desiertas
y obscuras de mí mismo. Y sus ojos rituales
copiaban las pupilas ya de las formas muertas.

Hoy tiemblan, y hasta huyen enigmas interiores.
Se escuchan en mi espíritu hosannas y clamores,
y un goce innumerable se asoma a mi deseo.

Prolóngame salvaje dolor en carne viva.
Y en el fondo del alma donde yace cautiva,
ha vislumbrado Andrómeda el casco de Perseo.

CÁNTICO A TERESA DE JESÚS

I

CON andar grave y dulce cruza por los santuarios,
sembrando en almas puras límpidas bendiciones.
Semillas en los limos de claros corazones,
como lluvia en las siembras y sol en los osarios.

Católicas sapiencias en los antifonarios,
interpreta, con largos silencios y oraciones,
y sus labios congregan angélicas legiones
que ella guía en ejércitos por cielos visionarios.

Bajo las claridades de la inviolada toca
florece la amatista cinérea de la boca.
Se hinca de rodillas con dignidad segura.

Éxtasis. — En la bóveda tenaz de su mutismo
su alma, comprendiendo el dolor del abismo,
se enciende en una lágrima de amor y de dulzura.

II

Cuando eleva los cantos, parábolas o temas
de teología, envuélvenla inciensos de maitines.
Palomas de la lógica cruzan por los jardines
de su espíritu, cátedra de sagrados problemas.

Las custodias de Ávila con sus llamas y emblemas
brillan en sus pupilas, y desde los confines,

hacia sus labios bajan diáfanos serafines,
que le llevan a Dios las palabras supremas.

Las vastas soledades nocturnas de Castilla
la miran en sus sendas. Los vivos alabastros
de sus manos, son lámparas en la ruta lejana.

Sábese que en la calma de su huerta sencilla
de su trigal interno recoge trigo de astros,
que ofrece al tormentoso palomar de Pastrana.

III

Al Castillo de la Santa.

Castillo en luz de cielo. Refugio diamantino
que defienden las góticas leyes inaccesibles.
Celeste imaginaria de arcos impasibles
y esculturas con bóvedas de llamas y oro fino.

Castillo con moradas de ambiente cristalino
lejos de las metáforas mundanas y terribles.
Templo de siete torres armadas de inflexibles
flechas, con los tesoros del corazón divino.

Mis sueños, en cruzadas, a tu ciudad de angustias
fueron y doblegaron sus alabardas mustias.
Guerreros, penitentes, de seca y ancha sien

como amarillas hojas... Después, se arrodillaron
mis sueños en tus puertas, y con fervor gritaron:
—Venga a nos de los cielos, el aúreo palafrén!

"EL NARDO DEL ANFORA"

1915

I

LA tarde ya se esfuma.
La última armonía
de un lampo de luz roja quedó en el cielo escrita.
Con un hilo de penas humildes y sencillas
enhebro, en mi silencio, el collar de las rimas.
Todo se entrega a una placidez de agua flúida.
El cielo se obscurece y el jardín, como el día,
son, entre la penumbra, vaguedades perdidas.

Diafanidad en fuga. Grises alegorías
van, y la pesadumbre de mi jardín habitan.
Se acentúan los planos; la soledad trasmina
su fragancia en los árboles, donde sombras magníficas
velan e integran todo.
Y, en la dulzura límpida
del sendero con rosas, mi ánima en sí misma
se repliega, a escucharse a media voz, vencida.

Soledad. Vino sacro. O más aún: poesía,
que te extiendes en toda la quietud infinita
del jardín alfombrado de hojas amarillas.
Tú, que sin vernos, reinas metálica en las cimas
de la carne y del alma.
Que tu ternura diga
cuán honda es la tristeza que en los tiempos germina
y dora de astros muertos la cuesta de mi vida.

Oh soledad. Celeste vino. Y más: poesía.
Si hay una pitagórica música en las marchitas
hojas que están cayendo de los árboles, dímela.

II

En la noche, tu alma, bajo un temblor de mantos
intangibles, recoge sus alas y a mi lado
se aduerme, en plenitud de éxtasis.
Un abrazo
inmaterial conmueve mis fibras, y un arcano
fragante se abre entonces a nuestros pies. Lloramos
en silencio, y sentimos presencias de los astros
sonoros, en la música que brota de los labios.

La frente de la noche guarda aún los dorados
números que Pitágoras grabó allí al son de cánticos...
Para verlos, tu alma, como flor de milagro
se inclina hacia mi alma, con sus pétalos blancos
de castidad, y ofrece el divino contacto
de su luz.
Recogiéndote toda en sus espacios,
un espejo es mi espíritu.
Y así, así, en un vasto
temblor, — coros y músicas — en un inmenso abrazo
toda tu flor de alma hacia mi vida atraigo.

En la noche, tu alma, se acerca. Es un regazo
para mis hondas fiebres, cuando baja a los áridos
senderos de mi huerto...
Mueren las horas. Cuando
te retiras en cálices de jazmines y nardos,
todo es quietud y miedo, todo es duda y letargo...
Cuando se va, tu alma lleva aromas de sándalos...
Si retorna tu alma, trae un temblor de llantos.

III

Hacia mí te adelantas, segura, en tu belleza...
La mirra de los besos se dilata en tu boca
y hoy me esfumo en tu vida como inviolada niebla,
y noto que a tu lado mi carne se deshoja,
y arde y se purifica, lo mismo que una ofrenda
vital, en las dramáticas eleusinas y délficas,
cuando en las llamas dábanse finísimas esencias.

Las lecturas de bardos antiguos son las puertas
que nos llevan a mundos de ayer, en donde flotan
como últimos restos de naufragios, mis penas.
— Mira, sobre los orbes, el polo austral asoma.
Es un monje blanquísimo con barbas de neveras.
Dos nébulas le ceden la harina de las hostias.
Bendícenos.
La Cruz del Sur alza en la diestra.

Callamos. Mi existencia en tu carne se agota
y se ha hundido soñando con tu luz, oh Belleza,
como un viejo navío coronado de rosas
en la azul resonancia de las altas mareas.

Vaso de oro y marfiles, fragante de leyendas,
tu corazón atrae mi vida absorta;
Lleva el hastío mórbido y gris de mi tristeza.
Busco en cambio la línea diáfana de tu forma,
en mis versos.
A ellos, la virgen transparencia
de tu carne, la curva luminosa
de tu cuello y la luz que da tu cabellera
tan dorada que, acaso destruída la madeja
del sol, yo con tus rizos la haría hebra por hebra.

IV

A Montiel Ballesteros.

Se desliza en mis venas el claror de las lunas,
y en mis nervios el ritmo de una apagada música
de órganos antiguos.
Mis pupilas trasuntan
la tensión de la espera y las voces ocultas
de las meditaciones, me cuentan las angustias,
de un monje que en mi alma pasea su nocturna
tristeza milenaria de sombras y de brumas.

Creo sentir a veces que todo se perfuma
de alegría en mi inquieta perplejidad confusa,
que diamantes de luz, y soles de ternura
me iluminan adentro...

Mis oídos se aguzan,
pero en mi reino interno solamente se escucha
que el monje de mirada líquida y taciturna,
repasa su breviario de sombras y de brumas.

Paciente amigo mío. Espejo de amarguras.
Callado acompañante del temor y la duda;
conmigo vas; me sigues...
Mañana, cuando en una
emigración sin gloria busque patria en la tumba,
allí estarás inmóvil, con gravedad profunda,
con rigidez de piedra, con alta frente adusta...
—Ciprés, hojeando el móvil breviario de las brumas...

AMÉRICA

I
EL NADADOR

EL ágil negro hercúleo, alzó el pecho de toro
sobre el mar, y acercándose al borde del navío
agitó con el ébano corpóreo, el atavío
multicolor y rítmico del abismo sonoro.

Blanca mano de virgen entre unánime coro
de *¡vivas!*, arrojóle una libra. En el frío
tumulto, hundióse el negro y apareció sombrío
mostrando entre los dientes la moneda de oro.

—Yo como tú quisiera hundir mis vacilantes
fuerzas—ah, melancólico titán!—en los torrentes
oscuros que circulan en mis internas simas.

Después, alzar la testa rodeada de diamantes
y con orgullo olímpico mostrar entre los dientes,
a flor de labio, heroico y audaz, las bellas rimas.

II
EL DOMADOR

EL potro, sacudiendo las crines con bravura
dirigió la cabeza hacia el confín del cielo,
y en un ágil galope, mostró la contextura
plástica de los músculos y el delicado pelo.

El domador creando temeraria escultura
de bronce, alzaba el busto sobre el gran potro en celo.
Y volvió al breve instante de la extensa llanura
palmoteando las dóciles ancas de terciopelo.

Ejemplo noble el tuyo! Inicie el joven fuerte
todo riesgo sublime. Rete al triunfo, a la muerte.
Adiestre los dinámicos nervios! Espada al cinto,

vaya así en una inmensa pampa desconocida.
¡Vivir un sueño bárbaro y conquistar la vida
en el bagual salvaje y hermoso del instinto!

III
EL HONDERO

ERA aindiado y calmoso. Se dió todo al pampero
con su tórax desnudo en atlética ofrenda.
Yo admiraba sus músculos, relámpagos de acero,
y su historia de héroe con desgracia y leyenda.

Recuerdo que de niño fuí amigo del hondero.
Esgrimía su arma con precisión tremenda:
—Mírame!—y arrojábale guijarros del sendero
al sol, en simulacros de odio y de contienda.

Hoy pienso, entre mis luchas, en el hondero aquél.
Un brazo me asegura como una honda fiel;
su salud primitiva es sostén de mi barro.

Yo bien sé que al faltarme esa atracción divina,
me hundiré en la tiniebla que en la noche germina,
perdido en la pradera azul, como un guijarro.

LA LEYENDA DE LAS AMAZONAS...

EPISODIO DE LA CONQUISTA

El asunto tratado en este poema es rigurosamente histórico y se desarrolló en las épocas de la Conquista española. Hernando de Ribera pertenecía a la expedición del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca y se separó de dicho conquistador cuando éste atravesó el Brasil, siguiendo hacia el Norte, en busca del Imperio de las Amazonas, de acuerdo con las indicaciones de los indios del país. Año de 1541.

"...y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del oesnorueste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres, que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y armas de sus casas eran todos del dicho metal y tenían por su principal una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de la generación de los indios... etc.".

Fragmento de la Relación de

HERNANDO DE RIBERA

DEDICATORIA

A la memoria de
Francisco González Paniagua,
Sebastián de Valdivieso,
Juan de Hoces,
Gaspar de Hortigosa,
y Pedro Hernández (escribano),
conquistadores, testigos y acompañantes, que firmaron solidariamente la relación de Hernando de Ribera.

I

LA REVELACIÓN

AL Brasil, Alvar Núñez llegó de las Españas,
con tropa de magnates, nobles y aventureros,
y por tierra a Asunción marcharon los iberos:
más de trescientas leguas de profundas marañas.

Durante aquella marcha por ríos y montañas,
cayeron varios indios en lucha prisioneros,
pero antes de ultimarlos, buscaron los guerreros
escuchar narraciones de gentes tan extrañas.

Un cacique, con verba dúctil y lastimera,
solicitó a Alvar Núñez, como gracia postrera,
el describir los sitios de oro más colmados.

Tal vez mintió el indígena con cálculo egoísta,
mas los conquistadores, oyeron, admirados,
la leyenda más bella de toda la Conquista.

II

HABLAN LOS INDIOS

BROTA del alma indígena el áureo espejismo.
Los taumaturgos labios, en un salvaje coro,
describen la leyenda, con un gran simbolismo,
que defiende al imperio metálico y sonoro.

El español, de pronto, se repliega en sí mismo:
—"¡Glorias, triunfos, imperios, vírgenes, plata y oro!".—
Y los indios, de nuevo, con inculto optimismo,
repiten la epopeya del imperial tesoro.

Hernando Ribera y su falange escuchan;
—"Oid, amigos! Lejos, las amazonas luchan...
Entre un deslumbramiento de sangre y de tragedia

defienden la pureza de sus virginidades.—"
Los hidalgos se miran. Hacia las soledades
se van... ¡Tu libro heroico, reabres, oh, Edad Media!

III

ESPAÑA

YA en las postrimerías de la Edad Media, España
empuja las herméticas tinieblas de los mares;
y engendra caballeros de ardientes batallares
que ensanchan con espada y cruz, la onda huraña.

¡Dura y fecunda madre! De tu encendida entraña,
surgieron virreinatos, tesoros a millares,
y leyendas fantásticas fueron a tus hogares:
mitos de mar, de llano, o de andina montaña.

Diáfanas en el agua, aún brillan las estelas
bruñidas que trazaran las firmes carabelas
que a Colón, tu piloto, cediste vacilante.

Caminos en los tiempos para unir tu hidalguía
ancestral con la gracia, la fuerza y la armonía
de estas tierras, imperios de la Amazona errante.

IV

LA MARCHA EN LA SELVA

AUMENTAN y se extienden bosques en los estuarios,
tal como si la vida, sobre la vastedad
del trópico, grabara con rasgos milenarios:
Fecundidad, Fecundidad, Fecundidad!

La selva engendra aéreos mundos imaginarios,
sobre las floraciones de obscura majestad
y ofrece a los hidalgos, tras los verdes sudarios,
el formidable enigma de la virginidad.

La horda de aventuras, ávida de riquezas,
entre la podredumbre de bosques y malezas,
se pierde fascinada por subyugantes crímenes...

Y avanza! Y en las noches de la selva infinita,
sueña bárbaramente, la falange inaudita,
con el desfloramiento de los sagrados hímenes.

V

VISIÓN NOCTURNA

LA aurora, un paraíso vasto de primaveras,
abría a los hidalgos; oro y luz los paisajes;
creaba la esperanza utópicos mirajes
en las almas, y orientes soñaban las palmeras...

Mas bajo aquel prodigio de marañas severas,
los acechaba, oculto tras los densos follajes,
el terciopelo trágico de los boas salvajes
o el zarpazo seguro de las nativas fieras.

En los limos calientes del charco interminable,
sus piernas se perdían con un temblor instable;
después, sobre la asfixia de las húmedas tierras,

por la noche elevaban sus fuegos sobre ramas,
mientras las Amazonas encendían las llamas
guerreras, en la cumbre de las remotas sierras.

VI

LA LUCHA BÁRBARA

BAJO la paz augusta del olvido, la vida
se recoge en el pliegue de un insomnio profundo
y en su mutismo hermético se extiende defendida
por los siglos, la ubérrima flora del nuevo mundo.

Entre harapos, prosigue su marcha, la perdida
caravana de hesperios, bajo el palio rotundo
de la esmeralda urdimbre tropical, conmovida
por las savias que ascienden con ímpetu fecundo.

Torrentes en las islas; más lejos, las cascadas.
Entre pavores súbitos miles de aves rosadas
vuelan. Oíd las hachas en los rudos aprontes...

Es el mito herculeano que se anuncia en combate,
sobre la dicha cósmica de la selva, en que late
oculto el corazón de los indianos montes.

VII

EL PRODIGIO NATIVO

PERO, nunca llegaban... Calores abrasantes
herían el orgullo y el íntimo decoro
de los conquistadores del bárbaro tesoro,
hundido entre horizontes cada vez más distantes.

Diezmábanlos las fiebres. Tardos y jadeantes,
miraban levantarse bajo el cielo sonoro,
el sol, como ascendente atalaya de oro,
resguardando el imperio de las hembras triunfantes.

Muchas veces subían tras caminar ansioso,
buscando orientaciones, sobre un árbol frondoso,
o encima de algún cerro parábanse suspensos.

Pero sólo abarcaban con el ojo febril,
el curso interminable de los ríos inmensos
y los bosques fantásticos y eternos del Brasil.

VIII

HERNANDO DE RIBERA

MOLDEADO en el riesgo y en calcinada arcilla
de epopeyas, soñaba con las tierras lucientes
de conquista, y en hondas obsesiones crecientes
seguía siempre alerta su estirpe sin mancilla.

Recordaba en sus fiebres, la anterior maravilla
de las guerras hispanas contra flamencas gentes;
o pensaba en las vírgenes de ojos negros y ardientes,
de las citas nocturnas de Córdoba o Sevilla.

Envuelto en el misterio pánico de la vida,
escuchaba Ribera en la noche adormida,
el rumor de las selvas como un salvaje augur.

Y cuando hallaban tierras libres, el castellano
se dormía, rendido sobre el extenso llano,
con los brazos abiertos hacia la Cruz del Sur.

IX

SUEÑA EL CONQUISTADOR

UN rumor de tormentas escúchase distante
bajo la clara aurora del trópico. Ya empieza
la carrera en intrépidos milagros de destreza
y avanza, engalanada de púrpura, al levante.

Viene el tropel unánime con furia resonante.
Paso a las Amazonas de alígera belleza!
En sus gestos de orgullo, levantan la cabeza
sobre las perfecciones del cuello de diamante.

Los bustos estatuarios, de contornos morenos,
defienden el binomio marmóreo de los senos
con una lanza fúlgida pronta para el castigo.

Y al viento de los bosques flotan las cabelleras,
o caen en las ánforas tibias de las caderas
arrastrando enervantes cantáridas consigo.

X

LA DERROTA DE LAS AMAZONAS

DE un lado y otro lado se aprestan al combate.
Dios indígena, el río tentacular murmura
voz de piedras y aguas, mientras en la espesura
la sangre, en sacrificio, marca un ritmo granate.

Los potros se abalanzan, sintiendo el acicate
de las airadas hembras que tiemblan de bravura.
Llega el instante bárbaro donde el valor fulgura;
llama heroica en el busto magnífico que embate.

El choque fué sangriento. Agitando las bridas,
a impulsos del espanto, se escapan las vencidas
o dejan, en rehenes, cuerpos semidesnudos.

En tanto que anunciados de un estrépito enorme,
surgen los bellos déspotas sobre el tropel informe
de vírgenes que esgrimen primitivos escudos.

XI

EL DESPERTAR DE RIBERA

CUANDO las floraciones volvieron a ceñirse
sus matinales pompas, él oteaba el misterio...
Pues fué en la marcha épica hacia el lejano imperio,
el primero en el aura y el último en dormirse.

Pero ardua fué la prueba! Después de confundirse
su alma con la angustia, evidenció el hesperio
una inquietud punzante, y en su semblante serio
y magro, ya la duda comenzó a definirse.

Hasta que en una tarde, con la melancolía
y el dolor, de que falsa fuese la profecía
de los indios, atónito de dudas meditó...

Y al ver que lo esquivaba, huyendo, la quimera,
como Cortés en Méjico, Hernando de Ribera
se apoyó sobre el tronco de un árbol, y lloró.

XII

LO IMPOSIBLE

...Y seguirán las reinas potentes de los llanos
su límpida y sonora carrera vigilante,
mostrando con los bronces de sus pechos lozanos
la desnudez del virgen cuerpo beligerante.

...Y seguirán las reinas los triunfos soberanos,
nimbadas de leyenda, bajo la alucinante
perfección del misterio. No podrán los humanos,
desflorar las fronteras de su imperio triunfante.

Los hidalgos regresan... En las selvas ignotas
pudo más el zarpazo fatal de las derrotas.
Entre la pesadumbre de sus gestos escuálidos,

a modo de una honda cicatriz de la suerte,
está el rictus de fiebre, de ansiedad y de muerte,
que dibujó el Deseo sobre sus rostros pálidos.

POESIA E INTELIGENCIA

Las más hermosas palabras son las palomas providenciales del poeta; siempre vendrán con una idea en el pico.

La idea es la entelequia de la poesía: la inmortalidad de esta última es una cuestión de inteligencia.

Un verso perfecto siempre contiene en sí una emoción infinita, aunque no exprese nada.

La música del verso es una creación inteligente; una poesía siempre es un problema de números.

El Nous llenará todos los resquicios de tu alma; así, cuando menos pienses en realidades concretas y cuando menos te entregues a la acción, él te irá invadiendo.

El gran poeta no es el que nos da sus versos, naturalmente, como flores el rosal por Octubre.
El gran poeta es el rosal que crea sus rosas, en el invierno, y aun estando seco.

Todos los inspirados que huyen del Nous, son falsificadores de sentimientos; falsificadores de perfumes delicadísimos que triunfan por un momento, pero que pasan pronto.

En poesía, toda tendencia cuya única originalidad consista en reaccionar contra las leyes de armonía, perfección y síntesis, mo-

rirá. La barbarie siempre procede como si fuera una etapa larvaria. Su razón de ser sólo sirve cuando es un acto intermediario, que da lugar a otra manera de perfección.

Al revés de Anteo: cuando toco la tierra, empiezo a perder fuerzas infinitas.

El verdadero lírico hace economía de imágenes. Es dueño de una gran riqueza de la cual dispone su voluntad y debe rechazar una y varias veces sus imágenes, para que ellas retornen más impregnadas de lirismo puro. Cuanto más hondo de sí mismo arroje una de sus imágenes, cuanto más la rechace, más valiosa volverá ésta a asomarse. Las mejores imágenes son de una fidelidad infinita. El lírico entonces gobierna esa fidelidad de sus imágenes, sumergiéndolas en sí mismo, como el faquir procede con sus serpientes, al hundirlas en hondos y sucesivos sueños, para que despierten cada vez más fieles.

Toda poesía verdadera, destinada a perdurar, tiene que estar revestida de finísimos elementos intelectuales. Lo intelectual en el verso es la de diamante invisible armadura que sostiene al sentimiento y la emoción poética. Transcurren los años y lo que al principio pareció frío, intelectual y razonante en el verso, no aparece como tal, sino que se confunde con el fondo de la poesía y llega a constituir el mayor mérito de ella. La poesía inmediata, sentimental, espontánea, sin un esfuerzo de ideas, a pesar de su vitalidad extraordinaria, muere a los pocos años por falta del elemento inmortalizador del Nous. Es fácilmente alcanzable y superable lo del corazón; lo que la mente crea y afirma como eterno, no es superable nunca!

Hay matices del elemento intelectual. Infinitos matices y grados. El verdadero poeta es el que halla un sentido justo para una época. En poesía, muchísimo de lo que aparece como intelectual y construído, mañana sufre la catarsis emotiva, la transustanciación que lo va transformando en purísima emoción. Lo que emociona de inmediato, mañana es olvidado; la poesía superior es

aquella que, conteniendo grandes ideas, se va vistiendo con las emociones que despierta a medida que se la lee...

El Nous es el libre movimiento que va de la naturaleza a la gracia, de la contemplación a la inspiración y del conocer al crear.

Como el vino al desbordar de las copas transformábase en turbio fuego, cuando Mefistófeles se burlaba de los bebedores en la taberna de Auerbach, así por los bordes de un espíritu enfermizo que conozco, caen transformados en fobias los más finos pensamientos.

La imagen de su espíritu atormentado, era una copa de diamante rebosando un licor que al caer coagulábase en forma de cabellera de Medusa.

La poesía es el dinamismo del Nous.

Toda poesía que se intelectualiza, *"maxime intelectualis"*, se espiritualiza.

No existen los poemas impensables. Podrán existir fragmentos de lirismo puro, del llamado musical o del lirismo poético en sí, pero aun en ellos hay un comienzo del pensamiento: la poesía es un no ser inefable que tiende siempre a irse hacia el ser inefable; la Idea.

Los procesos mentales enseñan que todo el mundo existe para llegar, en último término, al Nous. Caos de cosas, confusión de seres y espíritus, después de ser percibidos, vienen a terminar en esa Idea. Nada más existe fuera de ella, ni merece existir.

¿Y por qué protestar, si el poeta de hoy procede como el guerrero antiguo? Como éste, libertando tropeles de bellas fieras afri-

canas por delante de sus ejércitos, aterrorizaba a los romanos, el poeta moderno suele colocar, defendiendo su obra, imágenes audaces que atemorizan al filisteo.

No como la rama del almendro, que fácilmente se agobia por el peso de las flores o del fruto, sino más bien como la mirada de Júpiter, diáfana, ínclita y sobrecargada de ideas: así sea la imagen en tu verso.

La misión última de la poesía consiste en darle sentido al tiempo. El sentido del espacio de lo plástico se desprende.

En el acto de crear hay siempre una transmutación infinitamente rápida entre lo sensible y lo inteligible. El creador es un prestidigitador que hace el trueque del agua en vino. Que pasa de lo espontáneo y natural, el agua, a lo artístico, mágico y artificial, el vino; de lo sensible, en fin, a lo inteligible.

Las matemáticas y la metafísica forman el infierno de la razón; la poesía es el paraíso de la razón.

Llegar a la realización de un eleatismo poético y musical. Una transmutación de tal manera hecha, que sólo pueda compararse con los eleatismos propios de la naturaleza, cuando convierten carbones en diamantes, agua en nieve de cumbre, oscuras resinas aceitosas en llamas purísimas, percepciones en ideas puras, gusanos en mariposas... Todas estas transformaciones son eleatismos del sabio cosmos. Lo inconsciente poético y musical, que es eleatismo de transición, me podría proporcionar aún, algo que sueño: una poesía y una música absolutas, verdaderos eleatismos en segundos ultraplanos.

La esencia de lo poético sobrepasa los conceptos intelectuales; la poesía es como la esencia de Dios en la concepción agustiniana:

"la sabemos por un no saber". La creación poética es creada por un no crear, y llega al total conocimiento, por un perfectísimo arte de no conocer.

El horror emocionante del simbolista frente a la página blanca, se identifica con el horror del místico frente a la forma desnuda. Pudor infinito. El horror de la razón frente al problema del destino, de la sustancia o de la vida. Sólo hay algo comparable, aunque antitético: el ávido placer del sensitivo, llenando con sus confesiones la página blanca. La sensibilidad es el impudor infinito.

Los sentimientos son culpables de que las ideas más diáfanas adquieran cierta viscosidad.

La inteligencia, que es el azar, es la enemiga del azar.

La contemplación de la danza engendra siempre la idea de la muerte.

Las imágenes, en el poema, numerosas como las palomas en la bandada; evolucionando y cambiando siempre, en mil actitudes súbitas, y no obstante, sin molestarse jamás unas a las otras.

Poesía: la belleza sin cesar emanando de la forma, la belleza, al fin libertada de la necesidad.

Existen las categorías también de la poesía. Son la forma, el número, el ritmo y la idea. La poesía exige la suma armonización de esas condiciones categoriales. Sin ellas la poesía no es totalmente expresable, no sale de su cárcel interior, limitándose a ser un sentimiento vago, un dato afectivo sin estructura, actuando como una presciencia del alma sin expresión discernible. Con las categorías, recién empieza a vivir. La poesía lírica es una hipóstasis de la poesía potencial, realizándose en las categorías de la forma,

el ritmo, el número y la idea. Estas cuatro categorías son necesarias, pero metafísicamente pueden reducirse a dos, forma e idea, receptáculos en donde se realiza la hipóstasis del estado emocional primitivo al devenir, lenta o fulmíneamente, poesía eterna. Se sobreentiende que las categorías implican también perfección: forma perfecta e idea pura.

La realidad y la poesía constituyen algo conformado según la razón, o no significan nada.

La inteligencia, en el milagro de la forma poética, debe tener la eficacia, la exquisitez y la liviandad de una línea.

¿La poesía está en la forma como la flecha de Zenón en el espacio? Está inmovilizada cuando la razón la piensa, se mueve infinitamente cuando la razón la vive. Por eso la emoción estética es un producto de la acción y de la vida. Se dice que la poesía es algo que asciende de la forma a la emoción estética. Racionalmente, la poesía se inmoviliza como la flecha eléata. Se dice así: O está en su forma propia o en la emoción del que crea o lee la poesía. Si está en una, no está en otra, y viceversa; luego, para la razón, la poesía no está en esos mundos, y para el conceptual, la poesía no existe. Hay que pensar entonces a la poesía como un devenir de un algo que de la forma asciende hacia la emoción de la belleza, una inmanencia en surtidor, una movilidad incesante dentro de la perfección.

Poesía es un conocimiento especial. Se torna divino merced a la intervención de un juego que imanentemente lleva en sí.

La emoción poética es transitiva y transitoria; transmite y pasa y no perdura en su sino. Los mejores de esos poemas sensitivos deben ser breves y actuar apenas rozando las almas, o hiriéndolas en contactos sutiles. El sentimiento empaña el cristal del pensar discursivo, y los verdaderos poemas, como las sinfonías, terminarán por transformarse, si quieren perdurar, en obras arquitectónicas y en grandes edificios de ideas. Las ideas son huéspedes angélicos excluyentes, que hacen invisibles a los demás habitantes de la poesía.

Las imágenes son representativas, las ideas son causales. Las primeras representan las diversas partes del universo, las ideas causan el universo. Este no se concibe independiente de varias o de una idea.

La imagen es nuestro primer esfuerzo tiránico, el afán de lo concreto, lo uno, el Nous embrionario, sobre la multiplicidad del espíritu y de los fenómenos.

Ser inteligente es necesario; vivir no es necesario.

Me interesa la música que solamente convoca a las ideas generales y abstractas. La música así es como una mano con semillas: se abre, y no se sabe de dónde, vienen pájaros que no se dejan ver ni captar.

La naturaleza se nos aparece estrechamente unida por vínculos musicales y leyes matemáticas.

La poesía es una alta matemática que se ignora.

El número pitagórico es el pensamiento determinado o determinable y la poesía es el pensamiento indeterminado o indeterminable.

Hay poetas que crean desde la ignorancia de su ser; otros, desde la ignorancia de su saber. Prefiero a los últimos.

Para que las imágenes poéticas se realicen como milagros, deben desaparecer los turbios estados emotivos.

Para que los cisnes naden bien es preciso que el agua deje de correr.

Como el alma, encerrada y bloqueada por la materia no es materia, así la poesía emparedada por la forma, no es forma.

Un poeta es un hombre que va en la tiniebla e imagina ver; un santo es un hombre que va en la tiniebla y vé. Los demás son ciegos que exploran su tiniebla y no ven nada ni necesitan ver.

La palabra en el verso no debe ser música, ni color, ni relieve, ni emoción, ni adorno, ni matiz, sino todo eso reunido en síntesis por la inteligencia. Es decir: idea pura.

La poesía, cuando se va, lo hace como los fantasmas en los sueños. No puede volver.

Si la traemos, a nosotros viene en fragmentos no inteligibles.

La poesía se venga de los que tratan una vez sola de considerarla como preocupación subalterna. Se venga como ciertos pájaros, a los que se les toca el nido: huyendo para siempre.

En religión, como en poesía, hay que quedarse con los fundamentos.

Lo demás, para los demás.

A semejanza de Orestes, el héroe esquiliano, el destino del hombre es fijar su libertad y su esperanza, en la redención apolínea.

Para el verdadero artista, sus teorías son disciplinas necesarias.

Una poesía de secretos y de pudor delicado, que se defienda, como una virgen semi-desnuda, frente a los hombres. Que se defienda con grandeza, hermetismo o furia, o mejor, escapándose, del concepto que intente definirla.

Jamás, jamás una poesía clara, una poesía de piernas abiertas. "La noble estratagema de la fuga", decía el libro clásico español.

Hay que hacer destacar, día a día, el valor de la mística española, más digna de amor, y más concreta y viva que la platónica y la plotiniana.

San Juan de la Cruz, Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús, son los músicos sublimes de la mística. Algo así como el Mozart, el Beethoven y el Schumann...

Loyola sería el Ricardo Wagner de todo eso.

La mística española es música. Es la réplica de ese país a los países de Europa que han engendrado genios musicales, mientras España parecía condenada a no tenerlos.

En poesía lo inactual suele ser la actualidad de lo eterno.

En poesía: innovar o morir. Esto es cierto y terrible.

La originalidad de un artista es proporcional a la densidad de cultura que es capaz de resistir.

Nunca olvides que tu puesto debe estar entre los *Dii maioris*. Lo demás, déjalo a los demás. Pero, todo, eh?

Las generaciones anteriores a mí, la mía, no me preocupan

mayormente. Tanto me da su juicio favorable como adverso. Las generaciones que vienen! Las que se anuncian! Esas sí.

El verdadero poeta pasa desapercibido y no lo reconocen, ni los otros poetas que a su lado van. El, sigue entre todos los hombres, como la paloma del Espíritu Santo entre las demás palomas del granjero.

Conozco algunas danzas de teatro que terminan de este modo: una mujer gira con ligereza y gracia y ríe, mientras otra tira de un velo arrollado al cuerpo de la primera y la va desnudando.

La poesía verdadera es una forma que siempre va desnudándose sin mostrar nunca la desnudez.

El poeta, no sólo no debe salir de su universo, sino que no debe permitir que otros entren allí...

El arquero experimentado no lanza su flecha verticalmente al cielo. La hace describir una larga y graciosa curva sobre la tierra. Una flecha lanzada hacia el cenit, puede volver a caer en el antiguo sitio de la aljaba, sin que en la memoria de los hombres quede testimonio de su viaje celeste.

Hay una exactitud poética más terrible y tiránica que la matemática.

¿Quién no desea ser la flecha de su ojo inteligente?

Aquellos que cultivan las imágenes exclusivamente en poesía, son los míseros judíos de la poesía. Aman el oro por sí mismo.

La brevedad del poema. Puede ser la perfección misma. La mayoría de las veces es un fraude exquisito.

Las rimas, en el verso, son los mercaderes en el atrio del templo. Cuanto más ricas, más mercaderes son.

Las matemáticas teóricas, la metafísica y la música, constituyen los elementos más necesarios para pulir el pensamiento del poeta.

Los versos mejor construídos son aquellos que se asemejan a las mónadas de Leibniz, en que no presentan ventanas, es decir, fragilidades.

Un poquito de impureza, de emoción demás, de esa candidez que aman los mulatos, y ya tu poesía es retórica.

Los que carecen de la maravillosa intuición de la forma perfecta, fría y noble, no serán grandes poetas. La poesía les dirá, parodiando al griego de la Academia: "no puedo acogerte en mí; eres como una ánfora sin asas".

En ciertos poetas, el conflicto de la forma adquiere situaciones trágicas. La poesía está dentro de la forma, como un cisne dentro de un saco. Haciendo fuerza por libertarse, y lo notable es que el autor afirma que lo que él enseña es un cisne.

Así como la matemática, la música y la metafísica, la verdadera poesía, cuando ha logrado su objeto, no tiene salidas.

Sus problemas son terminales. No admiten más allá. Mallarmé es terminal, callejón sin salida; Góngora, lo mismo, laberinto ciego de luz. Hay que agudizar la sensibilidad por otro lado; por allí, es imposible.

Así como con un pequeño proyectil de brillante metal, se puede destruir una muralla o una torre, con una simple experiencia, con una pregunta, a veces, se puede derrumbar lo que aquí se llama una gran inteligencia.

La torpeza artística es el talón de Aquiles de los que son temidos por inteligentes.

El poeta debe ser un *liberto* de su sensibilidad. Después de vivir esclavizado en ella, debe ser liberado por un amo; y ese amo único, tiene que ser la Inteligencia...

La inteligencia es el colmenar de los números. Los números volaron de la razón; ella los creó y de allí salieron, como abejas. Los números combinados, constituyen notas musicales. La música es una resultante de números y vibraciones, aplicadas entre los sonidos. Pero los números retornarán siempre a la razón, cargados de música, como las abejas con su miel.

Al gran arte musical se penetra por medio de la razón. El sentimiento es una falsa ventana; se apresura a dejar penetrar banalidades. Por la inteligencia, uno se acerca a Bach o a Schumann. Les abre las altas torres y ellos se quedan para siempre con nosotros. Los sentimientos, sin que nos apercibamos, nos llenan de invitados indeseables. O son centinelas vendidos.

Siempre es preferible que un arquitecto deje un solo libro bello sobre su arte y sus teorías, y no que nos haga mil casas de esas llamadas bellas.

Se es lo mejor de lo que se es.

Paralelamente al sentido íntimo de la poesía, conviene desarrollar el sentido profundo de la danza. Independizadas exteriormente por evolución del arte o del gusto, al fin ambas se han compenetrado esencialmente en la danza. Una mujer danzando, es todo el oriente o toda la Grecia—Arquitectura, escultura, música, tragedia, guerras, conquistas; todo eso cabe en el ritmo de una danzarina. La danza es pensamiento. Las imágenes mentales, no sé por qué, siempre se aparecen en mi consciencia con la transparencia y

el ritmo de un conjunto de bailarinas. Las ideas puras, abstractas, se deslizan igualmente diáfanas, en puntillas de pie, por la luz consciente, como mujeres al son de la danza por un escenario.

Esto me lleva a pensar, hasta qué grado altísimo, la danza es metafísica.

Para el poeta, el profundo silencio que sigue a la publicación de su obra, es la paz que la eternidad escoge para revelarse.

Trata de ser, en lo posible, el poeta que ven en tí tus enemigos.

No está uno en donde está sino en donde está su espíritu.

Que el río de tu verso lleve por los siglos, del rostro de la mujer que te ama, algo más de lo que el agua de aquel otro río arrastra cuando ella va a mirarse en él.

El poema antiguo procedía como el guerrero de la nave aquea o como el viejo pirata. Buscaba almas expuestas al abordaje. Llegábase bien cerca y dirigíales un flecherío o andanada potente, que podría ser además, mítica, ordenada y profunda en el clásico y emocional y desorbitada en el romántico, por ejemplo. El poema de hoy procede como el barco moderno. No aborda ni se deja abordar. Su presencia se anuncia desde muy lejos, de más allá del horizonte, por matemáticos y certeros proyectiles.

Toda la dificultad consiste en que la poesía, que prescinde de la razón para ser creada, necesita de la razón para subsistir.

Es muy necesario hacer notar que el intelectualismo es a la inteligencia pura, lo que la retórica es a la poesía.

La poesía y la filosofía se parecen porque siempre son de *alguien*. Existe una poesía de Dante, una poesía de Goethe, como una filosofía de Santo Tomás o de Sócrates. No hay poesía ni filosofía de todos—universal e intemporal—como los principios lógicos y las verdades matemáticas.

El dominio de la razón siempre está humanizado; el de la poesía tiende a escapar de la humanización.

Seis días trabajó Dios al iniciarse el mundo. Al séptimo descansó. Contempló. Ese día fué el más importante de todos, porque nació la idea de la belleza.

Dios trabaja y lucha en todas partes; sólo descansa en la contemplación de la belleza.

Es curioso. A veces, se conquista la libertad en poesía para ser más obscuro.

En lo único que pueden identificarse y confundirse poesía y naturaleza, es en que ambas eliminan cruelmente a los que no se someten a sus eternas leyes.

La pintura permanece en los sentidos. La poesía, huye por los sentidos. La música huye más...

Es real, la instalación y la permanencia de lo plástico en el espíritu; es también real, la fluidez, la no duración de lo místico, de lo poético, que tiende a no permanecer, a huir de nosotros.

Nuestra lucha constante consiste en tratar de aprisionar lo que se nos va: música, poesía y eternidad.

También la originalidad y la grandeza de la poesía del hombre consiste en saber convertir lo bello discutible de su tiempo en lo bello sistemático de siempre.

FIN

ÍNDICE

Págs.

Introducción 7

POEMAS RECIENTES

Adán 25
Doncella en el alba 29
Los cóndores ciegos 30
Oda al cielo de la nueva Atlántida 33
Cántico a la muerte de Baltasar Brum 37

"LA LAMPARA QUE ANDA" — 1944

Teoría de una forma 43
La lámpara que anda 46
La luz defendida 55
La frente dorada 60
"Fugacidad es grandeza..." 61
Misterio de una estrella 61
La llama sepulta 63
¿Quién? 66
A un poeta joven 67
En la muerte de Rosa Lanza de Varela Acevedo 68
La dama extraña 69
Poesía eterna 70
Sólo enigmas son leales... 73
Poema de Manhattan 74
La noche del tiempo 77

"EL CANTO DEL CUADRANTE" — 1938

El canto del cuadrante 79
Los altos mitos 85
La rosa del sabio 99
Avión de sueños 104
El rosal y la esfera 108
Inteligencia de la tiniebla 115

Págs.

Poder de los tiempos 116
Llamado incesante 117
El rey de la otra cumbre 119
El ara insatisfecha 120
Mitología del mar 122
La ley del poeta 124
Enigma de lo creado 125
Vanidad de lo variable 126
El mar en el astro 127
La serpiente y el tiempo 129

"LA TRANSFIGURACION DE LO CORPOREO" — 1930

Allá, por los orígenes 137
Los pájaros de oro 138
Imperativo de creación 139
Una voz en las almas 143
Camino de cipreses antiguos 145
Música de las colinas 147
Por gozar de la luz 149
Sobre un puente de hierro 150
La espera del Dios 153
Divinidad de la naturaleza 155
María Eugenia Vaz Ferreira 157

"LA COLINA DEL PAJARO ROJO" — 1925

La simetría 159
El pájaro rojo 163
El canto de las colinas 165
Glorificación del sol 168
La más alta ciudad 170
Alabanza del lucero de la mañana 172
La granada sin madurar 174
La estrella y el grano de trigo 177
Los pájaros nocturnos 183
Canto de las pequeñas piedras de los ríos 185
El cortejo 189
El árbol de la noche 191
La tormenta en las soledades 192
El jinete y la copa 194
La oración en la hora de cenar 196
El nido de las calandrias 197

Págs.

"EL NUNCA USADO MAR" — 1922

Cántico religioso de amor 203
Sonetos a Maruja (XII) 209
El poema de la cabellera rubia 215
El latido 218
Las voces 219
El reloj que muere 220
Luces de las montañas 221
La música 222
Las arpas 224
El fuego mío 225
Hombres en las proas 226
La hoguera 227
El muchacho y el trompo 228
Los espejos 229
Nocturno 231
Al despertar 232
Los desconocidos 233
La llama habitable 234
Nocturno de Monserrat 235

"EL HALCONERO ASTRAL Y OTROS CANTOS" — 1919

El halconero astral 237
Perfección de las pampas 240
Palos telefónicos 241
La estrella errante 242
El grito 243
La copa 245
La amatista 246
La gruta 247
Los dos buscadores de perlas 249
La clepsidra 250
Las garzas 252
La fuente 254
La alondra 255
Cantar de eternidad 256
Las manzanas 257
El vendimiador 259
Leonardo de Vinci 260
Hebe 261
La muerte de los cisnes 262
Oda de la voluntad 263

Págs.

Parábola de los discípulos 265
El canto de la inteligencia 268
En el banquete de un filósofo 277
Belleza de los números 278
Invocación de Prometeo a la noche 280

"EL CASTILLO INTERIOR" — 1917

Las moradas de cristal 283
Los rosales del mito 285
Villancico del abejar 289
Sonetos de "Los vasos del milagro" 291
La alegría del cántico 300
El drama del pan 301
Perseo en los aires 302
Cántico a Teresa de Jesús 303

"EL NARDO DEL ANFORA" — 1915

El nardo del ánfora 305
América: *El nadador* 308
El domador 309
El hondero 309
La leyenda de las amazonas 310

Poesía e inteligencia 317

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 10 DE AGOSTO DEL AÑO 1944, EN LOS TALLERES DE LA "IMPRESORA URUGUAYA" S. A. DE MONTEVIDEO